

EN LOS DOMINIOS DE LA MEDIUMNIDAD



ANDRÉ LUIZ
FRANCISCO CÁNDIDO XAVIER

EN LOS DOMINIOS DE LA MEDIUMNIDAD FRANCISCO CÁNDIDO XAVIER ANDRÉ LUIZ



“El problema de la supervivencia del hombre es una rama de la psicología experimental”, dijo F. W. Myers, uno de los miembros más destacados de la Sociedad de Investigaciones Psíquicas. El eterno honor de los espiritistas será el de haberlo comprendido así. Despreciados, calumniados, anatematizados, tratados de charlatanes o alucinados, han perseverado en sus afirmaciones con una energía sin igual, y por ello ya tienen su recompensa en la alegría de ver que sus teorías se han impuesto al público instruido que las discute y analiza.

Ing. GABRIEL DELANNE

(En su libro *“Investigaciones sobre la Mediumnidad”*).

EN LOS DOMINIOS DE LA MEDIUMNIDAD

FRANCISCO CÁNDIDO XAVIER

*Obra mediúmnica dictada por el Espíritu **ANDRÉ LUIZ***

Traducción JANE AUTHIEVRE y HÉCTOR CENTRÓN

ÍNDICE

RAYOS, ONDAS, MÉDIUMS, MENTES...	5
1. ESTUDIANDO LA MEDIUMNIDAD	9
2. EL PSICOSCOPIO	15
3. EQUIPO MEDIÚMNICO	22
4. FRENTE AL SERVICIO	28
5. ASIMILACIÓN DE CORRIENTES MENTALES	34
6. PSICOFONÍA CONSCIENTE	40
7. SOCORRO ESPIRITUAL	47
8. PSICOFONÍA SONAMBÚLICA	54
9. POSESIÓN	61
10. SONAMBULISMO TORTURADO	69
11. DESDOBLAMIENTO EN SERVICIO	77
12. CLARIVIDENCIA Y CLARIAUDIENCIA	84
13. PENSAMIENTO Y MEDIUMNIDAD	91
14. EN SERVICIO ESPIRITUAL	98
15. FUERZAS VICIOSAS	106
16. MANDATO MEDIÚMNICO	114
17. SERVICIO DE PASES	126
18. ANOTACIONES AL MARGEN	135
19. DOMINIO TELEPÁTICO	142
20. MEDIUMNIDAD Y ORACIÓN	150
21. MEDIUMNIDAD EN EL LECHO DE MUERTE	158
22. EMERGER DEL PASADO	165
23. FASCINACIÓN	171
24. LUCHA EXPIATORIA	177
25. EN TORNO A LA FIJACIÓN MENTAL	184
26. PSICOMETRÍA	190
27. MEDIUMNIDAD EXTRAVIADA	198
28. EFECTOS FÍSICOS	204
29. NOTAS SOBRE EL SERVICIO	216
30. ÚLTIMAS PÁGINAS	222

RAYOS, ONDAS, MÉDIUMS, MENTES...

Estudiando la constitución de la materia, la Ciencia del siglo XX va de sorpresa tras sorpresa renovando los aspectos de su concepción a través de los milenios.

No obstante la teoría de Leucipo, el maestro de Demócrito, quien casi cinco siglos antes de Cristo consideraba a todas las cosas formadas de partículas infinitesimales (átomos) en constante movimiento, la cultura clásica siguió basándose en los cuatro principios de Aristóteles: –el agua, la tierra, el aire y el fuego–, o en los tres elementos hipostáticos de los antiguos alquimistas: el azufre, la sal y el mercurio, para explicar las múltiples combinaciones en el campo de las formas.

En el siglo XIX Dalton concibió científicamente la teoría corpuscular de la materia, y así se inició un maravilloso período de investigaciones con inteligencias respetabilísimas que renuevan las ideas y los conceptos alrededor de la llamada “partícula indivisible”.

Extraordinarios descubrimientos aportan nuevos y dilatados horizontes a los conocimientos humanos.

Crookes descubre el estado radiante de la materia y estudia los rayos catódicos.

Röntgen observa que radiaciones invisibles atraviesan el tubo de Crookes envuelto en una caja de cartón negro, y define la existencia de los rayos X.

Henri Becquerel, seducido por esta investigación, experimenta con el uranio en busca de radiaciones del mismo género y encuentra

motivos para nuevas indagaciones.

El matrimonio Curie, intrigado por este enigma, analiza toneladas de uranina y descubre el radio.

Antiguas afirmaciones científicas se conmueven en sus bases. Rutherford, a la cabeza de numerosos pioneros, inicia preciosos estudios concernientes a la radiactividad.

El átomo sufre una persecución irresistible en la fortaleza en que se refugia y revela al hombre la solución de numerosos secretos.

Y desde el último cuarto del siglo pasado, la Tierra se convierte en un reino de ondas y rayos, corrientes y vibraciones.

La electricidad y el magnetismo, el movimiento y la atracción palpitan en todo.

El estudio de los rayos cósmicos evidencia las fantásticas energías esparcidas en el Universo, proveyendo a los físicos de un medio poderosísimo para la investigación de los fenómenos atómicos y subatómicos.

Bohr, Planck y Einsten, elaboran nuevas y grandiosas concepciones.

El vehículo carnal ya no es más que un torbellino electrónico regido por la conciencia.

Cada cuerpo tangible es un haz de energía concentrada. La materia es transformada en energía, y ésta desaparece para dar lugar a la materia.

Químicos y físicos, geómetras y matemáticos, en su condición de investigadores de la verdad son hoy, sin ellos desearlo, sacerdotes del espíritu, puesto que, como consecuencia de sus sostenidos estudios, el materialismo y el ateísmo estarán obligados a desaparecer por falta de fundamentos en qué basar sus conclusiones negativistas.

Los laboratorios son templos en los que la inteligencia está dedicada al servicio de Dios, y aún cuando la actividad intelectual se pervierte, transitoriamente subordinada a la hegemonía política, generadora de guerras, el progreso de la ciencia, como conquista divina, permanece en la exaltación del bien y con rumbo hacia un glorioso porvenir.

¡El futuro pertenece al espíritu!

Y meditando en el porvenir de la colectividad terrestre, André Luiz organizó estas páginas orientadoras acerca de la mediumnidad,

comprendiendo la importancia, cada vez mayor, del intercambio espiritual entre los seres.

Cuanto más avanza en la ascensión evolutiva, más seguramente percibe el hombre la inexistencia de la muerte como cesación de la vida.

Y ahora, más que nunca, se investiga en la concepción de una conciencia existente entre fuerzas y fluidos, provisionalmente aglutinados para fines educativos.

El ser humano comprende, poco a poco, que la tumba es una puerta hacia la renovación, como la cuna es el acceso a la experiencia, y observa que su permanencia en el planeta es un viaje con destino a las estaciones del Progreso Mayor.

Y en esta gran peregrinación, todos somos instrumentos de las fuerzas con las cuales estamos en sintonía. Todos somos médiums dentro del campo mental que nos es propio, asociándonos a las energías edificantes si nuestro pensamiento fluye en dirección a la Vida Superior, o bien a las fuerzas perturbadoras y deprimentes, si nos sometemos a las sombras de la vida primitiva o torturada.

Cada ser, con los sentimientos que caracterizan su vida íntima, emite rayos específicos y vive en la onda espiritual con la que se identifica.

Tales verdades no permanecerán semiocultas en nuestros santuarios de fe. Se irradiarán de los templos de la ciencia como ecuaciones matemáticas.

Y mientras varios aprendices enfocan la mediumnidad, estudiándola desde la Tierra hacia el Cielo, nuestro amigo André Luiz procura analizarla y valorarla desde el Cielo hacia la Tierra, colaborando así en la constitución de los tiempos nuevos.

Con todo, lo que destacamos como lo más sublime de estas páginas, es la necesidad del Cristo en el corazón y en la conciencia, a los efectos que no estemos desorientados al entrar en contacto con los fenómenos.

Sin noción de responsabilidad, sin devoción a la práctica del bien, sin amor al estudio y sin esfuerzo perseverante en nuestro propio pulimento moral, la peregrinación libertadora hacia las cumbres de la vida es impracticable.

ANDRÉ LUIZ

André Luiz es bastante claro para que no nos extendamos en ninguna otra consideración.

Cada médium con su mente.

Cada mente con sus rayos, personalizando observaciones e interpretaciones.

Y conforme a los rayos que emitimos, estableceremos nuestro ámbito espiritual en la onda de pensamientos que han elaborado nuestras almas.

Esto, en buena síntesis, equivale también a repetir con Jesús:

—A cada cual según sus obras.

EMMANUEL

Pedro Leopoldo, 3 de octubre de 1954.

1. ESTUDIANDO LA MEDIUMNIDAD

–Indudablemente –dijo el asistente Áulus– la mediumnidad es un problema de los más sugestivos en el mundo actual. El hombre de la Tierra se va acercando a la Era del espíritu bajo la luz de la Religión Cósmica del amor y de la sabiduría y, ciertamente, precisa de cooperación a fin de favorecer su comprensión.

El orientador, de figura noble y simpática, nos había recibido a petición de Clarencio para seguir un curso breve de ciencias mediúmnicas.

Se había especializado en trabajos de esta naturaleza, a los que había consagrado muchos años de dedicación. Por eso, había desempeñado junto a nosotros el papel de maestro y conductor, mostrándose además como uno de los compañeros más competentes en este tema.

Áulus nos había acogido con afabilidad y dulzura.

Exponiendo las aflictivas cuestiones de la humanidad terrestre, fijaba en nosotros su mirada firme y lúcida, no solamente como un hermano mayor, sino también con el afecto de un padre enternecido.

Hilario y yo no lográbamos disimular nuestra admiración.

Era un privilegio oírle discurrir sobre el tema que nos llevó hasta allí.

Se unían en él una sustanciosa riqueza cultural y el más entrañable patrimonio de amor, causándonos satisfacción el verle referirse a las necesidades humanas con el cariño del médico benevolente y sabio que desciende a la condición de enfermero para tener la alegría de ayudar a sanar.

Se interesaba por las experimentaciones mediúmnicas desde 1779, cuando conoció a Mesmer, en París, y comenzó el estudio de las célebres propuestas lanzadas al público por el famoso magnetizador. Reencarnando a principios del siglo pasado, había apreciado de cerca las realizaciones de Allan Kardec en la codificación del Espiritismo. Había intimado con Cahagnet y Balzac, con Teófilo Gautier y Víctor Hugo, acabando sus días en Francia después de varios decenios consagrados a la mediumnidad y al magnetismo con las características científicas de Europa. En el Mundo Espiritual proseguía con el mismo rumbo, observando y trabajando en su apostolado educativo. Se dedicaba ahora a la obra de espiritualización de Brasil desde hacía más de treinta años. Comentaba las esperanzas del nuevo campo de acción, dándonos a conocer el magnífico conjunto de memorias y experiencias del que era portador.

Maravillados de oírle, sin embargo, no podíamos responder bien a sus preguntas.

—Conocíamos, sí —le dijimos respetuosamente en cierto momento— algunos aspectos del intercambio espiritual; sin embargo, nuestro deseo era reunir más amplias nociones sobre el tema con la mayor simplicidad posible. En otras ocasiones hemos estudiado superficialmente algunos fenómenos de psicografía, incorporación y materialización, pero eso era aún muy poco en comparación de los múltiples servicios que la mediumnidad abarca en sus manifestaciones.

El anfitrión nos explicó amablemente.

Colaboraba en diversos sectores de trabajo y nos comentó aquello que consideraba, con toda humildad, como “simples anotaciones”.

Para comenzar, nos invitó a oír a un amigo que iba a hablar acerca de la mediumnidad a un pequeño grupo de aprendices encarnados y desencarnados, cuyo conocimiento era preciso e importante.

No nos hicimos de rogar ante tal ofrecimiento.

Como no había tiempo que perder, le seguimos rápidamente. En el amplio recinto del Ministerio de Comunicaciones nos presentó al instructor Alberio, quien se disponía a iniciar su disertación.

Tomamos asiento entre decenas de compañeros que le seguían atentos, con muda expectación.

Como tantos otros orientadores que yo conocía, Alberio subió a la tribuna sin ninguna ceremonia, como si fuese un simple hermano que

iba a conversar con nosotros en tono fraternal.

–Amigos míos –dijo con seguridad– continuando nuestros estudios anteriores, debemos considerar que la mente es la base de todos los fenómenos mediúmnicos.

No ignoramos que el universo, que se extiende en el infinito con millones y millones de soles, es la exteriorización del pensamiento divino, de cuya esencia participamos en nuestra condición de rayos conscientes de la sabiduría eterna y dentro del límite de nuestra evolución espiritual.

Desde la superestructura de los astros hasta la infraestructura subatómica, todo está sumergido en la sustancia viva de la mente de Dios, como los peces y las plantas acuáticas están contenidos en el inmenso océano.

Hijos del Creador, de Él heredamos la facultad de crear y desarrollar, nutrir y transformar.

Naturalmente limitados a las dimensiones conceptuales en que nos encontramos, y reconociendo la insignificancia de nuestra situación comparada a la gloria de los espíritus que ya alcanzaron el estado angelical, podemos irradiar la energía activa del propio pensamiento, estableciendo, en torno a nuestra individualidad, el ambiente psíquico que nos es particular.

Cada mundo posee el campo de tensión electromagnética que le es propio dentro del grado de fuerza gravitacional que mantiene su equilibrio, así como cada alma se ubica en el círculo de fuerzas vivas que tienen afinidad con su “hálito” mental, es decir, en la esfera de criaturas a las que se une según sus necesidades de ajuste o evolución espiritual.

Cada planeta hace sus revoluciones en la órbita que le es asignada por las leyes del equilibrio sin exceder las líneas de gravitación que le corresponden, así como cada conciencia evoluciona dentro del grupo espiritual que condiciona su actuación.

Somos, pues, un enorme conjunto de inteligencias sintonizadas en un mismo grado vibratorio de percepción, integrando un Todo constituido por algunos miles de millones de seres que forman, por así decirlo, la humanidad terrestre.

Formando, así, sólo una humilde familia en el infinito concierto de la vida cósmica, en el que cada mundo alberga a una determinada familia de la

humanidad universal, conocemos, por tanto, las limitadas expresiones de la vida que nos tocan más de cerca, limitados por el grado de conocimiento que hemos podido alcanzar.

Dependiendo de nuestros semejantes en nuestra trayectoria hacia la vanguardia evolutiva y a la manera de los mundos que se desplazan en el espacio influenciados por los astros que les rodean, actuamos y reaccionamos unos sobre los otros a través de la energía mental con la que nos renovamos constantemente creando, alimentando y destruyendo formas y situaciones, realizaciones y cosas en la estructuración de nuestros destinos.

Nuestra mente es, de este modo, un núcleo de fuerzas inteligentes generando un plasma sutil que, al exteriorizarse incesantemente fuera de nosotros, ofrece recursos de objetividad a las figuras de nuestra imaginación, bajo la dirección de nuestros propios diseños.

La idea es un “ser” organizado por nuestro espíritu, al que el pensamiento da la forma y la voluntad imprime movimiento y dirección.

Del conjunto de nuestras ideas resulta nuestra propia existencia. El orador hizo una pequeña pausa que nadie osó interrumpir, y luego prosiguió comentando:

–Como es fácil de deducir, todos los seres vivos actúan en la onda de psiquismo que les es peculiar dentro de las dimensiones que les son características o en la frecuencia que les es propia. Ese psiquismo no depende de los centros nerviosos, de modo que, fluyendo de la mente, es quien condiciona todos los fenómenos de la vida orgánica en sí misma.

Examinando, pues, los valores anímicos como facultades de comunicación entre los espíritus, cualquiera que sea el plano en que se encuentren, no podemos perder de vista el mundo mental del agente y el del receptor, ya que, en cualquier acto mediúmnico, la inteligencia receptiva está sujeta a las posibilidades y a la coloración de los pensamientos en que vive, y la inteligencia emisora queda sometida a los límites y a las interpretaciones de los pensamientos que es capaz de producir.

Un hotentote desencarnado, comunicándose con un sabio terrenal ligado todavía a su envoltura física, no podrá ofrecer a éste otros informes que los de las formas triviales en que se desenvolvían en el mundo sus experiencias primitivas; así como un sabio, sin la vestidura carnal,

entrando en relación con el hotentote ligado a su “hábitat” africano, no conseguirá brindarle su cooperación inmediata sino en el trabajo embrionario en el que éste tiene fijadas sus preocupaciones mentales, como ser el auxilio a un rebaño bovino o la cura de males del cuerpo material. Por ello, el hotentote no se sentiría feliz en la compañía del sabio, y el sabio, a su vez, no se detendría con aquél por falta de ese alimento, casi imponderable, al que podemos denominar “vibraciones compensadas”.

Es por ley que nuestras mayores alegrías son recogidas al contacto de aquellos que, al comprendernos, cambian con nosotros valores mentales de cualidades idénticas a las nuestras, así como los árboles ofrecen un mayor coeficiente de producción si se les coloca entre compañeros de la misma especie, con los cuales intercambian sus principios germinativos.

En la mediumnidad, igualmente, no podemos olvidar el problema de la sintonía.

Atraemos a los espíritus que tienen afinidad con nosotros, de la misma manera que somos por ellos atraídos, y si es verdad que cada uno de nosotros solamente puede dar conforme a lo que tiene, es indiscutible que cada uno recibe de acuerdo con lo que da.

Encontrándose la mente en la base de todas las manifestaciones mediúmnicas, cualesquiera que sean las características en que se expresen, es imprescindible enriquecer el pensamiento incorporándole los tesoros morales y culturales, los únicos que nos posibilitan fijar la luz que desciende hasta nosotros de las esferas más altas, a través de los genios de la sabiduría y el amor que supervisan nuestras experiencias.

Acertaron aquellos que compararon nuestro mundo mental a un espejo.

Reflejamos las imágenes que nos rodean y dirigimos en dirección de los demás las imágenes que creamos.

Y como no podemos escapar al imperativo de la atracción, retrataremos solamente la claridad y la belleza si nosotros establecemos la belleza y la claridad en el espejo de nuestra vida íntima.

Los reflejos mentales, según su naturaleza, favorecen nuestro estancamiento o nos impulsan a ir adelante, puesto que cada criatura humana vive en el cielo o en el infierno que edificó para sí misma en los rincones internos del corazón y de la conciencia, independientemente del cuerpo físico, y dado que, observando la vida

en su esencia de eternidad gloriosa, la muerte vale únicamente como transición entre dos tipos de la misma experiencia, en el “hoy imperecedero”.

Encontramos la mediumnidad en todos los tiempos y en todos los lugares en que se desarrolló el género humano.

Misiones santificantes y guerras de destrucción, tareas nobles y obsesiones péfidas tienen su origen en los reflejos de la mente individual o colectiva, combinados con las fuerzas sublimes o degradantes de los pensamientos que las nutren.

Sepamos, pues, cultivar la educación, perfeccionándonos más cada día.

Todos somos médiums, sea cual fuere la actividad que desempeñemos.

La fuerza psíquica, en muchos niveles de expresión, es peculiar a todos los seres, pero no existe perfeccionamiento mediúmnicó sin la purificación de la individualidad.

Es contraproducente, por tanto, intensificar el movimiento de la energía sin disciplinar sus impulsos.

Es peligroso poseer sin saber usar.

El espejo sepultado en el lodo no refleja el esplendor del Sol. El lago agitado no refleja la imagen de la estrella que titila en el infinito.

Elevemos nuestro caudal de conocimientos con el estudio bien llevado y perfeccionemos la calidad de nuestras emociones con el ejercicio constante de las virtudes superiores, si queremos recoger el mensaje de las Grandes Almas.

La mediumnidad no basta por sí sola.

Es imprescindible saber qué tipo de onda mental asimilamos, para conocer la calidad de nuestro trabajo y juzgar acerca de la dirección tomada.

Alberio prosiguió aún con sus valiosos comentarios, y más tarde pasó a responder a complicadas preguntas que le fueron hechas por diversos aprendices. Por mi parte recogí abundante material de meditación, razón por la cual, en compañía de Hilario, nos despedimos de los instructores con algunas palabras de agradecimiento, prometiendo Áulus volvernos a encontrar al día siguiente.

2. EL PSICOSCOPIO

Al volver la noche siguiente junto al asistente, recibimos el mismo gentil acogimiento de la víspera.

–Creo haber trazado nuestro programa –manifestó paternalmente.

Después de una breve pausa, en la que nos observó con atención, prosiguió:

–Considero que debemos realizar nuestras observaciones en un reducido núcleo, en el que mejor dispondremos del factor calidad. Tenemos un grupo de diez compañeros encarnados, con cuatro médiums poseedores de facultades regularmente desarrolladas y de una base moral respetable. Se trata de un núcleo pequeño al servicio de una institución consagrada a nuestro ideal cristianizador. De ese grupo-base nos será posible extraer notas y reunir informes que serán valiosos para nuestra tarea.

Nos miró bondadosamente durante un instante de silencio, y agregó:

–Esto lo haremos porque ustedes pretenden adquirir conocimientos especializados acerca de la mediumnidad únicamente en el ámbito terrestre, ya que en nuestro círculo de acción espiritual el problema sería muchos menos complejo.

–Si –aclaramos Hilario y yo– deseamos ayudar de algún modo a los hermanos encarnados que están dedicados a la ejecución de servicios en los que se han comprometido. La oportunidad, por ese motivo, surgía delante de nosotros como una verdadera bendición.

Pasados algunos minutos de intercambio de algunos conceptos, el

orientador expresó:

–Prosigamos. No hay tiempo que perder.

Luego, tomando una pequeña caja, y posiblemente notando nuestra curiosidad, nos dijo con calma:

–Tenemos aquí nuestro *psicoscopio*, el cual nos facilitará nuestros exámenes y estudios sin obligarnos a una esforzada concentración mental.

Me encargué de llevar el enigmático instrumento, y noté entonces que en la Tierra el minúsculo objeto no pesaría más de algunos gramos.

Llevado por la curiosidad, tanto como yo, Hilario preguntó:

–¿Psicoscopio? ¿Qué nuevo invento viene a ser éste?

–Es un aparato al que intuitivamente se refirió un ilustre estudioso de la fenomenología espírita a fines del siglo pasado. Se lo destina a la observación del alma y puede definir las vibraciones de ésta, a la vez que para realizar estudios acerca de la materia –aclaró Áulus con una leve sonrisa. Esperemos que esté en el futuro entre los humanos. Funciona con electricidad y magnetismo, utilizando elementos radiantes análogos en su esencia a los rayos gamma. Está constituido por lentes de aumento con posibilidades para la microfotografía.

Y mientras nos dirigíamos a la ciudad terrestre en la que debíamos operar, el mentor continuaba explicando:

–En nuestro trabajo de supervisión, podemos con él clasificar sin dificultad las perspectivas de los distintos grupos de servicios psíquicos que existen en el mundo. Analizando la psicoscopia de una persona o de un equipo de trabajadores, es posible deducir sus posibilidades y calificar la categoría de su condición. Según las radiaciones que proyectan, planificamos la obra que puedan realizar en el futuro.

Mi colega y yo no conseguíamos disimular nuestra sorpresa. Entre asombrado y receloso, Hilario osó preguntar:

–¿Quiere decir que cualquiera de nosotros puede ser sometido a un examen de esta naturaleza?

–Sin duda –contestó nuestro interlocutor con buen humor–; estamos sujetos todos a los exámenes de los planos superiores, aun quienes investigamos ahora los planos que están situados debajo del nuestro. Si el espectroscopio permite al hombre investigar la naturaleza de los elementos químicos que se hallan a enormes distancias, analizando la

onda luminosa que emiten, con mayor facilidad identificaremos los valores de la individualidad humana por los rayos que ésta emite. La moralidad, el sentimiento, la educación y el carácter son conocidos con claridad mediante una breve observación.

–Pero –indagó Hilario con espíritu investigador– y en la hipótesis de que surjan elementos arraigados en el mal en un grupo de cooperadores del bien, ¿los instructores espirituales procederán a su expulsión por la revelación de la ficha psicoscópica?

–No será preciso. Si la mayoría permanece empeñada en la práctica del bien, la minoría, prisionera del mal, se alejará del conjunto, poco a poco, por falta de afinidad.

–Con todo –agregó mi compañero– ¿qué sucede en una institución cuyo programa elevado degenera en desarmonías, induciéndonos a reconocer que la virtud no pasa de ser en ella una bandera ficticia que oculta a la ignorancia y la perversidad?

–Entonces, en ese caso –respondió con serenidad el interpelado– prescindimos de intervenir o acusar, pues la vida se encarga de colocar a cada uno en el lugar que le corresponde.

Y luego sonriendo, agregó:

–Los Ángeles o Ministros de la Eterna Sabiduría nos entregan, con toda confianza, a las forjas renovadoras del tiempo y de la experiencia. Se sabe actualmente, en la Tierra, que un gramo de radio pierde la mitad de su peso en dieciséis siglos, y que un ciclotrón, trabajando con proyectiles atómicos acelerados a millones de voltios, realiza de inmediato la transmutación de los elementos químicos. La evolución lenta en el transcurrir de los milenios o el choque brusco del sufrimiento alteran nuestro panorama mental, perfeccionando sus valores.

Esas consideraciones nos llevaban a reflexionar sobre otros temas. El asistente revelaba poseer una brillante cultura, unida a una extrema facilidad de exposición.

Me disponía a dirigir otras preguntas fuera del programa, pero adivinando nuestra intención, Áulus objetó:

–Toda conversación noble es instructiva, sin embargo, por ahora, sigamos con la mira fija en el trabajo por hacer. El éxito no excluye la atención. Si nos ponemos a dialogar sobre química, se irá un tiempo

precioso.

Enfocando nuevamente nuestros objetivos, Hilario recalcó:

–El psicoscopio, sólo él, da motivo a muchas reflexiones. Imaginemos una sociedad humana que pudiese retratar la vida interior de sus miembros... Eso economizaría grandes cuotas de tiempo en la solución de numerosos problemas psicológicos.

–Sí –agregó el mentor cordialmente– el futuro reserva prodigios al sentido común del hombre.

Habíamos alcanzado, entretanto, el portón del espacioso edificio que el asistente dijo ser el santuario que nos correspondía visitar para servir.

–Esta es la casa espírita-cristiana donde encontraremos nuestro punto básico de experiencias y observaciones.

Entramos.

Después de atravesar un amplio recinto, en el que estaban numerosas entidades desdichadas de nuestro plano, el orientador aclaró:

–Vemos aquí el salón consagrado a la enseñanza pública. El núcleo que buscamos está situado en un reducto íntimo, así como el corazón está dentro del cuerpo.

Habiendo transcurrido algunos instantes, penetramos tímidamente en el aposento en el que se hallaba reunida una reducida asamblea en silenciosa concentración mental.

–Nuestros compañeros –explicó el asistente– realizan el trabajo de armonización previa, quince minutos de oración, cuando no son de una exposición o lectura con bases morales elevadas. Saben que no deben abordar el mundo espiritual sin la actitud noble y digna que les otorgará la posibilidad de atraer compañías edificantes, por lo cual tampoco comparecen aquí sin portar consigo, en la faz invisible de su personalidad, las simientes de lo mejor que poseen.

Hilario y yo deseábamos indagar, pero el carácter respetable del recinto nos imponía silencio.

Amigos de nuestra esfera se detenían allí en oración, obligándonos a un profundo recogimiento.

El asistente armó el y, después de un breve control, nos invitó a observar por él.

Cuando llegó mi turno para usarlo, las peculiaridades del aparato me asombraron.

Sin necesidad de esfuerzo mental alguno, noté que todas las expresiones de la materia física asumían un aspecto diferente, destacándose la materia de nuestro plano.

El techo, las paredes y los objetos de uso corriente, se mostraban como formados por corrientes de fuerza que emitían una claridad incolora.

Me detuve en la contemplación de los compañeros encarnados, los que aparecían ahora más estrechamente unidos entre sí por amplios círculos radiantes que adornaban sus cabezas de un esplendor opalino.

Tuve la impresión de notar en torno del opaco bloque de masa semioscura a que se reducía la mesa, una corona de luz solar formada por diez puntos característicos, resaltando en el centro de cada uno de ellos el semblante espiritual de los amigos en oración.

De ese collar de focos dorados se alargaba una extensa franja de luz violeta, la que parecía ser contenida en otra franja de luz anaranjada que se prolongaba en tonalidades diversas que, en ese momento, no pude precisar dado que mi atención estaba puesta en el círculo de rostros fulgurantes estrechamente unidos entre sí, a la manera de diez pequeños soles ligados los unos con los otros. Noté que cada uno de ellos ostentaba sobre sí una aureola de rayos casi verticales, fulgentes y móviles, como si fuesen diminutas antenas de oro humeante. Sobre esas coronas, que se distinguían de un compañero a otro, caían de lo Alto abundantes chorros de luminosidad estelar que, tocando las cabezas allí hermanadas, parecían suaves corrientes de fuerza que se iban transformando en pétalos microscópicos que se encendían y se apagaban, en miríadas de formas delicadas y caprichosas, gravitando, por momentos, alrededor de los cerebros en que se producían, cual satélites de vida breve en tomo a las fuentes vitales que les diera origen.

Custodiando la asamblea estaban los mentores espirituales, irradiando cada uno la luz que le era propia.

Admirado, sin embargo, por los hermanos de la esfera física que se revelaban tan afines en la onda brillante que los envolvía, pregunté con entusiasmo:

—Amigo Áulus, ¿los compañeros que visitamos son, por ventura, grandes iniciados en la revelación divina?

El interpelado hizo un gesto de buen humor y respondió:

–No. Nos hallamos todavía muy lejos de semejantes apóstoles.

Nos vemos aquí en la compañía de cuatro hermanas y seis hermanos de buena voluntad. Son personas comunes. Comen, beben, se visten y se presentan en la Tierra con el aspecto común de las demás criaturas de la vida carnal. Sin embargo, ellos tienen la mente puesta al servicio de los ideales superiores de la fe activa, que se expresan por el amor a sus semejantes. Procuran disciplinarse, ejercitan la renuncia, cultivan la bondad, constante y, por intermedio del esfuerzo propio en el bien y en el estudio noblemente llevado, adquieren un elevado grado de radiación mental.

Hilario, que había utilizado el psicoscopio en primer lugar, agregó, con el tono de admiración de una criatura sorprendida:

–Pero, ¿y la luz? La materia que conocemos en el mundo se transfiguró. ¡Todo aquí se convirtió en una nueva claridad! ¡El espectáculo es magnífico!...

–No es extraño –dijo el asistente con bondad– ¿no sabe usted que el hombre es un generador de fuerza electromagnética, con una oscilación por segundo que es registrada por el corazón? ¿Ignora, acaso, que todas las sustancias vivas de la Tierra emiten energías encuadradas en la gama de las radiaciones ultravioleta? Volviendo a nuestros compañeros, tenemos en ellos almas regularmente evolucionadas y condiciones vibratorias apreciables por su sincera devoción al bien y el olvido de sus propios deseos. Pueden, de tal modo, proyectar rayos mentales en vías de sublimarse, asimilando corrientes superiores y enriqueciendo los rayos vitales que generan al igual que lo hace una dinamo.

–¿Rayos vitales? –preguntó mi colega deseoso de una aclaración.

–Sí; para mayor claridad de la definición llamémosles rayos ectoplásmicos, uniendo así nuestra designación a la nomenclatura de los espiritistas modernos. Esos rayos son peculiares a todos los seres vivos. Con ellos la oruga realiza sus complicadas demostraciones de metamorfosis, y es también en base a ellos que se efectúan todos los fenómenos de materialización mediúmnica, por cuanto los sensitivos encarnados por quienes se procesan aportan y liberan esas energías con más facilidad. Todas las criaturas, pues, les conservan en sí mismas, emitiéndoles en una frecuencia que varía en cada una, según las tareas

que el plan de la vida les ha asignado.

Y optimista, agregó:

–El estudio de la mediumnidad se afirma sobre las bases de la mente y su prodigioso campo de radiaciones. La ciencia de los rayos potenciará, en breve, una gran renovación en los diversos sectores culturales del mundo. Guardemos el porvenir.

En seguida, Áulus nos invitó a realizar una inspección más directa, a la que correspondimos con interés.

3. EQUIPO MEDIÚMNICO

–Conozcamos a nuestro equipo mediúmnico – dijo el orientador.

Y deteniéndose cerca del compañero encarnado que dirigía los trabajos, expresó:

–Este es nuestro hermano Raúl Silva, que dirige el núcleo con sincera devoción a la fraternidad. Correcto en el desempeño de sus deberes y de fe ardiente, consigue alcanzar con el grupo la onda de comprensión y buena voluntad que es su característica. Por el amor con que desempeña su tarea es un instrumento fiel de los benefactores desencarnados, quienes hallan en su mente un espejo cristalino que reproduce sin distorsión alguna sus instrucciones.

Luego se dirigió hacia una señora muy joven, y señalándole, explicó:

–Esta es nuestra hermana Eugenia, médium de gran docilidad que promete un brillante futuro en la expansión del bien. Es un excelente órgano de transmisión que coopera con eficiencia en la ayuda a los desencarnados en desequilibrio. Intuición clara, aliada a su categoría moral, tiene la ventaja de mantenerse consciente en los trabajos de intercambio, beneficiando la labor.

Se detuvo al lado izquierdo de un joven que aparentaba tener unos treinta años de edad, e informó:

–Aquí tenemos a nuestro amigo Anelio Araujo. Viene conquistando un paulatino progreso en la clarividencia, la clariaudiencia y la psicografía.

En seguida, aproximándose a un caballero simpático, notificó:

—Este es nuestro colaborador Antonio Castro, mozo bien intencionado y poseedor de valiosas posibilidades en nuestras actividades de intercambio. Sonámbulo, es aún de una pasividad que requiere una gran vigilancia de parte nuestra. Se desdobra con facilidad, llevando a cabo preciosas tareas de cooperación con nosotros, pero necesita todavía de mayores estudios y experiencias más amplias para expresarse con seguridad acerca de sus propias observaciones. A veces se comporta fuera de la materia densa como una criatura, comprometiendo nuestra acción. Cuando presta su vehículo a entidades dementes o en sufrimiento necesita de nuestra prudencia, ya que casi siempre deja su cuerpo a la voluntad de los comunicantes, cuando le corresponde el deber de ayudarnos a la contención de ellos, para que nuestra tentativa de fraternidad no le ocasione perjuicios al organismo físico. Será, sin embargo, un valioso auxiliar en nuestros estudios.

Avanzando, el asistente se paró delante de una respetable señora que se mantenía en fervorosa oración, y exclamó:

—Les presento ahora a la hermana Celina, devota compañera de nuestro ministerio espiritual. Ya cumplió medio siglo de existencia física, conquistando victorias significativas en sus batallas morales. Viuda, desde hace casi veinte años, se dedicó a sus hijos con admirable valor, salvando obstáculos espinosos y pasando días oscuros de renuncia. Soportó heroicamente el asedio de compactas legiones ignorantes y desdichadas que rodeaban a su esposo, con quien se casó para cumplir una tarea de sacrificio. Conoció de cerca la persecución de genios infernales a los que no se rindió, y luchando durante muchos años atendiendo en forma irreprochable las obligaciones que tenía en el mundo acrisoló sus facultades mediúmnicas, perfeccionándolas en las llamas del sufrimiento moral, como se modelan las piezas de hierro bajo la acción del fuego y los golpes en el yunque. Ella no es un simple instrumento de fenómenos psíquicos. Es una abnegada servidora en la construcción de valores del espíritu. La clarividencia y la clariaudiencia, la incorporación sonambúlica, así como el desdoblamiento de la personalidad son estados en los que se sumerge con la misma espontaneidad con que respira, guardando noción de sus responsabilidades y siendo, por eso, una valiosa colaboradora de nuestras realizaciones. Diligente y humilde, encontró en el cultivo del amor fraterno su mayor alegría y, repartiendo su tiempo entre las

obligaciones y los estudios edificantes, se transformó en un acumulador espiritual de energías benéficas, asimilando las corrientes mentales elevadas, razón por la cual es menos vulnerada por las fuerzas de las tinieblas.

Realmente, junto a la hermana que teníamos ante nuestra vista, disfrutábamos de una sensación de paz y comodidad.

Probablemente bajo la influencia de la onda de alegría indefinible que nos inundaba, Hilario indagó:

—Si hiciéramos un control psicoscópico de doña Celina, ¿las condiciones de ella, tal como las estamos viendo, serían fielmente registradas?

—Perfectamente —contestó Áulus de inmediato—; tal observación ratificaría sus emanaciones de bondad y comprensión, fe y buen ánimo. Así como la ciencia en la Tierra cataloga los elementos químicos que entran en la formación de la materia densa, en nuestro campo de materia rarefacta es posible analizar el tipo de fuerzas sutiles que son propias de cada ser. En el futuro el hombre podrá examinar una emisión de optimismo o de confianza, de tristeza o de desesperación, y fijarles su densidad y sus límites como puede ya separar y estudiar las radiaciones del átomo de uranio. Los principios mentales son mensurables y merecerán en el porvenir una atención especial entre los humanos, así como sucede en la actualidad con los fotonios, estudiados por los científicos, quienes se empeñan en descifrar la constitución específica de la luz.

Después de un breve intervalo, el asistente agregó:

—Una ficha psicoscópica determina, en especial, la naturaleza de nuestros pensamientos, por lo que es fácil conocer, a través de semejante registro, acerca de nuestros méritos y de nuestras debilidades.

Luego nuestro orientador nos indujo a un examen detenido del campo encefálico de la hermana Celina, destacando:

—En ningún proceso mediúmnico podemos olvidar que la máquina cerebral es el órgano de manifestación de la mente. Ya tienen ustedes conocimientos avanzados acerca del aparato orgánico, lo cual nos ahorra entrar en particularidades técnicas sobre el valor carnal.

Y acariciándole la cabeza salpicada de cabellos blancos, agregó:

–Nos bastará un sucinto examen de la vida intracraneana, pues es donde están asentadas las llaves de comunicación entre el mundo mental y el mundo físico.

Centralizando la atención en una lente muy pequeña que Áulus nos entregó, el cerebro de nuestra amiga se presentó como una poderosa estación radiofónica con millares de antenas y conductos, resistencias y conexiones de tamaño microscópico y todas sus células especializadas en los diversos servicios funcionando como detectores y estímulos, transformadores y amplificadores de la sensación y de la idea, cuyas vibraciones fulguraban ahí dentro como rayos incesantes, iluminando un firmamento minúsculo.

El asistente observó con nosotros aquel precioso laberinto en el que la epífisis brillaba como un pequeño sol azul, y dijo:

–No es necesario señalar datos relativos al cerebro y al sistema nervioso en general, pues se hallan ustedes familiarizados con ellos por sus conocimientos.

En ese instante reparé, admirado, en los haces de luz formados por la asociación de las células corticales vibrando al paso del flujo magnético del pensamiento.

–Recordemos –prosiguió el instructor– que el delicado aparato encefálico reúne a millones de células, que desempeñan funciones específicas como si fuesen trabajadores en un orden jerárquico dentro de la armoniosa estructura de un Estado.

Y enumerando las distintas regiones de ese prodigioso reino pensante, declaró:

–No precisaremos extendernos demasiado. Las experiencias adquiridas por el alma constituyen una maravillosa síntesis de percepción y sensibilidad en la condición de espíritus libres en que nos encontramos, pero se especializan en el equipo de la materia densa como núcleos de control de las manifestaciones de la individualidad, perfectamente analizables. Así es como el alma encarnada posee en el cerebro físico los centros especiales que gobiernan la cabeza, el rostro, los ojos, los oídos y los miembros, conjuntamente con los centros de la palabra, del lenguaje, de la visión, de la audición, de la memoria, de la escritura, del gusto, de la deglución, del tacto, del olfato, del registro del calor y del frío, del dolor, del equilibrio muscular, de la comunión con los valores internos de la mente, de la conexión con el mundo

exterior, de la imaginación, del gusto estético, de los variados estímulos artísticos y tantos otros, como sean las adquisiciones de experiencia atesoradas por el ser, que conquista la propia individualidad, paso a paso y esfuerzo por esfuerzo, enaltecéndola por el trabajo constante en pro de la sublimación integral, frente a todas las vías de progreso y perfección que la Tierra le pueda ofrecer.

Después de una breve pausa, el asistente continuó:

–No podemos realizar ningún estudio de las facultades mediúmnicas sin estudiar también la personalidad. Juzgo de suma importancia la consideración de los centros cerebrales, que son las bases donde operan el pensamiento y la voluntad y que influyen de un modo comprensible en todos los fenómenos mediúmnicos, desde la intuición pura hasta la materialización objetiva. Esos medios, que merecen la defensa y el auxilio de las entidades sabias y benévolas para realizar sus tareas de amor y sacrificio junto a los humanos, con la colaboración de los médiums que se mantienen en el ideal superior de la bondad y del servicio al prójimo, en muchas ocasiones pueden ser ocupados por entidades inferiores o embrutecidas que son motivo de lastimosos procesos de obsesión.

–Pero –dijo Hilario juiciosamente – en un campo cerebral tan iluminado como el de nuestra hermana Celina, ¿será sensato aceptar la posibilidad de una invasión por parte de inteligencias poco evolucionadas? ¿Será posible tal retroceso?

–No podemos olvidar –consideró el asistente– que Celina se encuentra encarnada y a pasar una prueba de largo curso y que, en su condición de aprendiz, se halla aún muy lejos de considerarla como lección superada.

Meditó un momento, comentando con buen humor:

–En un viaje de cien leguas pueden presentarse muchas sorpresas en el último kilómetro del camino.

Después, colocando su diestra paternalmente sobre la frente de la médium, prosiguió:

–Nuestra hermana está ofreciendo sus testimonios de buena voluntad, fe viva, caridad y paciencia. Al igual que nosotros, todavía no se ha liberado del saldo deudor de su pasado. Somos una gran legión de combatientes en vías de vencer a los enemigos que pueblan nuestra naturaleza íntima o el mundo de nosotros mismos, enemigos simbolizados por nuestros viejos hábitos del convivir con la naturaleza inferior, los que nos colocan en sintonía con los habitantes de las sombras y en evidente

peligro para mantener nuestro equilibrio. Si nuestra amiga Celina, al igual que cualquiera de nosotros, abandonara la disciplina a la que estamos obligados para sostener las condiciones de recibir la luz, rindiéndose a las sugerencias de vanidad o de desaliento, que acostumbramos a considerar impropriamente como derechos adquiridos o injustificable desdicha, cierto es que sufriría el asedio de los elementos de destrucción que perturbarían su noble experiencia actual de ascensión. Muchos médiums se entregan a prejuicios de este orden. Después de unos ensayos promisorios y brillante comienzo se atribuyen la posesión de recursos espirituales que no les pertenecen, o temen las aflicciones prolongadas de la marcha y se anulan en la esterilidad, bajando el nivel moral o entregándose a la inercia, por lo que retornan, inevitablemente, el cultivo de los impulsos primitivos que el trabajo incesante en el bien les hubiera hecho olvidar.

Y sonriendo, agregó:

—Todavía no hemos conquistado la victoria suprema sobre nosotros mismos. Nos hallamos en la condición de la tierra que no prescinde del arado protector o de la azada útil con el fin de producir. Sin los medios del trabajo y de la lucha, perfeccionando nuestras posibilidades, estaríamos permanentemente amenazados por la hierba dañina que más se esparce y se afirma cuando mejor es la calidad de la tierra abandonada.

Y mirándonos de frente, como para resaltar nuestra responsabilidad, comentó:

Nuestras realizaciones espirituales del presente son como pequeños destellos sobre las pirámides de sombra de nuestro pasado. Es imprescindible mucha cautela con las semillas del bien, para que el fuerte viento del mal no las arrase. Por eso la tarea mediúmnica, considerada como herramienta para la obra de las inteligencias superiores, no es tan fácil de ser llevada a buen término, toda vez que, sobre el canal aún frágil que se brinda al paso de la luz, acometen las ondas pesadas de las tinieblas y de la ignorancia que se agitan, compactas, a nuestro alrededor.

Calló el asistente.

Se diría que él también, ahora, se conectaba con el campo magnético de los amigos que seguían en silencio dispuestos a iniciar el trabajo de la reunión.

4. FRENTE AL SERVICIO

Una llamada a la puerta fue motivo para que uno de los compañeros ocupados en la meditación se dispusiera a atender.

Dos enfermos, una señora joven y un caballero entrado en años, custodiados por dos familiares, traspusieron el umbral, colocándose en uno de los rincones de la sala, fuera del círculo magnético. –Son enfermos que serán auxiliados– nos informó el orientador. Luego, un colaborador de nuestro plano franqueó el acceso a numerosas entidades dolientes y perturbadas, las que se colocaron frente a la asamblea formando un nutrido grupo.

Ninguna de ellas se acercó hasta nosotros.

Se podría decir que se aglomeraban alrededor de nuestros amigos encarnados, sumidos en oración, cual mariposas inconscientes atraídas por una gran luz.

Venían alborotadas, profiriendo frases sin conexión y exclamaciones poco edificantes, sin embargo, después que les alcanzaron las emanaciones espirituales del grupo, enmudecieron de pronto, como si fuesen dominadas por fuerzas que no lograban percibir.

Atento, Áulus expresó:

–Son almas en turbación mental que acompañan a parientes, amigos o enemigos a las reuniones públicas de la institución, de quienes se desligan cuando los encarnados se renuevan con las ideas salvadoras expresadas por las palabras de quienes imparten la enseñanza doctrinaria. Modificado el estado mental de aquellos que habitualmente

vampirizan, esas entidades se encuentran como si hubiesen sido despojadas de su casa, ya que, alterada ahora la elaboración del pensamiento en aquellos con quienes estaban unidas, experimentan súbitos y radicales cambios en las posiciones falsas que, habían tomado. Algunas de ellas, en rebeldía, huyen de los templos de oración como éste, aborreciendo temporalmente la ayuda y tramando nuevas persecuciones a sus víctimas, a las que buscan hasta reencontrarlas. Con todo, otras, tocadas de algún modo por las lecciones recibidas, permanecen en el local de tales servicios en ansiosa expectativa, buscando un mayor esclarecimiento.

Hilario, que recibía con sorpresa semejantes informes, preguntó con curiosidad:

—¿Qué ocurre, sin embargo, cuando los encarnados no prestan atención a las enseñanzas que se les brindan?

—Sin duda, pasan por los santuarios de la fe en la condición de urnas cerradas. Impermeables a los buenos avisos, continúan inaccesibles al cambio necesario.

—Pero, ¿se repite este mismo fenómeno en las iglesias de otras confesiones religiosas?

—Sí. La palabra desempeña un papel significativo en las construcciones del espíritu. Los sermones y las conferencias de sacerdotes y adoctrinadores, en los distintos sectores de la fe, y siempre que estén inspirados en el bien infinito, tienen el importante objetivo de la elevación moral.

El asistente meditó un instante, y agregó:

—Entre los hombres, sin embargo, si no es fácil sólo llevar una vida digna, les es sumamente difícil capacitarse para la muerte libertadora. Comúnmente desencarna el alma sin despojarse de sus pensamientos enmarañados con situaciones, personas y cosas de la Tierra. La mente; por eso, sigue prisionera de los intereses casi siempre inferiores del mundo, momificada y enfermiza, ante cuadros inquietantes creados por ella misma. De ahí el valor del culto religioso noble, que ayuda a la creación de un ambiente para la ascensión espiritual y con indiscutibles ventajas, no sólo para los espíritus encarnados que a él asisten con sinceridad y fervor, sino también para los desencarnados que aspiran a su propia transformación. Todos los santuarios durante sus actos públicos están muy concurridos por almas necesitadas que se presentan

en ellos, sin el vehículo denso, sedientas de confortamiento. Los expositores de la buena palabra pueden ser comparados a técnicos electricistas, provocando el desligamiento de mentes por medio de los principios liberadores que vierten en la esfera del pensamiento.

Luego sonrió con buen humor, y prosiguió:

–Por esta razón las entidades vampíricas operan en contra de los agentes, muchas veces, envolviéndoles con fluidos entorpecedores que les produce el sueño, a fin de demorar su renovación y progreso.

Observando a los hermanos involucionados que se acercaban a la mesa formando un semicírculo, tuve la idea de usar el psicoscopio para examinarlos detenidamente, por lo que Áulus me dijo con presteza:

–No será preciso. Bastará un análisis cuidadoso para recoger los resultados interesantes, ya que nuestros amigos llevan grabados en el propio cuerpo periespiritual los sufrimientos que padecen.

Noté que el asistente no deseaba prolongar la conversación, seguramente porque se preparaba para colaborar en los trabajos, por lo que aproveché los instantes que nos quedaban haciendo observaciones sobre los compañeros desdichados que se unían estrechamente los unos a los otros, entre angustiados y expectantes.

Parecían envueltos en una gran nube ovalada, cual una niebla de color ceniza oscura, espesa y móvil, agitada por extrañas formaciones.

Miré el conjunto, notando que algunos de ellos se mostraban enfermos, como si estuviesen aún en la vida física.

Miembros lesionados, mutilaciones, parálisis y ulceraciones diversas eran perceptibles a simple vista.

Quizás porque Hilario y yo nos detuviéramos en un cuidadoso examen, al igual que aprendices en el aula, uno de los colaboradores espirituales de la reunión se acercó a nosotros y nos dijo en tono cordial:

–Nuestros hermanos dolientes traen consigo, individualmente, el estigma de los errores deliberados que cometieron. La enfermedad, como resultante del desequilibrio moral, sobrevive en el periespíritu alimentada por los pensamientos que la engendraron, cuando esos pensamientos persisten después de la muerte del cuerpo físico.

–Pero, ¿adquieren mejoras positivas en las reuniones mediúmnicas?
– indagó Hilario, con timidez.

–Sí –aclaró el interlocutor– asimilan ideas nuevas con las cuales van

renovándose, aunque lentamente, mejorando la visión interior y estructurando, así, nuevos destinos. La renovación mental es la renovación de la vida.

Medité acerca de la ilusión de quienes se imaginan que la muerte da libre acceso al alma que va en demanda del cielo o del infierno, como lugares determinados de alegría y de padecimiento...

¡Cuán pocos son en la Tierra los que se capacitan y conceptúan que llevamos en nosotros las evidencias de nuestros pensamientos, de nuestras actividades y de nuestras obras, y que la tumba no es otra cosa que el baño revelador de las imágenes que escondemos en el mundo debajo de las vestiduras carnales...!

La conciencia es un núcleo de fuerzas en torno al cual gravitan el bien y el mal generados por ella misma, y allí estábamos frente a una larga fila de almas que sufrían en sus purgatorios diferenciados que ellas mismas crearon.

Nos acercamos a un triste compañero, de macilenta expresión fisonómica, al que Hilario, en un impulso muy humano, le preguntó:

–Amigo, ¿cómo te llamas?

–¿Yo? –balbuceó el interpelado.

Y en un esfuerzo tremendo e inútil por recordar alguna cosa, agregó:

–Yo no tengo nombre...

–¡Imposible!... –expresó mi colega con tono de admiración– todos tenemos un nombre.

–Me olvidé, me olvidé de todo... –respondió el desdichado desconsoladamente.

–Es un caso de amnesia para estudiar –nos aclaró un compañero espiritual del equipo de trabajo, que visitábamos.

–¿Fenómeno natural? –interrogó Hilario, dubitativo.

–Sí, puede ser natural, a raíz de algún desequilibrio traído de la Tierra, pues es posible que nuestro amigo sea víctima de una vigorosa sugestión post-hipnótica, procedente de algún perseguidor de gran poder sobre sus facultades mnemónicas. Se encuentra todavía profundamente apegado a las sensaciones físicas y la vida cerebral en él es aún una copia de las vías sensoriales que dejó. Considerándolo así, es probable que esté sometido al imperio de voluntades extrañas y poco honestas, a las cuales podría haber estado ligado en el mundo.

–¡Cielos! –exclamó mi colega impresionado– ¿es posible semejante dominación después de la muerte?

–¿Cómo no? La muerte es continuación de la vida, y en la vida, que es eterna, poseemos lo que buscamos.

Atento a nuestros estudios acerca de la mediumnidad, observé:

–Si nuestro amigo desmemoriado fuese conducido hasta un instrumento mediúmnico, ¿se manifestaría, acaso, ignorando su identidad?

–Efectivamente. Y necesitará un trato cariñoso como cualquier alienado mental común. Expresándose a través de algún médium que le dé cabida, será para cualquier adoctrinador terrestre el mismo enigma que estamos presenciando.

En ese momento se acercó a nosotros una entidad presentando un aspecto deplorable.

Era un hombre delgado y triste, que mostraba el brazo derecho paralizado y reseco.

Respondiendo a mi mirada interrogativa, mi compañero, como quien no dispone de tiempo para el comentario fraterno, sólo me dijo:

–Haga una observación. Examine usted mismo.

Me acerqué al amigo en sufrimiento.

Le toqué la frente, levemente, y registré su angustia.

En los recuerdos que se habían cristalizado en su mundo mental, sentí su drama interior.

Había sido un musculoso estibador en los muelles, alcohólico inveterado que, en cierta oportunidad, de vuelta a su casa, abofeteó a su padre porque el anciano desaprobaba su comportamiento.

Incapaz de devolver el ataque, el anciano, escupiendo sangre, vociferó amenazante:

–¡Infame!, tu brazo cruel será transformado en una rama seca...
¡Maldito seas!

Oyendo estas palabras, que fueron seguidas por una terrible descarga de fuerza hipnotizante, el miserable volvió a la vía pública sugestionado por la maldición recibida, tras lo cual continuó bebiendo para olvidar.

En uno de sus habituales estados, sin poder mantener el equilibrio,

se accidentó en un tranvía, perdiendo en tal oportunidad el brazo.

Sobrevivió algunos años, pero en su pensamiento se mantuvo la idea de que la expresión paterna había tenido la fuerza de una orden vengativa que se le grabó en el fondo del alma, y por eso, al desencarnar, recuperó el miembro mutilado, el que le colgaba, reseco e inerte, en el cuerpo periespiritual.

Mientras reflexionaba, nuestro orientador volvió a aproximarse a nosotros, y percibiendo cuanto sucedía, nos informó:

–Es un caso difícil de reajuste, que reclama tiempo y tolerancia.

Y acariciando los hombros del paralítico, agregó:

–Nuestro amigo trae su mente subyugada por el remordimiento que le aqueja en lo íntimo desde que recibió la maldición. Exige mucho cariño para restablecerse.

Sin despreocuparme del tema que retenía nuestra atención, inquirí:

–Si este compañero utilizara un instrumento mediúmnico, ¿transmitiría al receptor humano las sensaciones que él percibe?

–Sí –aclaró el asistente– reflejará en el médium pasivo las impresiones que le dominan por medio de los procesos magnéticos comunes en que se basan los servicios de intercambio.

Sonrió, bondadoso, y agregó:

–Mientras tanto, no nos perdamos ahora en casos particulares. Cada entidad poco equilibrada de cuantas se hallan reunidas aquí, trae consigo inquietantes experiencias. Observemos esto desde un plano más alto.

Dicho esto, me condujo a la cabecera de la mesa, donde nuestro amigo Raúl Silva iba a comenzar el servicio de oración,

5. ASIMILACIÓN DE CORRIENTES MENTALES

Faltaban solamente dos minutos para las veinte horas, cuando el dirigente espiritual más responsable hizo su entrada al pequeño recinto.

Nuestro orientador hizo la presentación.

El hermano Clementino nos abrazó acogedoramente.

La casa nos pertenece a todos –nos dijo sonriente. Estén, pues, a gusto y dispuestos para la tarea a la que nos hallamos abocados.

En ese momento diversas entidades de nuestro plano se colocaron junto a los médiums, ya dispuestos a entrar en servicio.

Clementino avanzó en dirección a Raúl Silva, al lado del cual se colocó en silenciosa reflexión.

Luego Áulus me invitó a usar el psicoscopio, y graduándolo de otra manera, me recomendó un examen cuidadoso.

Visualicé a los compañeros encarnados sumidos en concentración mental, identificándoles bajo un aspecto diferente.

Esta vez, los vehículos físicos aparecían como si se tratara de corrientes electromagnéticas de elevada tensión.

El sistema nervioso, los núcleos glandulares y los plexos emitían una luminiscencia particular. La mente, yuxtaponiéndose al cerebro, se destacaba como una esfera de luz característica, ofreciendo en cada compañero un determinado potencial de radiación.

Señalándonos esta curiosidad, el asistente explicó:

–En cualquier estudio mediúmnico no debemos olvidar que la individualidad espiritual, en el cuerpo físico, mora en la ciudadela atómica carnal que está formada por recursos tomados provisionalmente del ambiente del mundo. Sangre, encéfalo, nervios, huesos, piel y músculos son elementos materiales que se aglutinan entre sí para la manifestación transitoria del alma en la Tierra y que constituyen para la misma una vestidura temporal, según las condiciones y pruebas que ésta tiene que pasar.

En ese instante, el hermano Clementino posó su diestra en la frente del amigo que dirigía la reunión, mostrándose a nuestros ojos más humanizado, casi oscuro.

–El benefactor espiritual que ahora nos dirige –dijo nuestro instructor– se nos presenta ahora más denso y oscuro porque amortiguó el elevado tono vibratorio que posee habitualmente, descendiendo hasta la condición de Raúl, tanto como le es posible, en beneficio del trabajo próximo a comenzar. Actúa ahora sobre la vida cerebral del conductor de la casa, a la manera de un músico que tocara, con sentido respeto, un violín de alto valor del que conoce su calidad y armonía.

Notamos que la cabeza venerable de Clementino comenzó a emitir rayos fulgurantes, al mismo tiempo que el cerebro de Silva, bajo la influencia de la mano del benefactor, se rodeaba de una luminosidad intensa, aunque diferente.

El mentor desencarnado elevó su voz con tono conmovedor, implorando la bendición divina con expresiones que nos eran familiares, expresiones que Silva transmitió también en voz alta, pero imprimiéndoles pequeñas variaciones.

Con la emoción que nos invadía a todos, un silencio profundo y apacible reinó por espacio de breves minutos.

Hilos de luz brillante ligaban a los componentes de la mesa, pareciendo que la oración los estrechaba más fuertemente entre sí.

Terminada la oración, me acerqué a Silva.

Deseaba investigar más a fondo las sensaciones que dominaban en su campo físico, observé entonces todo su busto, inclusive brazos y manos, bajo una vigorosa onda de fuerza que le erizaba la piel y le producía una sensación de dulce excitación, como un agradable escalofrío. Esa onda de fuerza descansaba sobre el plexo solar, donde

se transformaba en una luminosa corriente estimulante que se extendía por los nervios hasta el cerebro, de donde se derramaba por la boca en forma de palabras.

Secundando mi análisis, el asistente explicó:

–La emisión de fuerzas mentales del hermano Clementino accionó sobre la organización psíquica de Silva, como la electricidad actúa sobre la lámpara eléctrica. Apoyándose en el plexo solar, se elevó hacia el sistema neuro-cerebral, como la energía eléctrica de la fábrica emisora que, llegando hasta la lámpara, se expande por los filamentos incandescentes produciendo el fenómeno de la luz.

–¿Y el problema del voltaje? –indagué con curiosidad.

–No fue olvidado. Clementino graduó el pensamiento y la expresión de acuerdo a la capacidad de nuestro hermano Raúl y del ambiente que le rodea, ajustándose a tales posibilidades, al igual que el técnico en electricidad controla la proyección de energía según la red de los elementos receptivos.

Y sonriendo, agregó:

–Cada recipiente recibe conforme a su capacidad.

Las comparaciones de Áulus sugerían interesantes indagaciones.

La energía eléctrica genera luz en la lámpara. Pero, ¿cuál es la relación? El contacto espiritual, según inferíamos, impulsaba las fuerzas que se iban derramando del cerebro y la boca de Silva en forma de palabras y rayos luminosos...

El instructor percibió nuestro mudo interrogante, por lo que se apresuró a explicar:

–La lámpara, en cuyo interior se produce la luz, arroja de sí los fotonios, que son elementos vivos de la naturaleza que vibran en el “espacio físico” a través de los movimientos que les son peculiares, y nuestra alma, en cuyo ámbito íntimo se procesa la idea irradiante, lanza fuera de sí los elementos espirituales condensados en la fuerza ponderable y múltiple del pensamiento, elementos esos con los que influimos en el “espacio mental”. Los mundos actúan los unos sobre los otros por las irradiaciones que despiden, y las almas se influyen mutuamente por intermedio de los agentes mentales que producen.

La palabra serena y precisa del orientador nos llevaba a una rápida meditación.

Las claras referencias acerca de la energía mental me sugerían preciosas reflexiones.

–Entonces –dije para mí– el pensamiento no escapa a las realidades del mundo corpuscular.

Así como poseemos en la Tierra valiosas observaciones respecto a la química de la materia densa, relacionadas con sus unidades atómicas, el campo de la mente ofrece un amplio panorama para el estudio de sus combinaciones... Pensamientos de crueldad, rebeldía, tristeza, amor, comprensión, esperanza o alegría, tendrían una naturaleza diferenciada con características y pesos propios, haciendo más densa al alma o sutilizándola, además de poderse definir sus cualidades magnéticas... La onda mental poseería determinados coeficientes de fuerza, tanto en la concentración silenciosa como en la palabra hablada o escrita...

Comprendía, de este modo, con argumentos lógicos y sin ninguna duda, que somos víctimas o beneficiarios naturales de, nuestras propias creaciones, según las corrientes mentales que proyectamos, esclavizándonos a compromisos contraídos por el equívoco de nuestras experiencias o liberándonos con el bien hacia el progreso, según nuestras determinaciones y obras en armonía o en desacuerdo con las leyes eternas...

El soliloquio, sin embargo, no podía prolongarse.

Nuestro orientador, atento a los objetivos de nuestra permanencia en la casa, me llamó para hacerme nuevas observaciones: –¿Habéis reparado en la comunión entre Clementino y Silva en el momento de la oración?

Y ante nuestra expectativa de aprendices, continuó:

–Vimos aquí el fenómeno de la perfecta asimilación de corrientes mentales que preside habitualmente a casi todos los hechos mediúmnicos. Para aclarar más, comparemos el organismo de Silva, nuestro compañero encarnado, con un aparato receptor de radio como los que conocemos en la Tierra. La emisión mental de Clementino envuelve a Raúl Silva, condensando sus pensamientos y su voluntad con una profusión de rayos que alcanzan a su campo interior primeramente por los poros, que son como miríadas de antenas sobre las cuales esta emisión adquiere el aspecto de impresiones débiles e indecisas. Esas impresiones se afirman en los centros del cuerpo espiritual, que funcionan a modo de condensadores, y alcanzan de inmediato los enlaces del sistema nervioso, desempeñando el papel de

preciosas bobinas de inducción, acumulándose allí en un instante y reconstituyéndose automáticamente en el cerebro, en el que poseemos centenares de centros motores semejantes a un milagroso teclado de electroimanes ligados los unos a los otros.

En estos núcleos dinámicos se procesan las acciones y reacciones mentales que determinan vibraciones creativas a través del pensamiento o de la palabra, considerándose al encéfalo como una poderosa estación emisora y receptora y a la boca como un valioso altavoz. Tales estímulos se expresan también a través del mecanismo de las manos y de los pies, o por las sensaciones de los sentidos y de los órganos que trabajan al igual que elevadores y conductores, transformadores y clasificadores bajo el mandato directo de la mente.

La explicación no podía ser más simple, pero aún ofrecía una oportunidad para más amplias investigaciones.

—¿Tenemos aquí, entonces, la técnica del pensamiento?— preguntó Hilario con interés.

—No tanto —anticipó el interlocutor— El pensamiento que nos pertenece con exclusividad, fluye incesantemente de nuestro campo cerebral como lo hacen las ondas magnéticas calóricas que nos son peculiares, y lo utilizamos normalmente accionando los recursos de que disponemos.

Y con buen humor, agregó:

—En los asuntos de este orden es imprescindible tener mucho cuidado para juzgar, porque si basamos nuestro criterio sobre la medida de la expresión terrena, poseemos una vida mental casi siempre parasitaria y restringida, ya que ocultamos la onda de pensamiento que nos es propia para reflejar y actuar con los preconceptos consagrados o con la práctica de las costumbres preestablecidas, que son cristalizaciones mentales producidas en el tiempo, o bien con las modas del día y las opiniones puramente formales que constituyen un fácil acomodo que no demanda esfuerzo. Basta, sin embargo, que nos habituemos a los ejercicios de la meditación, al estudio edificante y a la vocación de discernir, para comprender con nitidez cuál es la calidad de nuestros pensamientos y poder identificar claramente a las corrientes espirituales que asimilamos.

Hilario pensó durante algunos instantes, y reflejando en su fisonomía la satisfacción de quien hiciera un importante

descubrimiento, dijo satisfecho:

–Ahora concibo cómo pueden surgir fenómenos mediúmnicos en simples situaciones de la vida, tanto en los hechos notables de la genialidad como en los dramas cotidianos...

–Sí, si... –acentuó el orientador, ahora preocupado por el tiempo que llevaba nuestra conversación– la mediumnidad es un don inherente a todos los seres, al igual que la facultad de respirar, y cada criatura asimila las fuerzas superiores o inferiores con las cuales se halla en sintonía. Por eso mismo, el Divino Maestro nos recomendó la oración y la vigilancia para no caer en las sugerencias del mal, porque la tentación es la corriente de fuerzas vivas que irradiamos nosotros y que, llegando hasta los elementos afines, tejen entre sí, alrededor de nuestra alma, una espesa red de fuerzas impulsivas que se tornan a veces irresistibles.

Luego, buscando el lugar que le correspondía en los próximos trabajos, agregó:

–Estudieemos trabajando. El tiempo utilizado en bien de nuestro prójimo es una bendición que atesoramos para siempre en nuestro propio provecho.

6. PSICOFONÍA CONSCIENTE

Los servicios de la casa se desarrollaban armoniosamente.

Tres guardias espirituales entraron en la sala, conduciendo a un desdichado hermano para recibir el socorro del grupo.

Era un infortunado solterón desencarnado que no tenía conciencia de su propia situación.

Incapaz de percibir a quienes lo llevaban, caminaba a la manera de un sordo-ciego que es impelido por fuerzas que no logra identificar.

–Es un desventurado obsesor al que acaban de retirar del ambiente al que desde hace mucho tiempo se había adaptado –informó Áulus con compasión.

–Desencarnó con su total vitalidad orgánica, víctima del vicio que lo dominaba. Una intoxicación letal redujo su cuerpo al estado de cadáver, cuando no poseía la menor inquietud por acercarse a las verdades del espíritu.

Y como quien ya conoce las particularidades del socorro a brindar, al que, seguramente, estaría anticipadamente preparado, siguió explicando:

–Observen. Es alguien que actúa dentro de su propio ámbito tenebroso. Fue traído al recinto sin nada saber acerca del rumbo tomado, al igual que le sucede a cualquier alienado mental en grave estado. Una vez liberado de su vestidura carnal, y con el pensamiento turbado por la pasión que tiene por una hermana nuestra, hoy torturada enferma que se unió a él en sintonía, al punto de seguir reteniéndole a su lado en medio

de lágrimas y aflicciones, él le seguía succionando las energías de su organismo. La pérdida del cuerpo físico más la deficiencia espiritual en que se encontraba, le dejó completamente desorientado, como un naufrago en medio de la noche. Mientras tanto, adaptándose al organismo de la mujer amada que pasó a obsesionar, halló en ella un nuevo instrumento de sensación, viendo por sus ojos, oyendo por sus oídos, muchas veces hablando por su boca y vitalizándose con los alimentos comunes por ella ingeridos. En esa simbiosis vivían ambos desde hacía casi cinco años consecutivos, pero ahora la joven, desnutrida y perturbada, acusa desequilibrios orgánicos de importancia. Por haber solicitado la enferma nuestro concurso asistencial, tenemos que efectuar un doble socorro. Para que se cure de las fobias que la asaltan como reflejos de la mente de él, que se siente asustado frente a las realidades del mundo de los espíritus, es necesario quitarle los fluidos que la envuelven, al igual que a un árbol constreñido por el abrazo pernicioso de la hiedra es preciso retirar ésta en bien de su salud.

Entretanto, los conductores, obedeciendo las determinaciones de Clementino, colocaron al paciente junto a doña Eugenia.

El mentor de la casa se acercó a ella y le aplicó fuerzas magnéticas sobre la corteza cerebral, después de proyectarle numerosos haces de rayos luminosos sobre una extensa región de la glotis.

Notamos que Eugenia-espíritu se alejó del cuerpo, manteniéndose junto a él a una distancia de algunos centímetros, mientras que, amparado por los amigos que lo asistían, el visitante se sentó cerca, inclinándose sobre el instrumento mediúmnico al cual se unía, a la manera de alguien que se asoma por una ventana.

Frente a este cuadro, recordé el mundo vegetal, donde una planta se desarrolla a expensas de otra, y me di cuenta que aquella asociación podría ser comparada a un sutil proceso de injerto neuro-psíquico.

Unos suspiros de alivio se desprendieron del tórax mediúmnico que, por algunos instantes, se había mostrado algo agitado.

Observé que unos pequeños hilos brillantes unían la frente de Eugenia, desligada del vehículo físico, al cerebro de la entidad comunicante.

Como yo le dirigiera una mirada de interrogación y extrañeza, Áulus explicó al instante:

—Es el fenómeno de psicofonía consciente, o trabajo de los médiums parlantes. Aunque usufructuando las fuerzas de Eugenia, el huésped enfermo de nuestro plano era controlado por ella por medio de una corriente magnético-nerviosa, a través de la cual estaba nuestra hermana informada de todas las palabras que él mentalizaba y pretendía decir. Efectivamente, él se había posesionado temporalmente del órgano vocal de nuestra amiga, apropiándose de su mundo sensorial y logrando así discernir, oír y razonar con algún equilibrio por medio de las energías de ella, mas Eugenia mandaba, firme, con las riendas de su propia voluntad, obrando como si fuese una enfermera benevolente para con los caprichos del paciente, a quien trataba de auxiliar. Tales caprichos, sin embargo, deben ser limitados, porque, consciente de todas las intenciones del compañero infortunado a quien presta su cuerpo físico, nuestra amiga se reserva el derecho de corregirle ante cualquier extralimitación. Por la corriente magnético-nerviosa conoce las palabras en formación, valorándolas previamente, ya que los impulsos mentales de él repercuten sobre su pensamiento como resonancia. Puede, así, frustrar cualquier abuso y fiscalizar sus propósitos y expresiones, porque se trata de una entidad que es inferior a ella por la perturbación y por el sufrimiento en que se encuentra, debiendo cuidarse de no descender a su nivel si quiere serle útil. El espíritu en turbación es un alienado mental que requiere ayuda. En las sesiones de caridad, como la que presenciamos, el primer socorredor es el médium que lo recibe. Mas, si quien socorre cae en el tenor vibratorio del necesitado que pide ayuda, hay muy poca esperanza de un amparo eficiente. El médium, pues, cuando se haya integrado con las responsabilidades que tiene en su condición de tal, posee el deber de colaborar en la obra de asistencia a los desencarnados, permitiéndoles la libre manifestación sólo hasta el punto en que ésta no sea contraria a la armonía del conjunto y a la dignidad propia del recinto.

—Entonces —alegó Hilario— en tales trabajos el médium nunca se aleja mucho de su cuerpo...

—Sí, siempre que la labor sea con entidades desequilibradas el médium no debe alejarse demasiado... Con un demente en casa el alejamiento es peligroso, mas si nuestro hogar está custodiado por amigos conscientes y responsables podemos salir tranquilos, ya que nuestro domicilio quedará en buenas manos. En la ayuda a los hermanos desequilibrados nuestra presencia es un imperativo de los más lógicos.

Luego observó a Eugenia preocupada y vigilante junto al enfermo, que comenzaba a hablar, y sentenció:

–Si es preciso, nuestra amiga podrá retomar su cuerpo en un instante. Ambos se hallan ligados momentáneamente, unión en la que el comunicante es la acción, y la médium la voluntad. En todos los campos de trabajo es natural que el superior sea responsable por la dirección del inferior.

En ese momento, el espíritu que era causa de atención se pasó la diestra por la cara, en un gesto de alivio, y exclamó con admiración:

–¡Veo! ¡Veo!... Pero, ¿por qué encantamiento me atan aquí? ¿Qué cadenas me sujetan a este pesado cuerpo?

Y acentuando su expresión de asombro, proseguía:

–¿Cuál es el objetivo de esta asamblea en silencio tan fúnebre? ¿Quién me trajo? ¿Quién me trajo?...

Vimos que Eugenia, fuera del cuerpo carnal, escuchaba todas las palabras que fluían de su boca, transitoriamente utilizada por el peregrino de las sombras, archivándolas automáticamente en el centro de su memoria cerebral.

–El paciente –dijo al asistente con firmeza–, al contacto con las fuerzas nerviosas de la médium revive sus propios sentidos, por lo que se admira. Se queja de las cadenas que lo sujetan, cadenas que en un cincuenta por ciento provienen de la contención cautelosa de Eugenia. Se comporta, por ello, como un desequilibrado bajo control, lo cual es imprescindible para el éxito de la labor de recuperación.

–¿Y si a nuestra hermana médium le faltara autoridad? – preguntó Hilario con curiosidad.

–No estaría en condiciones de prestarle beneficios positivos, porque entonces estaría al nivel del mendigo de luz que nos proponemos auxiliar –aclaró nuestro instructor con calma.

Y con una imagen feliz para ilustrar el problema, agregó:

–Un médium pasivo en tales circunstancias puede ser comparado a una mesa de operaciones quirúrgicas, en la que el enfermo es convenientemente sujetado para su asistencia médica. Si esta mesa no poseyera firmeza ni las virtudes requeridas, cualquier intervención sería del todo imposible.

–Pero, ¿nuestra amiga está percibiendo con plena conciencia a la

entidad que recibió en su cuerpo carnal y con la misma claridad que nosotros? –pregunté a mi vez, tras de objetivos de aprendizaje.

–En el caso de Eugenia, esto no sucede –explicó Áulus, condescendiente– puesto que el esfuerzo que ella dedica a la preservación de sus propias energías y el interés que pone en la prestación del auxilio con todo el coeficiente de sus posibilidades, no le permiten poner su atención a la visión de su forma exterior. Sin embargo, se reproducen en ella las aflicciones y los achaques del socorrido. Siente su dolor y su excitación, registrando su sufrimiento y su malestar.

Al mismo tiempo que se dilataba nuestra conversación, el comunicante exclamaba con energía:

–¿Estaremos por ventura ante un tribunal? ¿Por qué una recepción tan extraña como ésta, y por qué comparezco tan inoportunamente? A mí, Liborio de los Santos, nadie me ofende sin tener una respuesta...

Y como si la conciencia le torturase interiormente, lo que no nos era dado percibir, vociferaba frenético:

–¿Quién me acusa de haber expoliado a mi madre lanzándola al desamparo? No puedo ser culpado por las faltas de los demás... ¿No estoy acaso más enfermo que ella?...

En tal instante, Hilario miró al obsesor con compasión y preguntó con respeto:

–¿Sus padecimientos no serán una simple angustia moral?

–No tanto –aclaró Áulus – las crisis morales, de cualquier tenor, afectan hasta al mismo vehículo de manifestación. El hermano que estamos tratando tiene el cerebro de su periespíritu dilacerado; y la flagelación que invade su cuerpo fluídico es tan auténtica como la de un hombre común afectado por un tumor intra-craneano.

Mostrándose sumamente interesado en el estudio, Hilario insistió:

–Si fuésemos nosotros compañeros encarnados con sed de mayores conocimientos de la vida espiritual, ¿podríamos someterle a un interrogatorio minucioso? ¿Estaría él en condiciones de identificarse perfectamente?

Áulus sacudió levemente la cabeza, y respondió:

–En las condiciones en que se encuentra, la empresa no se podría llevar a cabo. Estamos abordando solamente un problema de caridad

que reviste, sin embargo, la máxima importancia para la vida en sí. En la hipótesis de realizar la tentativa, conseguiríamos solamente un infructuoso interrogatorio dirigido a un alienado mental que, por algún tiempo, ha de sentir lesionado en su manifestación los centros del raciocinio. Llevando consigo la herencia de una existencia desequilibrada y fuertemente atraído por la mujer que lo ama, y de la cual se convirtió en un violento perseguidor, no le atrae, por ahora, sino la vida parasitaria junto a la hermana de cuyas energías se alimenta. La envuelve en fluidos enfermizos y en ella se apoya, así como la trepadora que se extiende y prolifera sobre un muro... Sumando esto, al choque producido por la muerte, no podemos esperar que nos dé una experiencia satisfactoria y completa para su identificación personal.

Mientras tanto, Liborio proseguía como un alucinado:

– ¿Quién podrá soportar esta situación? ¿Alguien me hipnotiza? ¿Quién controla mi pensamiento? ¿De qué vale devolverme la visión si me atan los brazos?

Mirándole con simpatía fraterna, el asistente nos informó:

–Se queja del control a que está sometido por la voluntad atenta de Eugenia.

Advirtiendo las preguntas que bullían en nuestra alma, Hilario objetó:

–Consciente la médium, como se encuentra, y oyendo las frases del comunicante, que utiliza su boca vigilado por ella, es posible que doña Eugenia sea asaltada por grandes dudas... ¿no será inducida a creer que las palabras proferidas lo son por ella misma? ¿No tendrá estas vacilaciones?

–Eso es posible –concordó el asistente– aun cuando nuestra hermana esté capacitada para percibir que las conmociones y las palabras de este momento no guardan relación con ella.

–Mas... ¿y si la duda le dominara? –insistió mi colega.

–Entonces –dijo Áulus con cortesía– emitiría de su propia mente un rechazo radical, expulsando así al comunicante y anulando una preciosa oportunidad de servicio. La duda, en este caso, sería una onda cristalizante de fuerzas negativas...

Con todo, como Raúl Silva había iniciado la conversación con el huésped rebelde, el orientador amigo nos invitó a que observáramos

mejor.

7. SOCORRO ESPIRITUAL

Bajo la influencia de Clementino, que le rodeaba completamente, Silva se levantó, y dirigiéndose al comunicante con bondad, le dijo:

–Amigo mío, ¡tengamos calma y pidamos el amparo divino!

–Estoy enfermo, desesperado...

–Sí, todos somos enfermos, pero no debemos perder la confianza. Somos hijos de nuestro Padre Celestial, que es siempre pródigo de amor.

– ¿Es usted padre?

–No. Soy su hermano.

–Mentira. No le conozco...

–Somos una sola familia ante Dios.

El interlocutor, turbado, se puso a reír, irónico, y dijo:

– ¡Debe ser algún sacerdote fanático, para hablar en estos términos!...

La paciencia del adoctrinador nos conmovía.

No atendía a Liborio como si este fuera un habitante de las tinieblas, capaz de despertarle algún impulso de curiosidad poco digno.

Ahora mismo, descontando el valioso concurso del mentor que le acompañaba, Raúl Silva expresaba una sincera compasión, mezclada con un inequívoco interés paterno. Acogía al huésped sin ninguna molestia o irritación, tal como si lo hiciera con un familiar que regresase demente al santuario hogareño.

Quizás por esta razón, el obsesor, a su vez, se revelaba menos colérico. Tan pronto pasó a entenderse, de algún modo con el director de la casa, observamos que Eugenia adquiriría nuevo vigor en el esfuerzo asistencial que cumplía.

–No soy un ministro religioso –continuaba Raúl, imperturbable– pero deseo que me acepte como su amigo.

– ¡Qué burla! No existen amigos cuando uno está en la miseria... De los compañeros que conocí, todos me abandonaron. ¡Me queda solamente Sara! Sara, a la que no dejaré...

Tomó la expresión de quien se detuviera en el recuerdo de la persona a quien se refería, y añadió con evidente indignación:

–Ignoro por qué me obstaculizan ahora los pasos. Es inútil. Por otra parte, no sé la razón por la cual me contengo. Un hombre provocado, como me veo, debería abofetearlos a todos... Pero, ¿qué hacen aquí estos caballeros silenciosos y estas mujeres mudas? ¿Qué pretenden de mí?

–Estamos rogando por su paz –dijo Silva con un tono de bondad y cariño.

–¡Gran novedad! ¿Qué hay de común entre nosotros? ¿Les debo algo?

–Por el contrario –exclamó el interlocutor con firmeza – nosotros somos los que le debemos atención y asistencia. Estamos en una institución de servicio fraterno y en ella, al igual que en un hospital, nadie pregunta a quienes golpean a su puerta acerca de los problemas particulares que padecen, porque, sobre todo, es deber de la medicina y del cuerpo de enfermeros la prestación de socorro a las heridas que sangran.

Ante el argumento enunciado con sinceridad y sencillez, el obstinado sufridor pareció apaciguarse aún más. Emisiones de energía mental de Silva le alcanzaron ahora en el tórax, como si fueran en busca de su corazón.

Liborio hizo la tentativa de hablar, mas, sin embargo, al igual que un viajero que ya no puede resistir la aridez del desierto, quedó conmovido ante la ternura de aquel inesperado acogimiento, tal como si surgiera delante de él una bendita fuente de agua fresca. Sorprendido, noté que su palabra era reprimida en su garganta.

Bajo la sabia inspiración de Clementino, habló el adoctrinador con

ardiente afectividad:

–¡Liborio, hermano mío!

Estas tres palabras fueron pronunciadas con una inflexión tan grande de emotividad fraterna, que el huésped no pudo contener el llanto que le brotó desde las profundidades de su ser.

Raúl avanzó hacia él imponiéndole las manos, por las que le transmitía un luminoso flujo magnético, diciéndole:

–¡Vamos a orar!

Pasado un minuto de silencio, la voz del director de la casa, bajo la inspiración de Clementino, suplicó con enternecimiento:

–Divino Maestro, dirige una mirada compasiva sobre nuestra familia aquí reunida...

¡Viajeros de múltiples peregrinaciones, reposamos en este instante bajo el árbol bendito de la oración e imploramos tu amparo!

Todos somos deudores tuyos, todos nos sentimos obligados frente a tu bondad infinita, como los servidores negligentes para con su señor.

Mas, rogándote por todos nosotros, pedimos particularmente ahora por el compañero que, emocionado, se encamina hacia nuestro corazón cual si fuera una oveja que tomara al redil o un hermano consanguíneo que volviera a casa...

Maestro, danos la alegría de recibirlo con los brazos abiertos. Séllanos los labios para que no le preguntemos de dónde viene y abre nuestra alma para la ventura de tenerlo con nosotros en paz.

Inspíranos la palabra para que la imprudencia no se inmiscuya en nuestra lengua, agudizando las llagas interiores del hermano, y ayúdanos a sustentar el respeto que le debemos...

¡Señor, estamos seguros de que la casualidad no preside tus determinaciones!

Tu amor, que nos reserva invariablemente lo mejor, día a día nos acerca los unos a los otros para el trabajo necesario.

¡Nuestras almas son cuerdas de la vida en tus manos!

¡Afínalas para que obtengamos de lo Alto el favor de servir contigo!

Nuestro Liborio es un hermano más, que llega desde lejos, de remotos horizontes del pasado...

¡Oh, Señor, auxilianos para que él no nos encuentre profiriendo tu nombre en vano!...

El visitante lloraba.

Se veía con claridad, sin embargo, que no eran las palabras la fuerza que lo conmovía sino el sentimiento irradiante con que iban acompañadas.

Raúl Silva, bajo la diestra radiante de Clementino, aparecía aureolado por una intensa luz.

—¡Oh, Dios! ¿Qué es lo que me pasa?...— consiguió gritar Liborio bañado en lágrimas.

El hermano Clementino hizo una breve señal a uno de los asesores de nuestro plano, el que apresuradamente acudió, trayendo una interesante pieza que se parecía una tela de gasa muy tenue con dispositivos especiales, la que medía en total un metro cuadrado aproximadamente.

El mentor espiritual de la reunión hizo maniobrar una pequeña llave en uno de los ángulos del aparato y el tejido se cubrió de una leve masa fluidita, blanquecina y vibrátil.

En seguida, se puso nuevamente al lado de Silva que, controlado por él, dijo al comunicante:

—¡Recuerde, mi amigo, recuerde! ¡Acuda a su memoria! ¡Vea delante suyo los cuadros que se presentarán a nuestros ojos!...

De inmediato, como si tuviese la atención compulsivamente atraída por la tela, el visitante fijó su mirada en ella y, desde ese momento, vimos con asombro que el rectángulo sensibilizado exhibía varias escenas en las que el propio Liborio era el principal protagonista. Recibiéndolas mentalmente, Raúl Silva comenzó a describirlas:

—¡Observe, mi amigo! Es de noche. Se oye un rumor confuso de voces a lo lejos... Su madre anciana le llama a su cabecera y le pide asistencia... Está exhausta... Usted es el único hijo que le queda... Última esperanza de una vida flagelada. Único apoyo... La pobre se siente morir. La disnea la martiriza... Es el trastorno cardíaco que hace presagiar el fin del cuerpo... Tiene miedo. Se siente recelosa de la soledad, ya que es sábado de carnaval y los vecinos se han de ausentar en busca de los centros festivos. Parece una criatura atemorizada... Le contempla, ansiosa, y le ruega que se quede... Usted responde que saldrá solamente por algunos minutos... lo bastante como para traerle la medicación necesaria... En seguida se adelanta, rápido; hacia un mueble situado en el aposento próximo y se apodera del único dinero de que dispone la enferma, algunos centenares de

cruceiros con los que usted se siente con posibilidad de disfrutar de las falsas alegrías en su club... Amigos espirituales de su hogar se acercan a usted implorándole socorro en favor de la enferma casi moribunda, pero usted se muestra impermeable a todo pensamiento de compasión... Dirige algunas palabras apresuradas a la enferma y sale hacia la calle. En plena vía pública se le unen los indeseables compañeros desencarnados con los cuales tiene afinidad... entidades turbulentas, hipnotizadas por el vicio, con las cuales usted se arrastra por una pendiente... Por tres días y cuatro noches consecutivos se entrega a la locura con el completo olvido de todas sus obligaciones... Solamente en la madrugada del miércoles usted vuelve fatigado y semi-inconsciente...

La anciana, socorrida por brazos anónimos, ya no le puede reconocer...

Aguarda con resignación la muerte, mientras usted se encamina hacia una habitación del fondo a efectos de darse un baño que le ayude a rehacerse... Abre la llave del gas sin encender el calefactor, se sienta por algunos minutos, experimentando la sensación de aturdimiento... El cuerpo exige un descanso después de tan loco desgaste... El cansancio le domina... No se nota a sí mismo y duerme semiembriagado, perdiendo la existencia por las emanaciones tóxicas que convierten a su cuerpo en cadáver... En una mañana de sol, un coche fúnebre lo lleva al cementerio, considerándole como un simple suicida...

A esa altura, el interlocutor, como si volviera de una pesadilla, gritó desesperado:

–¡Oh! ¡Esta es la verdad, la verdad!... ¿dónde está mi casa? ¡Sara, Sara, quiero ver a mi madre, mi madre!...

–¡Cálmese! –le recomendó Raúl con compasión– nunca nos faltará el socorro divino, su hogar, mi amigo, se cerró con sus ojos carnales y su progenitora, desde otras esferas, le extiende sus brazos amorosos y santificantes...

El comunicante, vencido, cayó bañado en lágrimas.

Tan grande era la crisis emotiva, que el mentor espiritual del grupo se apresuró a retirarle del instrumento mediúmnico, entregándole a los colaboradores para que fuese convenientemente acogido y amparado en una organización próxima.

Liborio, habiendo comenzado un profundo proceso de

transformación, se alejó, volviendo Eugenia a su estado normal.

Y como la tela del aparato utilizado volviera a la transparencia inicial, dirigí a nuestro orientador algunas preguntas improvisadas.

–¿Qué función desempeñaba ese rectángulo que yo todavía no conocía? ¿Qué escenas eran aquellas que se habían desarrollado veloces ante nuestra admiración?

–Aquel aparato –informó Áulus gentilmente– es un “condensador ectoplásmico”. Tiene la propiedad de concentrar en sí los rayos de fuerza proyectados por los componentes de la reunión, reproduciendo las imágenes que fluyen del pensamiento de la entidad comunicante, no sólo para nuestra observación, sino también para el análisis del adoctrinador, que las recibe en su campo intuitivo auxiliado por las energías magnéticas de nuestro plano.

–¡Evidentemente, el engranaje de semejante mecanismo debe ser maravilloso! –exclamó Hilario, vivamente impresionado.

–Nada asombroso –alegó el orientador– el huésped espiritual sólo contempla los reflejos de su misma mente, como una persona que se examina por medio de un espejo.

–Pero, si estamos frente a un condensador de fuerzas –consideré– es preciso admitir que el éxito del trabajo depende de la colaboración de todos los componentes del grupo...

–Exacto –confirmó el asistente– las energías ectoplásmicas son suministradas por el conjunto de los compañeros encarnados en favor de los hermanos que se encuentran todavía semi-materializados en las ondas vibratorias de la experiencia física. Por eso mismo Silva y Clementino necesitan de la ayuda general, a efectos que la organización del servicio funcione tan armoniosamente como sea posible. Personas que exteriorizan sentimientos poco dignos, similares a elementos envenenados nacidos de las alteraciones de especie variada, perturban enormemente las actividades de esta naturaleza, por cuanto arrojan en el condensador las sombras de las que son generadores, perjudicando la eficiencia de la reunión e impidiendo la visión perfecta en la tela del estado y las alternativas vividas por la entidad necesitada de comprensión y de luz,

El asunto nos llevaba a innumerables interrogaciones, pero nuestro orientador nos dirigió una mirada discreta como pidiéndonos silencio y

atención.

8. PSICOFONÍA SONAMBÚLICA

Bajo la protección de un venerable amigo que a nosotros nos parecía más bien un apóstol, un pobre espíritu demente cruzó el umbral del recinto.

Recordaba a un hidalgo antiguo que hubiera salido de un estercolero, ya que los fluidos que lo cubrían formaban una verdadera masa oscura y viscosa sobre su ropaje, a la vez que despedía un nauseabundo olor.

Ninguna de las entidades sufridoras que estaban frente a nosotros exhibía tan horrendo aspecto.

Casi la totalidad de los distintos rostros que estaban en el lugar reservado a los hermanos pacientes, se expresaban con sus máscaras de sufrimiento suavizadas por signos inequívocos de arrepentimiento, fe, humildad, esperanza...

Pero en aquel rostro patibulario, que parecía emerger de una ciénaga, se unían la frialdad, la indiferencia y la malignidad, la astucia y la rudeza...

Ante la expresión con que apareció de improviso, los mismos espíritus perturbados retrocedieron recelosos.

En la diestra, el extraño recién llegado traía un látigo que intentaba hacer chasquear, al mismo tiempo que profería estrepitosas exclamaciones.

—¿Quién es que me trae hasta aquí contra mi voluntad? —bramaba

semiafónico. ¡Cobardes! ¿Por qué apartarme así? ¿Dónde están los buitres que me devoraron los ojos? ¡Infames! ¡Me pagarán caro los ultrajes sufridos!...

Y evidenciando el extremo desequilibrio mental que le afectaba, continuaba con rudo tono de voz:

—¿Quién dijo que la loca revolución de los franceses tendrá repercusión en Brasil? ¡La locura de un pueblo no puede extenderse a toda la Tierra...! ¡Los privilegios de los nobles son inviolables! ¡Vienen de los reyes, que son indiscutiblemente los elegidos de Dios! ¡Defenderemos nuestras prerrogativas, exterminando la propaganda de los rebeldes y regicidas! Venderé mis esclavos que saben leer, nada de panfletos ni comentarios de la rebelión. ¿Cómo producir sin el azote en el lomo? Los cautivos, cautivos son; los señores, señores son. Y todos los fugitivos y los criminales conocerán el peso de mis brazos... Mataré sin piedad. ¡Cinco cepos de suplicio! ¡Cinco cepos! He aquí lo que necesito para volver a gozar de mi tranquilidad.

—Fue un hacendado inhumano— aclaró nuestro orientador amigo. Desencarnó en los últimos días del siglo XVIII, pero conserva aún la mente cristalizada por la fuerza de su propio egoísmo. No percibe nada, por ahora, exceptuando los cuadros interiores creados por él mismo, los que representan a sus esclavos, el dinero y bienes de su antigua propiedad rural, en la que enterró su pensamiento, convirtiéndose en un vampiro inconsciente de almas reencarnadas que le fueron queridas en el Brasil colonial. Con todo el respeto que debemos a la fraternidad, podemos decir que él no fue otra cosa que un despiadado verdugo de los infortunados cautivos que caían bajo su mano de hierro. Poseedor de un vastísimo latifundio, tenía una gran legión de servidores que conocieron en carne propia su tiranía y su perversidad.

Valiéndome de la pausa espontánea, miré el rostro del triste recién llegado con más atención, reconociendo que sus ojos, aunque inquietos como los de un felino, estaban vidriosos, como muertos...

Iba a observar más aquellas órbitas inexpresivas, cuando el instructor, adivinando mi impulso, agregó:

—Odiaba a los trabajadores que escapaban de sus garras, y cuando conseguía apresarlos nuevamente, no solamente los maniataba a los cepos de martirio, sino que les quemaba los ojos, produciéndoles la

ceguera para escarmiento de los demás esclavos. Algunos de los raros negros fugitivos que resistían a la muerte eran sentenciados, después de cegados, a ser devorados por las mandíbulas de perros feroces, de cuya saña no conseguían escapar. Con semejante sistema de represión creó el terror alrededor suyo, granjeándose, por ello, fama y riqueza. Sin embargo, llegó el viaje inevitable hacia la tumba y, en esta nueva fase, no encontró sino desafectos que surgieron a su alrededor bajo la forma de temibles perseguidores. Muchas víctimas de alma tierna le habían perdonado las ofensas, pero otras no encontraron la fuerza para el perdón espontáneo y se convirtieron en vengadores del pasado, cargando a su espíritu de angustioso pavor. Enmarañado por la influencia de la usura y haciendo del oro el único poder en que creía, sorpresivamente y sin advertirlo se sintió transportado de una forma a otra de vida, a través de la muerte. Se creó una cárcel de tinieblas en la que vive atormentado por los esclavos y prisionero de sus propias víctimas. Está entre la desesperación y el remordimiento, martirizado por las reminiscencias de las flagelaciones que decretaba, e hipnotizado por los verdugos de ahora, de quienes en el pasado, a su vez, fue su verdugo, hallándose reducido a una extrema ceguera, por estar desequilibradas en el cuerpo periespiritual las facultades de la visión.

Mientras nos explicaba esto, el infortunado fue colocado al lado de doña Celina.

La medida me impresionó desfavorablemente.

¿Cómo doña Celina, el mejor instrumento mediúmnico de la casa, era quien debía recibir a tan poco digno comunicante?

Reparé en la luminosa aureola de ella, contrastando con la vestidura pestilente del forastero, y fui invadido por un incontenible temor.

¿Semejante hecho no sería como entregar un arpa delicada para ser rasgueada por las patas de una fiera?

Áulus, sin embargo, se apresuró a explicarnos:

—Cálmense. El amigo demente penetró en el templo con la supervisión y el consentimiento de los mentores de la casa. En cuanto a los fluidos de naturaleza deletérea, no debemos temerles. Retroceden instintivamente ante la luz espiritual que los neutraliza o desintegra. Por eso cada médium posee un ambiente propio y todo grupo se caracteriza por una corriente magnética particular de preservación y defensa. Las nubes infecciosas de la Tierra son diariamente extinguidas o

combatidas por las irradiaciones solares, y formaciones fluidicas, deletéreas, son aniquiladas en todo momento o barridas del planeta por las energías superiores del espíritu. Los rayos luminosos de una mente orientada hacia el bien inciden sobre las construcciones del mal, semejándose a descargas eléctricas. Y sabiéndose que más ayuda quien más puede, nuestra hermana Celina es la compañera ideal para el auxilio de esta hora.

Señalándole, exclamó:

—Observemos.

La médium se desprendió del cuerpo físico como alguien que se entrega a un sueño profundo, llevando consigo el aura brillante que la coronaba.

Clementino no tuvo necesidad de socorrerla. Parecía estar acostumbrada a este tipo de tarea. Aun así, el conductor del grupo la amparó con solicitud.

La noble señora miró al desesperado visitante con manifiesta simpatía y le abrió los brazos, ayudándole a posesionarse de su cuerpo físico, ahora ensombrecido.

Como si hubiera sido atraído por un vigoroso imán, el enfermo se arrojó sobre el organismo físico de la médium, uniéndose a ella instintivamente.

Auxiliado por el guardián que lo traía, se sentó con dificultad, pareciéndome que estaba sumamente ligado al cerebro mediúmnico.

Si Eugenia se había revelado como una benemérita enfermera, doña Celina se mostraba a nuestros ojos como una madre abnegada, dada la devoción afectiva que demostraba hacia el huésped infortunado.

De ella partían unos hilos brillantes que le envolvían por completo, y el recién llegado, por ello y a pesar de ser dueño de sí, era prudentemente controlado.

Se parecía a un pez en furiosa acción contra los estrechos límites de un recipiente al que, en vano, intentaba maltratar.

Proyectaba unos rayos tenebrosos que se fundían con la luz con la que Celina-espíritu lo rodeaba con toda afectuosidad.

Intentaba gritar improperios, pero sin conseguirlo.

La médium era un instrumento pasivo exteriormente, pero en las profundidades de su ser demostraba poseer las cualidades morales

positivas que eran su conquista inalienable, impidiendo con ellas a aquel hermano cualquier manifestación deshonesta.

—Yo soy José María... —clamaba el visitante, muy irritado, dando también otros nombres con la evidente intención de dar a su origen la mayor importancia.

Formulaba reclamaciones y amonestaciones severas y se rebelaba exasperado; sin embargo, percibí que no usaba palabras semejantes a las que profería a nuestro lado. Se hallaba como maniatado y vencido; no obstante, proseguía rudo y áspero.

Parecía haberse posesionado totalmente de la organización fisiológica de la médium; se mostraba tan espontáneo y natural, que no pude refrenar las preguntas que acudieron, veloces, a mi pensamiento.

La mediumnidad parlante de Celina, ¿era distinta? Si Eugenia y ella se habían separado de la vestidura carnal durante el trabajo, ¿por qué se mantenía la primera preocupada, como una enfermera inquieta, mientras la segunda parecía ser la devota tutora del hermano demente, atendiéndolo con un cuidado de madre? ¿Por qué en una de ellas la expectación atormentada y en la otra la serena confianza?

Disculpándonos nuestra condición de aprendices, Áulus comenzó a explicarnos, mientras Clementino y Raúl amparaban al comunicante por medio de oraciones y frases renovadoras que lo impulsaban al bien.

—Celina —explicó con bondad — es una perfecta sonámbula. La psicofonía, en su caso, tiene lugar sin necesidad de ligar la corriente nerviosa del cerebro mediúmnico a la mente del huésped que lo ocupa. La espontaneidad de la misma es tan grande en la cesión de sus recursos a las entidades necesitadas de socorro y cariño, que no tiene ninguna dificultad para desvincularse de manera automática del campo sensorial, perdiendo provisionalmente el contacto con los centros motores de la vida cerebral. Su posición mediúmnica es de extrema pasividad. Por esto mismo, el comunicante se revela más seguro de sí en la manifestación de su propia personalidad. Esto, sin embargo, no indica que nuestra hermana deba estar ausente o ser irresponsable de la labor. Al lado del cuerpo que le pertenece actúa como una madre generosa, auxiliando al doliente que por ella se expresa como si fuera un frágil protegido de su bondad. Lo atrajo hacia ella, ejerciendo un sacrificio voluntario que es grato a su corazón fraterno, y José María, demente y desdichado, inmensamente inferior a ella, fue incapaz de

rechazarla. Permanece así agresivo como es, pero se ve controlado en sus menores expresiones, porque la mente superior controla a las que están por debajo suyo, en los dominios del espíritu. Es por esta razón que el huésped experimenta con evidencia el dominio afectuoso de la misionera que le brinda su amparo asistencial. Impelido a obedecerle, recibe sus energías mentales constringentes que le obligan a permanecer en respetuosa actitud, pese a su estado de rebeldía.

Durante una pausa, observamos que Silva conseguía un franco progreso en el adoctrinamiento.

El ex tirano rural comenzaba a asimilar algunas irradiaciones luminosas.

Hilario, con todo, provocó la continuidad de la instrucción, preguntando:

–Aunque sea una preciosa auxiliar, como vemos, ¿no se acordará doña Celina de las palabras que el visitante pronuncia por su intermedio?

–Si quisiera podría recordarlas con poco esfuerzo, pero en la situación en que se encuentra, no veo ninguna ventaja en recordar lo que oye.

–Indudablemente –ponderó mi colega– observamos una singular diferencia entre las dos médiums. Tengo la idea que con su facultad psicofónica consciente, doña Eugenia ejercía un control más directo sobre el huésped que utilizaba sus recursos, mientras que doña Celina, aunque vigilando al compañero que se manifiesta, lo deja actuar más a voluntad, más libremente... En caso de que no fuera doña Celina la trabajadora hábil, capaz de intervenir a tiempo en cualquier circunstancia difícil, ¿no serían preferibles las facultades de doña Eugenia?

–Sí, Hilario, tiene usted razón. El sonambulismo puro, cuando está en manos faltas de idoneidad, puede producir bellos fenómenos, pero es de poca eficiencia en la construcción espiritual del bien. La psicofonía inconsciente en quienes no poseen méritos morales suficientes para su propia defensa puede ser motivo de posesiones perjudiciales, y de ello son una muestra evidente los casos de obsesos que se encuentran entregados a las entidades vampíricas.

Hilario reflexionó un momento, y volvió a considerar:

–Aquí vemos a la médium fuera del cuerpo físico dominando mentalmente a la entidad inferior a ella... Pero... ¿si fuera lo contrario?

¿Si tuviéramos aquí un espíritu intelectualmente superior dominando mentalmente a la médium? ,

–En ese caso –expresó con calma el interlocutor –, Celina sería prudentemente controlada. Si el comunicante fuese, en tal hipótesis, una inteligencia degenerada y perversa, la fiscalización correría por cuenta de los mentores de la casa, y tratándose de un mensajero con un elevado patrimonio de conocimiento y virtud, la médium se mostraría pasiva con satisfacción, por cuanto serían mayores las ventajas del trabajo con su presencia, tal como la tierra y el río secos se benefician con las lluvias que caen de lo alto.

El instructor iba a continuar, pero Clementino le pidió su ayuda para el traslado de José María que, algo renovado, empezaba a aceptar el servicio de la oración, llegando también a alcanzar, por medio de ella, la felicidad de poder llorar.

Nuestro orientador comenzó a colaborar asistiendo al visitante, el que fue nuevamente entregado al paternal amigo que lo había traído, a fin de ser conducido a un organismo de socorro distante.

9. POSESIÓN

El caballero enfermo parecía incómodo y angustiado en la pequeña fila de cuatro personas que habían comparecido a la casa de socorro,

Articulaba palabras que yo no conseguía registrar con claridad, cuando el hermano Clementino, consultado por Áulus, le dijo con cortesía al asistente:

–Sí, ya que la actividad de hoy se destina a estudios, permitiremos la manifestación.

Percibí que nuestro orientador solicitaba una demostración importante.

Invitados por el instructor nos acercamos al joven enfermo que era asistido por una señora de cabellos canosos, su propia madre.

Atendiendo a las recomendaciones del supervisor, los guardias permitieron el paso de una entidad evidentemente alocada que atravesó de improviso las líneas vibratorias de contención, vociferando frenéticamente:

–¡Pedro! ¡Pedro!...

Tenía la mirada fija en el enfermo, porque no observaba otra cosa fuera de él. Llegando hasta nuestro hermano encarnado, éste, de súbito, estalló en un grito agudo y se desplomó.

La anciana progenitora apenas tuvo tiempo para suavizar esta caída espectacular.

De inmediato, bajo la dirección de Clementino, Silva determinó que

el muchacho fuese transportado hasta un lecho de la habitación contigua, aislándolo de la reunión.

Doña Celina fue encargada del trabajo de asistencia.

Unidos a ella acompañamos al enfermo con cariñoso interés. Las diversas tareas del recinto prosiguieron sin alterar su ritmo, mientras que nos aislábamos en el aposento para el trato que el caso requería.

Pedro y el obsesor que le dominaba, parecían ahora fundidos el uno con el otro.

Eran dos contendientes empeñados en una lucha feroz. Mirando al compañero encarnado más detenidamente, concluí que era un ataque epiléptico, con toda su sintomatología clásica, el que se presentaba claramente reconocible ante nosotros.

El enfermo presentaba ahora su cara transfigurada por una palidez indefinible; los músculos estaban rígidos y la cabeza, exhibiendo los dientes apretados, se mostraba flexionada hacia atrás, mientras que los brazos se parecían a dos retoños de un árbol retorcidos por un fuerte huracán.

Doña Celina y su madre afectuosa lo acomodaron en la cama y ya se disponían a orar, cuando la rigidez del cuerpo fue reemplazada por unas extrañas convulsiones, mientras los ojos se movían continuamente, girando sobre sí mismos.

La lividez del rostro dio paso al rubor que invade las caras congestionadas.

La respiración se tornó angustiada, al mismo tiempo que los esfínteres se relajaban, convirtiendo al enfermo en un torturado vencido.

El insensible perseguidor parecía haberse introducido en las entrañas del cuerpo de la víctima.

Pronunciaba duras palabras que sólo nosotros conseguíamos distinguir, puesto que todas las funciones sensoriales de Pedro se mostraban en una deplorable inhibición.

Doña Celina, acariciando al enfermo, presentía la gravedad del mal y notaba la presencia del infortunado visitante; no obstante, permanecía alerta y con valor, a efectos de estar en condiciones de poder auxiliarlo.

Noté su ánimo vigilante y dispuesto, siguiendo todas las alternativas del socorro con atención.

Intentó benévolamente establecer un entendimiento con el verdugo, pero fue en vano.

El desventurado continuaba gritando cercano a nuestros oídos, sin atender ninguno de las llamadas conmovedoras que se le hacían.

–¡Me vengaré! ¡Me vengaré! ¡Haré justicia por mis propias manos!... –gritaba colérico.

Palabras injuriosas eran reprimidas interiormente y no conseguían exteriorizarse a través de las cuerdas vocales de la víctima, que se seguía contorsionando.

Permanecía el muchacho totalmente ligado al verdugo que le había tomado por sorpresa. La corteza cerebral se presentaba envuelta en una masa fluidica oscura.

Advertíamos en el joven una incapacidad evidente para ejercer cualquier dominio sobre sí mismo.

Acariciando su frente sudorosa, Áulus expresó con compasión:

–Este es un caso de posesión total, o de epilepsia grave.

–¿Nuestro amigo está inconsciente? –preguntó Hilario con interés y respeto.

–Sí, considerado como enfermo terrestre, en este momento está sin ninguna conexión con el cerebro carnal. Todas las células de la corteza sufren el bombardeo de emisiones magnéticas de naturaleza tóxica. Los centros motores están desorganizados. Todo el cerebro está impregnado de fluidos deletéreos. Las vías del equilibrio aparecen completamente perturbadas. Pedro, por ahora, no dispone de los medios de control para gobernarse, como tampoco de la memoria para poder registrar el inquietante suceso del que es protagonista. Esto, sin embargo, sucede en el ámbito de la forma, de la materia densa, porque en el del espíritu está archivando todas las particularidades de la situación en que se encuentra, con las que va enriqueciendo el patrimonio de sus propias experiencias.

Miré conmovido el triste cuadro, y pregunté con ánimo de aprender al orientador:

–Estando en presencia de un encarnado y un desencarnado ligados entre sí, pese a la dolorosa condición de sufrimiento en que se encuentran, ¿será correcto considerar el hecho que examinamos como un trance mediúmnico?

Sin interrumpir su tarea asistencial, el instructor respondió:

–Sí; estamos ante un ataque de epilepsia, según la definición de la medicina terrestre, no obstante nos vemos obligados a identificarlo como un trance mediúmnico de bajo tenor, ya que verificamos aquí la asociación de dos mentes desequilibradas que se hallan estrechamente unidas por el odio recíproco que sienten.

Y observando a los dos infortunados en convulsión, agregó:

–En esta situación aflictiva se hallaba Pedro en las regiones inferiores antes de la presente reencarnación, la cual es, para él, una bendición. Por muchos años, él y su adversario permanecieron en las zonas purgatorias sosteniendo un franco duelo. En la actualidad, tal situación mejoró. Como ocurre en muchos procesos semejantes, los reencuentros de ambos son ahora más espaciados, dando lugar al fenómeno que observamos por la razón que el muchacho aún trae el cuerpo periespiritual provisionalmente lesionado en importantes centros.

En ese momento, percibiendo la dificultad por llegar al obsesor con la palabra hablada, doña Celina, con la ayuda de nuestro orientador formuló una emotiva oración, implorando la compasión Divina para los dos infortunados compañeros que se combatían inútilmente.

Las frases de la venerable amiga liberaban corrientes de fuerza luminiscente que salían de sus manos y provocaban sensaciones de alivio a los participantes del conflicto.

Vimos que el perseguidor, tal como si hubiese aspirado alguna sustancia anestésica, se desprendió automáticamente de la víctima, quedando ésta como reposando y sumida en un sueño profundo y reparador.

Guardias y auxiliares condujeron al obsesor, semi-adormecido, a un cuarto de emergencia aislado.

Y mientras doña Celina administraba un poco de agua fluidificada a la madre del enfermo, aún llorosa y asustada, volvimos a nuestra conversación cordial.

–A pesar de su actual condición de paciente ¿debemos considerar a nuestro Pedro en la categoría de médium? –preguntó Hilario, expectante.

–Por la pasividad con la que recibe a su enemigo desencarnado, será justo considerarle como tal, con todo, tengamos en cuenta que, antes que ser un médium, en la acepción común del término, es un espíritu endeudado

que necesita redimirse.

–Pero, ¿no podrá enfrentar su propio desarrollo psíquico?

El asistente se sonrió, y observó:

–Desarrollar, realmente quiere decir “acrecentar”, “engrandecer”, “dar incremento”. En base a esto, es razonable que Pedro, ante todo, desarrolle sus recursos personales mediante su propia mejora espiritual. No se construyen paredes sólidas sobre bases inseguras. Necesitará, en primer lugar, curarse. Después de esto, entonces...

–Si es así –objetó mi colega– ¿no resultará poco fructífera su concurrencia a esta casa?

–De ningún modo, puesto que recibirá fuerzas para rehacerse, así como la planta raquílica encuentra estímulo para su restauración en el abono que se le ofrece. Día a día, en contacto con amigos orientados por el Evangelio, él y su rival han de asimilar valiosas enseñanzas en materia de comprensión y servicio, modificando gradualmente el campo de elaboración de sus fuerzas mentales. Sobrevendrá, entonces, un perfeccionamiento de ambas personalidades con el fin de que la fuente mediúmnica surja, luego, tan cristalina como la deseamos. Esos pensamientos saludables y renovadores, asimilados por ambos sufridores, indicarán la mejoría y la recuperación que van conquistando, porque en la unión estrecha en que se hallan las ideas de uno actúan sobre las del otro y determinan alteraciones radicales.

Frente a nuestra actitud pensativa, examinando las cuestiones complejas de las que nos informábamos, el asistente continuó:

–Los dones mediúmnicos valiosos, naturalmente, no se improvisan. Como todas las edificaciones preciosas, reclaman esfuerzo, sacrificio, voluntad, tiempo... Y sin amor ni dedicación, no será posible la creación de grupos de mediumnidad meritorios para las tareas de intercambio.

Volviendo la atención hacia el enfermo adormecido, Áulus prosiguió:

–Nuestro amigo está oprimido por una importante cantidad de deudas que trae del pasado, y nadie puede avanzar libremente hacia el porvenir sin saldar los compromisos del ayer. Por ese motivo, Pedro trae consigo una aflictiva mediumnidad de prueba, pues es de ley que nadie se emancipe sin pagar lo que debe. En rigor debe ser tratado

como un enfermo que necesita de cariño y asistencia adecuada.

En seguida, como si quisiese recoger datos informativos para completar la lección, tocó la frente de Pedro, y se quedó observándole detenidamente.

Pasados algunos instantes de silencio, nos dijo:

–La lucha viene de muy lejos. No disponemos de tiempo para sumergirnos en el pasado, mas, de inmediato, podemos reconocer al verdugo de hoy como la víctima de ayer. En el curso de la mitad del siglo pasado, Pedro era un médico que abusaba de la misión de curar. Un análisis mental particularizado lo ubica actuando en numerosas aventuras deshonestas. El perseguidor que actualmente domina su personalidad era su hermano consanguíneo, a cuya esposa nuestro amigo enfermo de hoy intentó seducir. Para ello actuó de diversas maneras, pues además de perjudicar al hermano en todos sus intereses económicos y sociales logró su internación en un hospicio, en el que permaneció por muchos años aturcido e inútil, a la espera de la muerte. Desencarnando y encontrándole en posesión de su mujer, enloqueció de odio, y con él alimentó sus actos. Golpeó y abatió luego sus existencias y les aguardó más allá de la tumba, donde los tres se iban a reunir para iniciar un angustioso proceso de regeneración. La compañera, menos culpable, fue la primera en retornar al mundo, recibiendo más tarde al médico delincuente en sus brazos maternales como un hijo propio, purificando así el amor de alma. El hermano traicionado de otro tiempo aún no halló fuerzas para modificarse y continúa vampirizándole.

Respondiendo con una mirada amiga a nuestra expresión de asombro, agregó:

–Penetramos, ineludiblemente, en el infierno que creamos a los demás, a fin de experimentar, por nuestra parte, el fuego con que atormentamos al prójimo. Nadie puede eludir la justicia. Las reparaciones pueden ser prorrogadas en el tiempo, pero siempre se realizan.

La lección era simple, sin embargo, la terrible situación del enfermo fatigado y triste, nos infundía un justificable espanto.

Investigando siempre, Hilario consideró:

–Si Pedro es, por ahora, un médium torturado, ¿qué podrá hacer en una agrupación como esta?

El instructor se sonrió y expresó con humildad:

–El azar no interviene en los designios superiores. No nos acercamos los unos a los otros sin alguna razón. Nuestro amigo posee lazos afectivos del pasado que están en el deber de ayudarlo. Si no puede en estos momentos ser un elemento valioso para el conjunto, puede y precisa recibir de inmediato el concurso fraterno e imprescindible para su justa mejora y elevación.

–A pesar de todo, ¿se curará en poco tiempo? –indagué a mi vez.

–¿Quién lo puede saber? –respondió Áulus serenamente.

Y con la grave entonación de quien mide la expresión de sus propias palabras, prosiguió:

–Eso dependerá mucho de él y de su víctima del ayer con quien se encuentra endeudado. La asimilación de principios mentales renovadores determina más altas visiones de la vida. Todos los dramas oscuros de la obsesión se generan en mentes enfermizas. Aplicándose con devoción a las nuevas obligaciones de que se habrá investido, en el caso de que persevere en el campo de nuestra consoladora Doctrina, sin duda acortará el tiempo de expiación al que se halla sujeto, de modo que, convirtiéndose al bien, modificará el estado mental del adversario, quien se verá arrastrado a su propia renovación por los ejemplos de comprensión y renuncia, humildad y fe. Aun así, después de extinguirse los accesos de posesión, Pedro sufrirá reflejos del desequilibrio en que está sumido, los que se expresarán a través de fenómenos más suaves de epilepsia secundaria que le sobrevendrán por algún tiempo, con el simple recuerdo de las violentas luchas que sostuvo, hasta el total reajuste del cuerpo periespiritual.

–¿Y es este un trabajo de larga duración? –inquirió Hilario algo afligido.

Nuestro interlocutor manifestó una expresión fisonómica significativa y contestó:

–¿Quién podrá penetrar la conciencia de los demás? Con el esfuerzo de la voluntad es posible alcanzar la solución de muchos enigmas y reducir muchos dolores. El asunto, sin embargo, es de fuero íntimo... Estemos convencidos, sin embargo, de que las simientes de la luz jamás se pierden. Los médiums que hoy sufren tremendas pruebas, si persisten en el cultivo de mejores destinos se transformarán en valiosos trabajadores en el futuro, el que a todos nos deparará benditas

reencarnaciones de engrandecimiento y progreso...

Y ante nuestra admiración, concluyó:

–El problema consiste en aprender, sin desanimarse y en servir al bien constantemente.

10. SONAMBULISMO TORTURADO

Volvimos al recinto.

Doña Eugenia acababa de socorrer a un pobre hermano recién desencarnado que se retiraba bajo el fraterno control de los colaboradores. Fuimos recibidos atentamente por Clementino, quien nos acercó hasta una joven señora que se hallaba concentrada en oración. Estaba acompañada por un distinguido caballero, junto al que se encontraba sentada dentro del pequeño grupo de enfermos que recibirían asistencia esa noche.

Acariciándole la cabeza, el supervisor expresó:

–Favoreceremos la manifestación del infortunado compañero que la obsesiona no solamente con el objetivo de socorrerla, sino también con el propósito de estudiar algo con respecto al sonambulismo torturado.

Observé a la dama, aún muy joven, inclinada hacia el hombre impecablemente vestido que le amparaba a su lado.

El mentor del recinto se alejó para cumplir con otras tareas de la dirección, por lo que Áulus tomó su lugar, pasando a explicarnos el caso con la bondad que le era característica.

Indicándonos al matrimonio, nos informó:

–Son marido y mujer unidos para cumplir una prueba redentora. A esta altura, los guardias espirituales permitieron el acceso a un infortunado espíritu.

Nos hallábamos en realidad frente a un loco desencarnado.

De periespíritu denso, traía, sin ninguna duda, todos los estigmas de la alienación mental.

Mirada alterada, fisonomía congestionada, inquietud que no se podía ocultar...

La presencia de él inspiraba repugnancia y terror a los menos acostumbrados al tratamiento de estos enfermos.

Además de la cabeza herida, mostraba una extensa úlcera en la garganta.

Se precipitó hacia la joven enferma, en idéntica manera a la de un gran felino sobre su presa.

La simpática señora comenzó a gritar, transfigurada. No se alejaba espiritualmente de su cuerpo.

Era ella misma la que se contorsionaba llorando convulsivamente, envuelta por el abrazo fluídico de la entidad que apresaba su campo fisiológico en forma total.

Lágrimas candentes corrían de sus ojos semi-cerrados y su organismo quedó como una embarcación sin gobierno, siendo su respiración sibilante y opresiva.

Intentaba hablar, pero su voz era un silbido desagradable.

Las cuerdas vocales se mostraban incapaces de articular cualquier frase inteligible.

Raúl, bajo la dirección de Clementino, se aproximó a la pareja reencontrada conflictivamente, y aplicó energías magnéticas sobre el tórax de la médium, la que consiguió expresarse con clamores gangosos:

–¡Hija desnaturalizada!... ¡Criminal! ¡Criminal!... ¡Nada te salva! Descenderás conmigo a las tinieblas para que compartas mi dolor... ¡No quiero socorro!... ¡Quiero estar contigo para que estés conmigo! ¡No te perdonaré, no te perdonaré!...

Y del llanto convulsivo pasaba, incomprensiblemente, a las carcajadas del vengador.

No podíamos saber si estábamos frente a una víctima que se quejaba o de un verdugo escarnecedor.

–¡La justicia está conmigo! –proseguía vociferando amenazante. ¡Soy el abogado de mi propia causa y la venganza es mi único recurso!...

Raúl, bajo la inspiración del espíritu protector que le acompañaba, comenzó a hablar acerca de los valores y las ventajas de la humildad y del perdón, del entendimiento y del amor, procurando cambiar su actitud.

Y mientras desarrollaba el trabajo de adoctrinamiento, buscamos contacto con el orientador diligente.

Ante nuestras primeras preguntas, Áulus, acentuó:

–Es un caso doloroso como el de millares de criaturas.

Se ve bien –expuso Hilario bajo una fuerte impresión– que es nuestra propia hermana la que habla y gesticula...

–Si –aprobó el asistente– sin embargo se halla ligada, cerebro a cerebro, con el obsesor espiritual.

–¿Podrá recordar con precisión lo que le sucede ahora? –inquirí a mi vez.

–De ningún modo. Tiene las células de la corteza cerebral totalmente desorganizadas por el desventurado amigo en sufrimiento. En los trances, en los que se efectúa la unión más estrecha entre ella y el perseguidor demente, cae en una profunda hipnosis tal como sucede a las personas magnetizadas en las demostraciones comunes de hipnotismo y pasa, de inmediato, a manifestar sus desequilibrios.

Y refiriéndose a la garganta de la médium, repentinamente enrojecida e hinchada, continuó:

–En este momento, tiene la glotis dominada por una perturbación momentánea. No consigue expresarse sino con voz ronca, quebrando las palabras. Esto sucede porque nuestro hermano torturado con quien está relacionada por los lazos más íntimos, le transmite sus propias sensaciones y todo lo inherente a su ser.

–Tan extraña es para mí esta asociación de ambos –alegó Hilario– que me pregunto si en la vida común no serán ellos dos almas en un solo cuerpo, así como dos plantas de distinta especie se desarrollan en una maceta... En la experiencia cotidiana, ¿no estará nuestra hermana constantemente oprimida de una manera positiva, aunque indirecta, por el compañero que le obsesiona?

–Usted examina el problema con un acertado criterio. Nuestra amiga, en su círculo hogareño, es un enigma para sus familiares. Joven de notable procedencia, posee bellas adquisiciones culturales, no

obstante, siempre se comporta de modo chocante, evidenciando desequilibrios ocultos. Al principio se manifestaban con signos de insatisfacción y de melancolía, ocasionando crisis de nervios y disturbios circulatorios. Enferma, desde, la pubertad, en vano opinaron médicos de renombre sobre el caso suyo, hasta que un cirujano, creyendo que estaba perjudicada por desarmonías de la tiroides, la sometió a una delicada intervención, pero sus padecimientos continuaron. Después conoció al caballero que está bajo nuestra observación, quien la desposó convencido de que el matrimonio constituiría un cambio saludable para ella. Todo sucedió al revés, su situación se agravó. La gravidez pronto se produjo, conforme a la planificación de la prueba trazada en la Vida Superior. Nuestra hermana enferma debería recibir al perseguidor en sus brazos maternos, dulcificando su reforma y ayudándole para la conquista de un nuevo destino, mas sintiendo su aproximación la embargó un temor sin límites, negándose al trabajo que tenía asignado. Impermeable a las sugerencias de su propia alma, provocó el aborto con rebeldía y violencia. Esta frustración fue la brecha que favoreció una más amplia influencia del adversario invisible en su ámbito conyugal. Esta pobre hermana comenzó a sufrir múltiples crisis histéricas con una súbita aversión por su marido. Principalmente por la noche, sufre unos ataques que le producen sofocos y angustia, amargando con ello a su desolado consorte. Muchos médicos fueron consultados, pero los sedantes y narcóticos fueron empleados en vano... Dominada por la demencia, la enferma fue internada en una casa de salud, pero allí tampoco ni la insulina, ni la electroterapia lograron solucionar su problema. En la actualidad atraviesa por un período de reposo con su familia, por lo que su esposo está sopesando la posibilidad de arbitrar la ayuda del Espiritismo para aliviar su mal.

Mientras Silva y Clementino procuraban calmar a la médium y al comunicante, que formaban una simbiosis de extrema desesperación, Hilario y yo seguíamos ávidos de una mayor aclaración.

—¿Y si ella consiguiera tener el fruto de un hijo? —inquirió mi colega.

—Sí —convino Áulus con calma—, semejante conquista sería una bendición para ella, sin embargo, por la trama de los sentimientos en pugna con los que se enredó, rechazando las obligaciones que le correspondían, no puede recibir de inmediato tal privilegio.

Me acordé de las mujeres que dan a luz en los hospicios, pero analizando mis pensamientos, el orientador explicó:

–Su condición de alienada mental no le priva de los favores de la naturaleza, pero la crueldad calculada con la que se rebeló frente a sus compromisos imprimió cierto desequilibrio a su centro genésico. Nuestras faltas más íntimas, aunque desconocidas de los demás, perjudican nuestro vehículo sutil por lo que no podemos desandar el tiempo en pos de las reparaciones necesarias ni aun cuando el remordimiento nos ayude a restaurar las buenas intenciones. El perfecto engranaje de los elementos psico-físicos tiene su base en la mente. La vida corpórea es la síntesis de las irradiaciones del alma. No hay órganos en armonía sin pensamientos equilibrados, como no hay orden sin inteligencia.

El servicio de socorro espiritual, sin embargo, continuaba desarrollándose.

La entidad vengadora, unida a la médium, permanecía controlada por los asesores de Clementino, al paso que la joven, reflejando las emociones y los impulsos de aquélla, tenía el pecho palpitante y se lamentaba sollozando:

–¡Para mí no hay alivio!... ¡Soy un renegado!...

–Perdona, hermano mío, y el panorama te cambiará –decía Raúl, con inflexión bondadosa. Perdonando, somos perdonados. Todos tenemos deudas... ¿No querrá auxiliar, por ventura, para a su vez ser igualmente ayudado?

–No puedo, no puedo... –lloraba el infortunado.

Y frente a aquel par de espíritus sufrientes en un mismo cuerpo, Áulus prosiguió explicando:

–Con el fin de examinar con serenidad las asperezas de la obsesión en la mediumnidad torturada, no podemos olvidar que las causas del suplicio de hoy tienen sus raíces en las sombras del ayer. Los centros espíritas están repletos de dramas conmovedores vinculados con el pasado remoto y el inmediato.

Y señalando al matrimonio con la diestra, continuó:

–El esposo de ahora fue en el pasado un compañero nocivo para nuestra obsesionada hermana, induciéndola a envenenar al padre adoptivo, hoy transformado en el verdugo que la persigue. Heredera de

una fortuna considerable, favorecida por testamento legal, en su condición de hija adoptiva y única, notó que el anciano tutor pretendía cambiar sus decisiones. Esto sucedió en una aristocrática mansión del siglo pasado. El opulento viudo, que la crió con cuidadoso cariño, no estaba de acuerdo con su elección. El joven no le agradaba. Parecía más interesado en apoderarse de su patrimonio que en hacer la felicidad de la joven desprevenida e insensata. Procuró, entonces, sustraerle a la influencia del novio, reparando que en balde buscaba tal separación. Indignado, movilizaba medidas legales para desheredarla, cuando el muchacho, explotando la pasión que dominaba a la joven, la indujo a eliminarle, dándole a ingerir tóxicos. Anulado el anciano en dos semanas de falsa medicación, el trámite de la muerte fue completado con una diminuta dosis de corrosivo. Terminado el corto período de luto, la joven heredera enriqueció al nuevo marido al casarse, sin embargo, al poco tiempo se vio presa de desilusiones aflictivas, dado que el esposo pronto se reveló como un jugador inveterado y libertino confeso, relegándola a una profunda miseria moral y física. No le bastó ese género de aniquilamiento gradual. El tutor desencarnado se ligó a ella con un deseo ardiente de venganza, sometiéndola a horribles tormentos íntimos. En verdad, el parricidio quedó ignorado en la Tierra, pero fue registrado en los tribunales divinos dando inicio a un largo proceso expiatorio que se va llevando a cabo, por cuanto ellos son quienes estamos aquí observando, integrantes de un trío de conciencias entrelazadas con los hilos dilacerantes de la reparación redentora.

El infortunado perseguidor recogía las afectuosas enseñanzas de Raúl Silva, y después de un breve intervalo el asistente continuó:

—Como vemos, la tragedia de nuestra hermana enferma viene de lejos. En los planos inferiores de la vida espiritual soportó por mucho tiempo la vibración de odio de su víctima, que se convirtió en acreedor vengativo, y en la actualidad, en una nueva etapa de lucha, tiene el pensamiento ceñido al suyo. Atravesó la infancia y la pubertad experimentando su asedio a distancia, sin embargo, cuando el enemigo de antes reapareció en su condición actual de marido, con la tarea de ayudar a la compañera y reeducarla, al experimentar debilidad nuestra amiga frente a las primeras tentativas responsables de la maternidad, el obsesor se aprovechó del ascendiente magnético que ejercía sobre la pobrecita, destrozando su equilibrio.

Conmovidos por el cuadro de justicia que se desarrollaba a nuestra

vista, no podíamos evitar las preguntas para captar mejor las enseñanzas.

Poniendo su atención en el esposo de la víctima, que sostenía a ésta cariñosamente, Hilario consideró:

–Es decir que, entonces, nuestro amigo tiene su deuda a saldar junto a su mujer enferma...

–Sin duda –confirmó Áulus con grave acento– el poder Divino no nos acerca los unos a los otros sin fines justos. En el matrimonio, en el hogar o en el centro de servicio, nos buscan por nuestras afinidades, de manera de satisfacer a los imperativos de la Ley de Amor, ya sea en la siembra del bien o en el rescate de nuestras deudas, resultantes de nuestro deliberado ejercicio del mal. Nuestra hermana sufre los efectos del parricidio a que se entregó por el ansia de disfrutar de los placeres, y ello le desajustó el plano de su conciencia, a la vez que su amigo, que le inspiró la acción deplorable, está ahora llamado a ayudarla en la restauración imprescindible.

Miré con pena al caballero melancólico y pensé en la frustración de la que debía sentirse preso.

Bastó la reflexión para que el orientador me explicara con solicitud:

–Es cierto, nuestro compañero en la actualidad no es feliz. Recapitulando sobre el antiguo deseo de sensaciones, se acercó a la mujer que desposó, buscando instintivamente a la socia de la aventura pasional del pasado, pero encontró en ella a la hermana enferma que le obliga a meditar y a sufrir.

–Prosiguiendo con nuestro interés por el estudio de este caso –comentó Hilario– ¿podremos clasificar a la enferma, aún así, en la categoría de médium?

–¿Cómo no? Es un médium atravesando un aflictivo proceso de saldar cuentas. Es probable que se demore aún durante algunos años en su condición de enferma necesitada de cariño y de amor. Encarcelada en las redes fluídicas del adversario demente, se purifica por medio del dolor y las secuelas de su sonambulismo torturado. De este modo es, por ahora, un instrumento para poner a prueba la paciencia y la buena voluntad del grupo de trabajadores que visitamos, mas sin ninguna perspectiva inmediata en la función de poder auxiliar, ya que se revela extremadamente necesitada de ser ella misma ayudada fraternalmente.

–Naturalmente, sin embargo –alegué– la presencia de ella aquí, ¿no

será inútil?

–De ningún modo –agregó el instructor. En primer lugar ella y el esposo constituyen un valioso núcleo de trabajo en el que nuestros compañeros de servicio pueden adiestrar sus cualidades de sembradores de la luz. Además de esto, el fruto del adoctrinamiento no está perdido. Noche a noche, de reunión en reunión, en la intimidad de la oración y en las observaciones edificantes, el trío de almas se renovará paulatinamente. El perseguidor comprenderá la necesidad de perdonar para mejorarse, la enferma fortalecerá su espíritu para recuperarse como es preciso y el esposo adquirirá la paciencia y la calma con el fin de ser realmente feliz.

A esta altura, el huésped, con la colaboración de amigos espirituales de la casa, fue retirado del ambiente psíquico de la señora, que volvió a la normalidad. Luego, contestando a nuestras preguntas con bondad, el asistente agregó:

–Cuando nuestro hermano Clementino nos convocó para observar el problema, indudablemente quiso resaltar los imperativos del trabajo y la tolerancia, de la comprensión y la bondad para que construyamos la mediumnidad eficiente en el mundo. Médiums surgen por todas partes, sin embargo, son raros los que ya se liberaron del pasado sombrío para servir en el presente a la causa común de la humanidad sin los acontecimientos tortuosos del camino. Y como avanza con la serenidad necesaria sin pagar los tributos de su pasado, sepamos tolerar y ayudar, edificando con el bien...

En eso, la conversación fue interrumpida.

Clementino, diligente, nos llamaba a cooperar en otras labores.

11. DESDOBLAMIENTO EN SERVICIO

Le llegó el turno al médium Antonio Castro.

Profundamente concentrado, demostraba la confianza de quien se entrega a los objetivos del trabajo con seguridad.

Se acercó a él el hermano Clementino y, a la manera de un magnetizador común, le impuso las manos aplicándole pases longitudinales.

Castro fue adormeciéndose paulatinamente mientras sus miembros se endurecían, se tornaban rígidos.

Del tórax le emanaba con abundancia un vapor blanquecino que, acumulándose a la manera de una nube, rápidamente se transformó, a la izquierda del cuerpo denso, en un duplicado del médium de tamaño ligeramente mayor.

Nuestro amigo, como si se sintiera más desenvuelto, presentaba todas las particularidades de su forma física, apreciablemente dilatadas.

Quise formular algunas indagaciones, pero la dignidad del servicio me impuso silencio.

El director espiritual de la casa sometía al médium a una delicada intervención magnética que no era correcto interrumpir.

El médium, desligado de su vehículo carnal, se alejó unos pasos, dejando ver el cordón vaporoso que lo vinculaba a su campo somático.

Mientras su organismo fisiológico descansaba, Castro, titubeante y asombrado, estaba junto a nosotros presentándose como una copia extraña de sí mismo, por cuanto además de ser mayor su configuración

externa, se manifestaba azulada su parte derecha y anaranjada la izquierda.

Intentó moverse, sin embargo, parecía sentirse pesado e inquieto...

Clementino repitió las operaciones magnéticas y Castro, desdoblado, retrocedió, yuxtaponiéndose al cuerpo físico.

Verifiqué entonces que de ese contacto resultó una singular diferencia. El cuerpo carnal absorbía instintivamente cierta cantidad de fuerza que imprimía una irregularidad manifiesta al periespíritu, absorbiéndola de una manera incomprensible para mí.

Desde ese instante, el médium, fuera de su cuerpo denso, conservó el porte que le era característico.

Ahora era él mismo, sin ninguna deformidad ligero y ágil, aunque siguiese encadenado a su organismo físico por el lazo fluídico que parecía más fino y más luminoso, a medida que Castro-espíritu se movía en nuestro medio.

Mientras Clementino le alentaba con palabras amigas, nuestro orientador, notando seguramente nuestra curiosidad, se apresuró a explicarnos:

—Con el auxilio del supervisor, el médium fue convenientemente exteriorizado. Al principio su periespíritu, o “cuerpo astral”, estaba revestido de los efluvios vitales que mantienen el equilibrio entre el alma y el cuerpo carnal, conocidos aquéllos, en su conjunto, como el “doble etérico”, y estando él formado por las emanaciones neuropsíquicas que pertenecen al campo fisiológico y que, por eso mismo, no consiguen un mayor alejamiento del organismo terrestre. Ellos están destinados a su desintegración, cosa que ocurre en el momento de la muerte renovadora que sucede al instrumento carnal. Para mejor ajustarse a nuestro ambiente. Castro devolvió esas energías al cuerpo inerte, garantizando así el calor indispensable a la gran colmena celular y liberándose tanto como le era posible, para entrar en el servicio que le aguardaba.

—¡Ah! —dijo Hilario con expresión de admiración— ¡aquí estamos viendo la exteriorización de la sensibilidad!...

—Sí. Si algún investigador humano hiriera el espacio en que se sitúa el organismo periespiritual de nuestro amigo médium, éste registraría de inmediato el dolor del golpe que se le infiriera, quejándose del

mismo por medio de su lengua física, puesto que no obstante estar fuera del cuerpo físico prosigue en comunión con él por intermedio del lazo fluídico que lo une.

Observé atentamente al médium proyectado en nuestro círculo de trabajo.

No vestía el traje azul-ceniza que tenía en el recinto, pero sí un ropaje blanquecino que le caía desde sus hombros hasta el suelo, ocultando sus pies y trasladándose como si se deslizara.

Áulus registró mis observaciones íntimas, y me aclaró:

–Nuestro hermano, con la ayuda de Clementino, está usando sus propias fuerzas ectoplásmicas, acrecentadas con los recursos de cooperación del ambiente en que nos hallamos. Estas energías salen de nuestra alma conforme a la densidad específica de nuestro propio organismo, variando desde la sublime fluidez de la irradiación luminiscente hasta la sustancia pastosa con que se operan en las crisálidas los diversos fenómenos de metamorfosis.

Después de mirar al médium vacilante durante algunos instantes, prosiguió:

–Castro es aún un principiante en el servicio. A medida que atesore experiencia manejará posibilidades mentales más avanzadas y adoptará los aspectos que desee, considerando que el periespíritu está constituido por elementos maleables que obedecen al mando del pensamiento, ya sea el nacido en nuestra propia imaginación o en la imaginación de inteligencias más vigorosas que la nuestra, y principalmente cuando nuestra voluntad se entrega, irreflexiva, al dominio de espíritus tiránicos o viciosos encastillados en las sombras.

–Nuestro amigo, entonces, si pudiese... –comentó Hilario con curiosidad.

Mas, cortándole la frase, el asistente completó, agregando:

–Si pudiese pensar con firmeza fuera del campo físico, si ya hubiese conquistado una buena condición de auto-gobierno, con facilidad accionaría sobre las fuerzas plásticas, revistiéndose con la forma que prefiera y apareciendo a nuestra mirada como mejor quisiese, porque es posible darnos a nosotros mismos la imagen que nos agrada.

–Sí –ponderé– importa reconocer, sin embargo, que ese diseño, aunque vivo, no es comparable al vestuario de nuestro plano...

Áulus percibió que mis indagaciones llevaban siempre el deseo de un mayor esclarecimiento para Hilario, aún neófito en nuestro campo de acción, y obedeciendo a ese anhelo trató de mostrarse tan claro y minucioso como le fue posible, agregando:

–De ningún modo. El pensamiento modelará la forma que nos disponemos a adoptar, en tanto que los accesorios de nuestra presentación en la esfera diferente de vida en la que hemos entrado, como ya lo saben ustedes, variarán en sus diversos tipos. Recordemos, como ejemplo, a un hombre terrestre tatuado. Él habrá escogido una figura, una forma por medio de la cual sea reconocido, mas usará la vestimenta que más le agrade y esté conforme a la costumbre del ambiente social en el que convive.

Y sonriéndose, agregó:

–Mediante la concentración mental cualquier espíritu podrá mostrar la expresión que desee, y es por ello que empleando nuestra imaginación creadora podemos y debemos movilizar los recursos que están a nuestro alcance para perfeccionar las concepciones artísticas, unos y otros, en el campo de nuestras relaciones comunes. El arte entre nosotros, tanto como la ciencia, es mucho más rico que en el círculo de los encarnados, y por él, la educación se desenvuelve más eficiente, tanto en lo que se refiere a la belleza como a la cultura. Así como no podemos concebir una sociedad terrestre digna y ennoblecida compuesta por hombres y mujeres practicando un nudismo absoluto, aunque luzca artísticos y primorosos tatuajes, es preciso considerar que los individuos de nuestra comunidad, a pesar de disponer de un vehículo prodigiosamente esculpido por las fuerzas mentales, no desprecian las excelencias del vestuario, por medio del cual seleccionamos expresiones estéticas y gustos. No podemos olvidar que progreso es trabajo educativo. La ascensión del espíritu no podría ser un retroceso al empirismo de la etapa tribal.

Áulus se calló.

El médium, más libre fuera del cuerpo denso, recibía las instrucciones que Clementino le administraba con tono paternal.

Dos colaboradores se aproximaron a él y le aplicaron en la cabeza una especie de casco-antifaz que cubría sus ojos.

–Para el viaje que hará –nos avisó el asistente– Castro no debe distraer su atención. Incipiente aún en este tipo de tarea, precisa los medios adecuados para reducir su propia capacidad de observación,

para interferir lo menos posible en la tarea a ejecutar.

Vimos al muchacho completamente desdoblado elevarse en el espacio, tomado de las manos de ambos asistentes.

El trío ascendió en sentido oblicuo, ante nuestra expectación.

Desde ese momento, demostrando mantener una segura comunión con su vehículo carnal, le oímos decir al médium a través de su boca física:

–¡Seguimos por un camino estrecho y oscuro!... ¡Oh! ¡Tengo miedo, mucho miedo!... Rodrigo y Sergio me protegen en la excursión, pero siento temor... Tengo la idea de que nos hallamos en plena oscuridad...

Manifestando en su rostro signos de angustia y extrañeza, continuaba:

–¿Qué noche es ésta?... ¡Las tinieblas parecen pesar sobre nosotros!... ¡Ay de mí! ¡Veo formas desconocidas agitándose por debajo de nuestros pies!... ¡Quiero volver... volver!... ¡No puedo proseguir, no lo soporto, no lo soporto...!

Pero Raúl, bajo la inspiración del mentor de la casa, elevó el tono vibratorio del conjunto formulando una oración fervorosa, con la que pedía a lo Alto más fuerzas para el hermano en servicio.

Junto a nosotros, Áulus informó:

–La oración del grupo, que le ayuda en la excursión y le llega de inmediato, constituye para él un bendito tónico espiritual.

–¡Ah! sí, amigos míos –prosiguió Castro como si su cuerpo físico fuese un aparato radiofónico para comunicaciones a distancia– la oración de ustedes actúa sobre mí como si fuera una llovizna de luz ¡Les agradezco el beneficio! ¡Estoy reconfortado!... ¡Avanzaré!...

Interpretando los hechos que observábamos, el asistente explicó:

–Raros son los espíritus encarnados que consiguen un absoluto dominio sobre sí mismos, en estos viajes de servicio edificante fuera del cuerpo de materia densa. Habitados al medio del organismo físico, ante cualquier sorpresa poco agradable en la esfera de los fenómenos inhabituales procuran instintivamente el retorno al organismo carnal, a la manera del molusco que se refugia en su caparazón frente a cualquier movimiento exterior fuera de los acostumbrados. Castro, sin embargo, será preparado para la prestación de su valioso concurso a los enfermos de cualquier condición.

Mientras hacía esta observación, la voz del médium se oía en el recinto vigorosa y cristalina.

—¡Qué alivio! ¡Rompimos la barrera de tinieblas!... ¡La atmósfera está perfumada con un suave aroma!... Brillan las estrellas nuevamente... ¡Oh!, es la ciudad de luz. ¡Torres fulgurantes se elevan hacia el firmamento! ¡Estamos penetrando en un gran parque! ¡Oh, Dios mío! ¡A quién veo aquí sonriéndome!... ¡Es nuestro Oliveira! ¡Qué cambiado está! Más joven, mucho más joven...

Lágrimas abundantes bañaban el rostro del médium, conmoviéndonos a todos.

Con el gesto de quien se entregaba a un abrazo cariñoso, de corazón a corazón, el intermediario continuó:

—¡Qué felicidad, que felicidad!... ¡Oliveira, amigo mío, qué alegría de verle!... ¿Por qué razón habremos quedado sin su cooperación? Sabemos que la voluntad del Señor debe prevalecer, ¡pero la distancia ha sido para nosotros un tormento!... El recuerdo de su cariño vive en nuestro círculo... ¡Su trabajo permanece entre nosotros como un inolvidable ejemplo de amor cristiano!... ¡Vuelva! ¡Venga a estimularnos en la sementera del bien! ¡Amado amigo, nosotros sabemos que la muerte es la verdadera vida, sin embargo, sentimos su falta!...

La voz del viajero, que se dejaba oír desde tan lejos, se entrecortaba ahora con dolorosos sollozos.

El propio Raúl Silva mostraba igualmente los ojos humedecidos por el llanto.

Áulus nos dio a conocer cuánto ocurría.

—Oliveira fue un abnegado trabajador en este santuario del Evangelio —explicó. Desencarnó hace días, y Castro, con el consentimiento de los orientadores, fue a presentarle los afectuosos saludos de los compañeros. Permanece ahí para rehacerse, pues no está apto aún para una comunicación más directa con los hermanos que quedaron. Pero podrá enviar su mensaje por intermedio del compañero que lo visita.

—¡Abráceme, sí, querido amigo! —proseguía Castro con inenarrable inflexión de cariño fraterno. ¡Estoy listo!... diré lo que usted desee... ¡Hable y repetiré!...

Y adoptando una actitud como la de quien debe mostrarse un digno intermediario, modificó la expresión de su fisonomía y comenzó hablando rítmicamente para los circunstantes:

–Amigos míos, que el Señor les bendiga. Estoy bien, pero en el estado de convaleciente, incapaz de realizar una caminata fatigosa... ¡Me siento reconfortado, casi feliz! ¡Indiscutiblemente, no merezco las dádivas recibidas, pues me veo en el Gran Hogar amparado por afectos inolvidables y sublimes! ¡Las oraciones de nuestro grupo me llegan cada noche como una proyección de flores y bendiciones! ¿Cómo expresarles mi gratitud, si la palabra terrestre es siempre pobre para definir los grandes sentimientos de nuestra vida? ¡Que el Padre os recompense!... Aquí, donde me encuentro, vine a conocer, una vez más, mi poca valía, y ahora concluyo que todos nuestros sacrificios por la causa del bien son bagatelas comparados con la magnificencia de la Divina Bondad... ¡Amigos míos, la caridad es el gran camino! ¡Trabajemos! ¡Jesús nos bendiga a todos!...

La voz de Castro se apagó en sus labios, y unos instantes después le vimos regresar amparado por los hermanos que le habían conducido, volviendo a su cuerpo carnal con naturalidad.

Acomodándose con cierta extrañeza, como si el cuerpo físico le hubiera absorbido de improviso, despertó en la esfera carnal y quedó en posesión de todas sus facultades normales, restregándose los ojos como quien se despierta después de un largo sueño.

El desdoblamiento en servicio había concluido y con él, la tarea realizada, habiendo recogido todos una preciosa lección.

12. CLARIVIDENCIA Y CLARIAUDIENCIA

Noté que la reunión llegaba a su fase terminal.

Dos horas bien aprovechadas habían transcurrido con celeridad para nosotros.

Raúl Silva consultó el reloj y anunció a los compañeros que había llegado el momento de formular las preces de agradecimiento.

Los amigos en sufrimiento, reunidos en el recinto podrían recibir vibraciones de auxilio, a la vez que los integrantes del grupo lograrían, por medio de la oración, reparar sus propias fuerzas.

Una pequeña jarra de vidrio con agua pura fue colocada sobre la mesa.

Y como Hilario preguntase si asistiríamos a alguna ceremonia especial, el asistente explicó con tono afable:

—No, nada de eso. El agua potable se destina para ser fluidificada. El líquido recibirá simplemente los recursos magnéticos de alto valor para lograr el equilibrio psico-físico de los circunstantes.

En efecto, apenas acabábamos de oír esta indicación cuando Clementino se acercó a la mesa y, con el pensamiento elevado y en oración, se nos mostró inundado de luz.

Instantes después, de su diestra extendida sobre la jarra eran proyectadas partículas radiantes sobre el líquido cristalino, que las absorbía de manera total.

–Por intermedio del agua fluidificada –continuó Áulus– un precioso fin terapéutico puede ser realizado. Hay lesiones y deficiencias en el cuerpo espiritual que se reproducen en el organismo físico, las que sólo la intervención magnética consigue aliviar hasta tanto los interesados se dispongan a su propia cura.

El asistente se calló, pues la palabra de Silva se hizo oír recomendando a los médiums estar dispuestos a recibir a través de la videncia o de la audición, las enseñanzas que en aquella noche pudieran ser suministradas al grupo por los amigos espirituales de la institución.

Observamos que Celina, Eugenia y Castro aguzaban su atención.

Clementino, habiendo terminado la magnetización del agua medicamentosa, les dedicó el mayor cariño, aplicándoles pases en la región frontal.

–Nuestro amigo –aclaró el asistente– procura ayudar a nuestros compañeros médiums, mejorándoles su campo sensorial. No les conviene, por ahora, la clarividencia y la clariaudiciencia demasiado amplias en captaciones. En la esfera de los espíritus reencarnados hay que dosificar las percepciones para no violar las condiciones del orden. Cada uno de nosotros debe estar en su órbita de servicio, haciendo lo mejor que esté a su alcance. Imaginemos a un aparato radiofónico terrestre captando simultáneamente toda longitud de onda. El provecho y la normalidad de la transmisión serían realmente nulos y no habría ningún propósito constructivo en el mensaje. Un médium, pues, no debe preocuparse por responder a todas las interrogaciones del medio en que está, so pena de desperdiciar el resultado de su trabajo, excepto cuando, por su propia evolución, consiga elevarse por sobre el campo del trabajo dominando las influencias del medio y seleccionándolas, según el elevado criterio de quien ya consigue orientarse por el bien y enseñar a aquellos que lo acompañan.

Hilario reflexionó un momento e indagó:

–Los trabajos mediúmnicos, sin embargo, ¿son rigurosamente iguales en los tres médiums que examinamos?

–Eso no. El límite de percepción varía en cada uno de nosotros.

Hay diferentes expresiones de mediumnidad; con todo, importa reconocer que cada espíritu alcanzó un determinado grado de crecimiento espiritual, por lo cual los resultados del trabajo mediúmnico difieren de individuo a individuo, así como las interpretaciones de la vida son distintas

de alma a alma. Las facultades mediúmnicas pueden ser idénticas en distintas personas, pero cada persona tiene su manera particular de emplearlas. El modelo puede ser el mismo para un grupo de pintores, sin embargo, cada artista lo fijará en la tela según su estilo y sentir. Una lámpara irradiará una claridad de gran luminosidad, pero si este potencial de luz fuese filtrado por diversos medios, es evidente que adoptaría el color y rebajaría su potencial conforme a las características de tales filtros, sin embargo, sigue siendo siempre la misma lámpara que fulgura con su foco central de irradiación. Mediumnidad es sintonía y filtración. Cada espíritu vive entre las fuerzas con las cuales armoniza, transmitiéndolas según las concepciones que caracterizan su modo de ser.

Notando el cuidado que el hermano Clementino empleaba en la preparación de los médiums, mi colega inquirió:

—¿La clarividencia y la clariaudiencia están acaso localizadas exclusivamente en los ojos y en los oídos de la criatura reencarnada?

Áulus acarició su cabeza y acentuó:

—Hilario, se ve que usted está comenzando la jornada en el conocimiento superior. Los ojos y los oídos materiales son para la videncia y para la audición como las lentes lo son para los ojos y el audífono para los oídos: simples aparatos de complemento. Toda percepción es mental. Sordos y ciegos en la experiencia física, convenientemente educados pueden oír y ver con recursos diferentes de aquellos que son vulgarmente utilizados. Las ondas hertzianas y los rayos X van enseñando a los seres humanos que hay sonido y luz mucho más allá de las limitadas fronteras vibratorias en las que ellos actúan, y el médium es un ser dotado de posibilidades neuropsíquicas especiales que amplían la captación de sus sentidos.

Mi compañero hizo un gesto como quien ha interpretado la lección, pero objetó con respeto:

—Deseo saber, sin embargo, si doña Celina está observando y oyendo al hermano Clementino por los medios sensoriales de percepción de la Tierra, exclusivamente.

—Sí, esto sucede, por una cuestión de costumbre arraigada.

Celina cree oír al supervisor a través de los conductos auditivos, y supone verle como si el aparato fotográfico de los ojos estuviese funcionando en conexión con el centro de la memoria, esto es resultado del hábito. Aun mismo en el campo de las impresiones comunes, aunque la criatura emplee los oídos y los ojos, ella ve y oye con el

cerebro; y pese a que el cerebro use las células de la corteza para seleccionar los sonidos y grabar las imágenes, quien ve y oye, en realidad, es la mente. Todos, los sentidos en la esfera fisiológica pertenecen al alma, que es la que los fija en el cuerpo carnal conforme a los principios establecidos para la evolución de los espíritus reencarnados en la Tierra.

Y sonriéndose, agregó:

–Ustedes poseen una prueba de esto en el momento en que el ser humano se encuentra naturalmente desdoblado todas las noches, durante el sueño, viendo y oyendo pese a la inactividad de los órganos carnales, en la experiencia que denominan “vida del sueño”.

Y bajando el tono de voz, agregó:

–Somos receptores de muy reducida capacidad, frente a las innumerables formas de energía que nos llegan desde todos los dominios del Universo, captando solamente una pequeña gama de las mismas. En síntesis nuestra mente es un punto espiritual limitado que se desarrolla en base al conocimiento y el amor en la espiritualidad infinita y gloriosa de Dios.

Transcurrieron algunos instantes más.

–¡Centralicemos más atención en la oración, adiestrándonos para el servicio del bien!

Esta frase fue pronunciada por Clementino con voz clara y pausada, como para ofrecer una base única para la convergencia de nuestros pensamientos.

Atento, sin embargo, a nuestros objetivos de estudio, me dediqué a observar a los médiums, más directamente destinatarios del llamado.

Doña Celina registraba las palabras con precisión y guardaba la actitud del alumno disciplinado.

Doña Eugenia las asimiló como siendo una orden intuitiva, mostrándose en la condición de un aprendiz con criterio.

Castro no obstante, no las recogió ni en su más mínima expresión.

Con el permiso del supervisor nos pusimos a la tarea de analizar. Observé que los tres médiums estaban sutilmente ligados a la corriente fluidica de Clementino y, cada uno a su modo, acusaban su presencia.

Doña Celina registraba sus menores movimientos, a la manera del discípulo delante del profesor. Doña Eugenia notaba su proximidad con menos facilidad, como si lo distinguiera imperfectamente a través de

una sábana de nebulosidad, y Castro, aunque lo viese con nitidez, parecía estar ajeno a la influencia del instructor.

–Las posibilidades de Celina y Castro en la clarividencia y en la clariaudiencia son, por consiguiente, más amplias que en nuestra hermana Eugenia –aclaró Áulus, servicial. Se hallan los tres levemente sometidos al mandato magnético de Clementino, y pueden reconocer su presencia con analogía de observaciones, porque en las circunstancias en que operan están actuando como personas comunes que utilizan su percepción habitual.

–Sin embargo –expuso Hilario– si el trío fue colocado bajo el mandato magnético del supervisor, ¿por qué motivo nuestras amigas acataron su invitación, mientras Castro se mantiene visiblemente impermeable a la misma?

–El mentor del recinto ejerce solamente una suave hegemonía, abdicando de cualquier presión más fuerte que sea capaz de provocar una viciosa preponderancia desfavorable a nuestros amigos –dijo Áulus con convicción. Además, la mente de Castro cambió de súbito, manifestando propósitos diferentes. Incapaz de concentrar su atención en la parte superior del trabajo que nos corresponde llevar a efecto, al instante se mostró indiferente en colaborar con el programa de Clementino, pero sí interesado en provocar un reencuentro con su progenitora desencarnada. Considera al orientador como alguien a quien está constreñido a tratar pasajeramente, pero sin ninguna preocupación de escucharle o servirle, deseoso como se encuentra por las emociones de tipo familiar. Basta su indiferencia mental para que nada oiga de lo que más interesa ahora al esfuerzo colectivo de la reunión.

Evidentemente dispuesto a aprovechar la lección en el cuadro de nuestros conocimientos terrestres, agregó:

–Es una antena que se insensibilizó de improviso, rehuendo el sintonizarse con la onda que lo busca.

En ese instante vimos que un simpático compañero de nuestro plano avanzó del círculo de espectadores hacia doña Celina, llamándola con discreción.

La noble hermana oyó su voz, pero no se volvió hacia atrás. No obstante le respondió con el pensamiento una frase que fue perfectamente audible por nosotros: –“Nos encontraremos más tarde”.

Áulus informó seguidamente:

–Es el esposo desencarnado de nuestra hermana que le visita con afectuosa solicitud; con todo, disciplinada como es, Celina sabe renunciar al consuelo de oírle con el fin de colaborar en el éxito de las labores y no perturbar el orden imperante.

Después vimos a Castro desdoblarse nuevamente, auxiliado ahora simplemente por el fuerte deseo de ausentarse del círculo y, revestido de los efluvios que desfiguraban su periespíritu, caminó vacilante al encuentro de una entidad amiga que le aguardaba a poca distancia.

–Nuestro cooperador –dijo el asistente–, poco habituado a la disciplina que construye, considera que ya finalizó su aporte a los trabajos programados para esta noche, por lo que se va en pos de su madre que está siendo beneficiada por nuestra organización.

Después, no nos fue posible obtener un motivo nuevo de estudio. Clementino, a la cabeza de la asamblea, extendió los brazos y se colocó en oración.

Centelleos de un esplendor zafirino le brotaban ahora del busto, dándonos la impresión de que el abnegado benefactor se había convertido en un ángel sin alas.

Luego, una verdadera lluvia luminosa descendió de lo Alto coronando su frente, y comenzaron sus manos a irradiar una prodigiosa fuerza magnética que nos alcanzaba a todos, encarnados y desencarnados, dándonos la sensación de un indescriptible bienestar.

Nada conseguí decir, no obstante las indagaciones que acuciaban mi pensamiento.

El éxtasis del mentor nos sumía en un respetuoso mutismo. Aquellos minutos de vibración sin palabras representaban un precioso manantial de energías restauradoras para cuantos abriesen las compuertas del espíritu.

Es lo que yo conseguí apreciar, por el nuevo vigor de mis propias fuerzas.

Terminada esta operación inolvidable, Raúl solicitó todavía unos instantes de paz y espera expectante.

Correspondía al grupo aguardar la manifestación de alguno de los orientadores de la casa, cerrando la reunión con una exposición a modo de instrucción general.

Doña Celina pidió permiso para notificar que había visto surgir en el recinto un arroyo cristalino en cuyas aguas muchos enfermos se bañaban, siguiéndola doña Eugenia, manifestando que había llegado a contemplar un edificio lleno de niños entonando himnos de alabanza a Dios.

Nada vimos allá que pudiera recordar siquiera a una corriente de aguas curativas o bien a algún pabellón de protección a la infancia,

La sala era demasiado estrecha para reunir tales escenarios. Mirándome intrigado, Hilario parecía preguntar si las dos médiums no estarían bajo el influjo de alguna perturbación momentánea.

Contestando a nuestra extrañeza, el asistente consideró de inmediato:

–Importa no olvidar que ambas se encuentran unidas a la vibración magnética de Clementino y captan las imágenes que la mente de él les sugiere. Vieron sus pensamientos relacionados con la obra de amparo a los enfermos y con la formación de una escuela, objetivo éste que la institución se propone cristalizar muy en breve, para socorrer al prójimo. Ideas elaboradas con fuerza generan formas dotadas de movimiento, sonido y color, perfectamente perceptibles por todos aquellos que se encuentran sintonizados con la onda que las expresan. No podemos olvidar que hay fenómenos de clarividencia y clariaudiencia que parten de la observación activa de los instrumentos mediúmnicos que identifican la existencia de personas, paisajes y cosas exteriores a ellos mismos, tal como sucede en la percepción terrestre común, y existen otros que tienen su causa en la sugestión que les es llevada por el pensamiento creador de los amigos desencarnados o encarnados, estímulos estos que la mente de cada médium traduce según sus propias posibilidades, favoreciendo con ello las más dispares interpretaciones.

– ¡Oh! –exclamó Hilario entusiasmado–. Tenemos ahí la técnica de los obsesores cuando generan en sus víctimas las más variadas impresiones alucinatorias...

–Sí, sí... –confirmó el asistente–. Es eso mismo. Sin embargo, evitemos ahora la conversación, ya que el trabajo de la reunión está por concluir.

13. PENSAMIENTO Y MEDIUMNIDAD

El silencio se hizo profundo y respetuoso. El grupo esperaba el mensaje final.

Noté que el ambiente se hizo menos grave, pero agradable...

Sobre la cabeza de doña Celina apareció un brillante haz de luz. Desde ese instante la vimos extática y completamente desligada del cuerpo físico y cercada de irradiaciones azulinas.

Admirado por el bello fenómeno, dirigí un gesto de interrogación a nuestro orientador, quien nos explicó sin demora:

–Nuestra hermana Celina transmitirá la palabra de un benefactor que, pese a estar ausente desde el punto de vista espacial, entrará en comunión con nosotros a través de los fluidos teledinámicos que lo ligan a la mente de la médium.

–Pero, ¿es posible esto? –indagó Hilario con discreción.

Áulus ponderó de inmediato:

–Acuérdese usted de la radio y de la televisión, conquistas que son hoy ampliamente conocidas en el mundo. Un hombre, de ciudad a ciudad, puede oír el mensaje de un compañero y verlo– al mismo tiempo, ya que ambos están en perfecta sintonía por medio de la misma longitud de onda. Celina conoce lo sublime de las fuerzas que la envuelven y se entrega, confiada, asimilando la corriente mental que la solicita. Irradiará el mensaje-lección automáticamente, como sucede en la psicofonía sonambúlica, porque el amigo espiritual encuentra sus células cerebrales y sus energías nerviosas como las teclas bien

afinadas de un piano armonioso y dócil.

El asistente enmudeció de repente, fijando su mirada en el potente foco de luz zafirina que se formó, extendiéndose a todos los rincones del recinto.

Contemplé a los circunstantes.

El rostro de la médium reflejaba una bienaventuranza misteriosa e ignorada en la Tierra.

El júbilo que la poseía parecía contagiarse a todos los presentes. Me disponía a seguir observando, pero la diestra del asistente me tocó levemente, reclamándome atención y respeto.

Fue entonces cuando la voz enrarecida de doña Celina resonó, clara y conmovedora, más o menos en estos términos:

—Amigos míos —comenzó expresando el instructor que acompañaba nuestro trabajo desde gran distancia—, guardemos la paz que Jesús nos legó, a fin de poderle servir en paz.

En materia de mediumnidad, no nos olvidemos del pensamiento.

Nuestra alma vive donde está el corazón.

Caminamos al influjo de nuestras propias creaciones, sea donde fuere.

La gravitación en el campo mental es tan efectiva como en la esfera de la experiencia física.

Sirviendo al progreso general, el alma se mueve en la gloria del bien. Encerrándose en el egoísmo se arrastra, en desequilibrio, por las tinieblas del mal.

La Ley Divina busca el bien para todos.

Colaborar en la ejecución de sus propósitos sabios es iluminar la mente y clarificar la vida. Ponerle trabas con el pretexto de favorecer los caprichos perniciosos, es oscurecer la razón y coagular las sombras alrededor de nosotros mismos.

Es indispensable enjuiciar todo lo que respecta a la orientación de nuestros propios pasos, a fin de evitar la niebla de la perturbación y el dolor angustioso del remordimiento.

En los dominios del espíritu no existe la neutralidad. Evolucionamos con la luz eterna, según los designios de Dios, o nos estancamos en las tinieblas conforme a la equívoca determinación de nuestro yo.

No vale encarnar o desencarnar solamente. Todos los días las formas se crean y se destruyen.

Lo que importa es la renovación interior aumentando la visión, a fin de seguir hacia adelante con la verdadera noción de la eternidad en la que nos desplazamos en el tiempo.

La conciencia cargada de propósitos malignos, revestida de remordimientos, llena de ambiciones desvariadas o ennegrecida de aflicciones, no puede sino atraer fuerzas semejantes que la encadenan a torbellinos infernales.

La obsesión es el resultado de la siniestra unión de la mente con el desequilibrio propio de las tinieblas.

Pensamos y damos vida al objeto idealizado.

La expresión visible de nuestros pensamientos más íntimos denuncia nuestra misma condición espiritual, y los que tienen afinidad con la naturaleza de nuestras inclinaciones y deseos se acercan a nosotros por lo que dicen nuestros pensamientos.

Si persistimos en las esferas más bajas de la experiencia humana, los que aún cumplen sus jornadas en los grados de la animalidad se nos acercarán atraídos por el tipo de nuestros impulsos inferiores, absorbiendo a su vez las sustancias mentales que emitimos y proyectando sobre nosotros los elementos dañinos que llevan con ellos.

Imaginar es crear.

Y toda creación tiene vida y movimiento que, aunque breves, otorgan responsabilidad a la conciencia que la manifiesta. Y como la vida y el movimiento se vinculan a los principios que rigen las relaciones, es indispensable analizar lo que damos, a fin de saber qué es lo que vamos a recibir.

Quien solamente mentaliza angustia y crimen, miseria y perturbación, ¿podrá reflejar en el espejo de su propia alma otras imágenes que no sean las de la desarmonía y el sufrimiento?

Un depravado conviviendo entre santos no valoraría la pureza de éstos, ya que, alimentándose con sus propias vibraciones no lograría discernir más allá de sus mismas tinieblas.

Quien vive buscando piedras en la calle, seguro que no ha de encontrar sólo pequeños e insignificantes guijarros, sino grandes losas.

Quien se demora indefinidamente en un pantano de arenas

movedizas es propenso a ahogarse en el lodo.

El viajero fascinado por los zarzales que bordean el camino corre el riesgo de quedar atrapado entre los espinos del matorral salvaje.

Vigilemos nuestro pensamiento purificándolo con la práctica incesante del bien, para que así arrojemos de nosotros los grilletes que amenazan encadenarnos a los oscuros procesos de la vida inferior.

Es en la fragua misma de la idea que se forjan las alas de los ángeles y las cadenas de los condenados.

Por el pensamiento nos esclavizamos a los cepos del suplicio infernal, sentenciándonos, a veces, a siglos de peregrinación por los caminos del dolor y de la muerte.

La mediumnidad torturada es la unión de almas comprometidas en aflictivas pruebas para saldar antiguas deudas.

Y para abreviar el tormento que flagela de mil modos a la conciencia reencarnada o desencarnada, en los distintos grados expiatorios, es imprescindible proponerse la renovación mental, pues éste es el único medio de recuperación de la armonía.

Que alguien quede satisfecho sólo con la apariencia, en materia religiosa, sin preocuparse de su perfeccionamiento interior, es tan inútil para el alma como aceptar un cargo entre los hombres sin asumir la responsabilidad que conlleva.

Las simples expresiones de fe no son meras palabras con las que podamos cubrir nuestras deficiencias y debilidades. Implican deberes de purificación que no debemos rechazar, aceptando las obligaciones que nos corresponden.

En nuestros círculos de trabajo, no debe bastarnos con el hecho de creer y estar convencido.

Nadie es realmente espírita ni está a la altura de este nombre sólo por haber conseguido la cura de una dolencia rebelde con la ayuda de entidades amigas, y se convenza con ello, admitiendo la intervención del mundo espiritual en su existencia; como tampoco nadie es médium, en el elevado concepto del término, solamente porque sea el instrumento de comunicación entre las humanidades visible e invisible.

Para realizar el trabajo que nos fue asignado, conforme a los principios superiores que iluminan nuestra marcha, es necesario concretar la esencia de éstos en nuestras realizaciones como testimonio

de nuestra conversión al amor santificante.

No bastará, por tanto, el solo meditar acerca de nuestro idealismo superior. Es preciso hacerlo realidad en nuestras manifestaciones de cada día.

Los grandes artistas saben colocar la chispa del genio en una simple pincelada, en un reducido bloque de mármol o en la más ingenua composición musical. Las almas realmente convertidas a Cristo reflejan su belleza en los mínimos gestos de cada hora, sea en la emisión de una frase breve, en la ignorada cooperación en favor de sus semejantes o en la renuncia silenciosa que la consideración terrena no alcanza a comprender.

Nuestros pensamientos generan nuestros actos, y nuestros actos engendran pensamientos en los demás.

Inspiremos simpatía y elevación, nobleza y bondad alrededor nuestro, para que así no nos falte el día de mañana el precioso pan de la alegría.

El convencimiento de nuestra inmortalidad sin la altura de espíritu paralela es una proyección de luz en el desierto.

Mediar entre dos planos diferentes sin elevar el nivel moral es estancarse en la esterilidad.

El pensamiento es tan significativo en la mediumnidad, como es el lecho para el río. Haced correr aguas puras sobre un lecho de fango y tendréis una corriente oscura, adulterada.

Es cierto que divinos mensajes descienden del Cielo a la Tierra. Sin embargo, para ello es necesario que existan los canales adecuados.

Jesús espera por la formación de mensajeros humanos capaces de proyectar en el mundo las maravillas de su Reino.

Para alcanzar ese perfeccionamiento ideal es imprescindible que el poseedor de facultades psíquicas no se detenga en la simple recepción de comunicaciones. Le será indispensable la consagración de sus fuerzas a las más elevadas formas de vida, buscando en la educación de sí mismo y en el servicio desinteresado al prójimo, el material firme con el que construya su propio camino.

La comunión con los orientadores del progreso espiritual del mundo, a través del libro, enriquece nuestro conocimiento y acentúa nuestra valía mental; y la siembra constante de bondad trae consigo la cosecha de simpatía, sin la cual el granero de la existencia se reduce a una caverna de

desesperación y desaliento.

No basta ver, oír o incorporar a los espíritus desencarnados para que alguien adquiriera el carácter de respetabilidad.

Hermanos ignorantes e irresponsables forman enjambres, en todos los sectores de la Tierra, en razón del grado evolutivo deficitario en el que se encuentran las colectividades del planeta, y muchas veces, sin ningún ánimo de perversidad propiamente dicho, millares de almas que se hallan libres de la envoltura densa practican el vampirismo con los encarnados desprevenidos, simplemente con la intención de seguir usufructuando las sensaciones del campo físico que no han sabido o querido dominar.

Toda obra, para adelantar, exige trabajadores que se dediquen a su crecimiento y al cuidado de ellos mismos.

Esto se ve claro en la naturaleza. No tiene frutos el árbol con pocos meses de vida.

La madera, sin un tratamiento previo, es imposible aprovecharla como mueble en el santuario hogareño.

La arena movediza no garantiza firmeza a los cimientos. La luz no puede proyectarla el candil que carece de aceite.

El automóvil no transita con normalidad donde no existe carretera.

¿Cómo esperar el pensamiento divino donde el pensamiento humano se pierde en las más bajas reflexiones de la vida?

¿Qué mensajero del Cielo hará resplandecer el mensaje celestial en nuestro entendimiento, cuando el espejo de nuestra alma yace ennegrecido por los más inferiores intereses?

En vano buscaría la estrella reflejarse en el lodo de un charco.

Amigos, pensemos en el bien y hagámoslo.

Todo lo que existe dentro de la naturaleza es la idea exteriorizada.

El Universo es la proyección de la Mente Divina, y la Tierra, tal como la conocéis en su contenido político y social, es el producto de la mente humana.

Las civilizaciones y los pueblos, las culturas y las experiencias constituyen formas de pensamiento por medio de las cuales evolucionamos incesantemente hacia las esferas más altas.

Preocupémonos, pues, de la obligación del auto-perfeccionamiento.

Sin comprensión y sin bondad nos hermanaremos con los hijos

desventurados de la rebeldía.

Sin estudio y sin observación nos contaremos indefinidamente entre los infortunados exponentes de la ignorancia.

Amor y sabiduría son las alas con las que realizaremos el vuelo definitivo rumbo a la perfecta comunión con el Padre Celestial.

Escalemos el plano superior, instalando pensamientos sublimes en aquellos que nos rodean.

La palabra aclara.

El ejemplo arrastra.

Ajustémonos al Evangelio redentor.

Cristo es la meta de nuestra renovación.

Regenerando nuestra existencia según las enseñanzas de Él, reestructuraremos la vida íntima de aquellos que nos rodean.

¡Amigos míos, creedlo!...

El pensamiento puro y operante es la fuerza que nos impulsará del odio al amor, del dolor a la alegría, de la Tierra al Cielo...

¡Busquemos la conciencia de Jesús para que nuestra conciencia refleje su perfección y su belleza!...

Sepamos reflejar su gloria y su amor, para que la luz celeste se manifieste en nuestras almas, al igual que el esplendor solar se extiende sobre el mundo.

¡Comencemos nuestro esfuerzo de elevación espiritual desde hoy, y mañana habremos avanzado considerablemente en el gran camino!...

Mis amigos, mis hermanos, rogando a Jesús que nos ampare a todos, os dejo con un hasta pronto.

La voz de la médium enmudeció.

Conmovidos, observamos que en lo alto se apagaba una gran luz brillante.

Raúl Silva, con una breve plegaria, cerró la reunión.

Nos unimos a Clementino en el momento de despedirnos.

–Vuelvan cuando gusten –nos invitó gentilmente.

–Sí, sí, deseamos seguir aprendiendo.

Y unidos a nuestro orientador nos retiramos felices, como quien hubiera sorbido el agua viva de la paz en la copa de la alegría.

14. EN SERVICIO ESPIRITUAL

Nos alejábamos de la institución cuando el marido desencarnado de doña Celina, cuya presencia registramos en el curso de la reunión, se aproximó a nosotros.

Demostraba conocer a nuestro orientador, porque se detuvo a nuestro lado y exclamó:

–Mi querido asistente, por favor...

Áulus nos presentó al nuevo amigo:

–Es nuestro hermano Abelardo Martins. Fue el esposo de nuestra colaboradora Celina y se viene adaptando a nuestra organización de trabajo.

Reconocimos en seguida que Abelardo no era una entidad de lo más cultivada. Las maneras y la voz revelaban el estado espiritual de un ser bastante arraigado a los hábitos terrestres.

–Mi querido asistente –continuó con inquietud–, vengo a pedirle auxilio en favor de Liborio. El socorro del grupo mejoró su disposición, pero ahora es la mujer la que empeoró, persiguiéndole...

–Ya sé –dijo el orientador con buena voluntad–, con todo, es importante que Celina nos ayude.

Y acariciando sus hombros, concluyó:

Vuelva con su compañera, y tan pronto se aleje Celina del cuerpo bajo la influencia del sueño, venga en su compañía a fin de que podamos estar juntos unos momentos. Les aguardamos en el parque

contiguo.

El interlocutor se alejó contento, mientras penetrábamos en una enorme plaza poblada de árboles.

Nos detuvimos a la espera de los compañeros, y aprovechando esos minutos Áulus se refirió a la petición recibida.

Abelardo se interesaba por Liborio dos Santos, el primer comunicante de aquella noche que había sido auxiliado por intermedio de doña Eugenia.

Y extendiéndose con las explicaciones, nos informó que el esposo de doña Celina deambuló desesperado por largo tiempo.

En su vida terrena fue un hombre temperamental y no se resignó de inmediato a los imperativos de la muerte. Colérico y obstinado, desencarnó muy pronto a raíz de los excesos que minaron su fuerza orgánica.

Intentó en vano obsesionar a su esposa, cuya ayuda reclamaba como si fuera su simple sirvienta.

Reconociéndose incapaz de vampirizarla, estuvo durante algunos años en los dominios de las sombras, entre espíritus rebeldes e irrespetuosos, hasta que las oraciones de su compañera, ayudadas por la intercesión de muchos amigos, consiguieron disuadirle y hacerle cambiar de actitud.

Se dobló, por fin, ante la evidencia de los hechos.

Reconoció lo impropio de la intemperancia mental en la que se complacía, y luego de ser preparado convenientemente por el grupo de amigos que acabábamos de dejar, fue admitido en una organización de socorro en la que pasó a servir como cuidador de hermanos desequilibrados.

Tan pronto como el asistente completó la rápida biografía, Hilario consideró con curiosidad:

—El caso de Abelardo nos suscita indagaciones interesantes... Por ejemplo, ¿continuará unido a su esposa?

—Sí —explicó el orientador—, el amor entre ambos tiene profundas raíces en el pasado.

—¿Pese a la diferencia que hay entre ellos?

—¿Por qué no? ¿Acaso el Padre Celestial deja de amarnos pese a las

faltas en que incurrimos en nuestras vidas?

–Realmente –convino mi colega un tanto contrariado– este argumento es indiscutible. Sin embargo, ¿Abelardo se volvió a unir a su mujer?

–En efecto. En ella encontró un valioso incentivo para el trabajo de auto-recuperación, al que se halla entregado.

–Pero, en su condición de espíritu desencarnado, ¿llega a compartir el templo hogareño?

–Tanto como le es posible. Por haber descendido considerablemente en la indisciplina y la perturbación, todavía sufre las consecuencias desagradables del desequilibrio al que se entregó, por lo cual el hogar terreno, con la ternura de la esposa, es el mayor paraíso que podrá merecer por ahora. Diariamente se entrega a un arduo servicio en la obra de asistencia a los compañeros dementes, pero descansa, siempre que es oportuno, en el nido familiar, junto a su compañera. Una vez por semana le acompaña en el culto íntimo de la oración, es su firme colaborador en los trabajos mediúmnicos, y todas las noches en que se sienten favorecidos por las circunstancias se dedican ambos al trabajo de auxilio a los enfermos. No fueron solamente cónyuges, según las disposiciones de la carne. Son infinitamente amigos, y Abelardo ahora procura aprovechar el tiempo saldando sus deudas y soñando con recibir a la esposa con nuevos títulos de elevación cuando Celina reingrese nuevamente a la patria espiritual.

–Esto, sin embargo ¿es común? ¿La separación de los matrimonios es solamente imaginaria?

–Un caso no hace la regla –ponderó el asistente con buen humor. Donde no prevalece la afinidad del afecto, el matrimonio terrestre es una tarea de redención, y nada más. En la mayoría de las uniones la muerte del cuerpo sólo ratifica una separación que ya existía en la vida en común. En esos casos, el cónyuge que abandona la envoltura física se retira de la prueba a la que se sometió, a la manera del deudor que alcanzó la paz con el pago realizado. No obstante, cuando los lazos que unen a las almas perviven, las emociones de la jornada humana y aun cuando haya un segundo casamiento la comunión espiritual continúa, sublime, con un dulce y constante intercambio de vibraciones y pensamientos.

Hilario reflexionó durante algunos instantes, y conjeturó:

–Es cierto. La travesía de la tumba impone al espíritu singulares modificaciones... Cada viajero en su camino, cada corazón con su problema...

–¡Bienaventurados los que se renuevan con el bien! –exclamó Áulus con satisfacción. El verdadero amor es lo sublime en marcha a través de la renuncia. Quien no supiera renunciar en favor de la alegría del ser amado, sin duda sabrá querer con entusiasmo y cariño, mas no estará en condiciones de coronarse con la gloria del amor puro. Después de la muerte habitualmente aprendemos, con el sacrificio de nuestros propios sueños, la ciencia de amar, no según nuestros deseos, sino de conformidad con la Ley del Señor: madres obligadas a desamparar a sus hijitos para entregarlos a las pruebas que ellos necesitan, padres que se ven impelidos a cambiar los proyectos de protección a la familia, esposas constreñidas a entregar sus maridos a otras almas hermanas, esposos que son forzados a aceptar la colaboración que se les ofrece a sus compañeras para hacer frente a la vida, contrayendo segundas nupcias y viviendo en el propio hogar que ellos tuvieron que abandonar... Todo esto lo encontramos en las cercanías de la Tierra. La muerte es un convite al entendimiento fraterno... y cuando no aceptamos tal desafío, el sufrimiento es la consecuencia ineludible que tenemos a pasar...

Y con amplia sonrisa, agregó:

–Cuando el amor no sabe dividirse, la felicidad no consigue multiplicarse.

La conversación proseguía interesante y animada, cuando Celina y Abelardo llegaron hasta nosotros.

Venían reconfortados, felices.

En compañía de su esposa, el nuevo amigo parecía más alegre y radiante, como si absorbiese su vitalidad y su ánimo.

Noté que Hilario, por la expresión de su fisonomía, traía consigo un nuevo mundo de preguntas por formular.

Con todo, Áulus advirtió:

–¡Sigamos! Es necesario actuar con rapidez.

Al poco tiempo penetramos en una nebulosa región, dentro de la misma noche.

Los astros desaparecieron ante nuestros ojos.

Tuve la impresión de que un gas alquitranado era el elemento preponderante en aquel ambiente.

Oíamos alrededor nuestro sollozos e imprecaciones, pero la pequeña lámpara que Abelardo ahora empuñaba, auxiliándonos, no nos permitía observar más que el camino estrecho que debíamos recorrer.

Pasados algunos minutos de marcha alcanzamos una construcción mal iluminada, en la que varios enfermos se alojaban bajo la asistencia de enfermeros atentos.

Entramos.

Áulus explicó que estábamos en un hospital de emergencia, de los muchos que se hallan en las regiones purgatorias.

Todo era pobreza, necesidad, sufrimiento...

–Este es mi actual templo de trabajo –nos dijo Abelardo, orgulloso de ser allí una pieza importante en la máquina de servicio.

El hermano Justino, director de la institución, vino hacia nosotros a complimentarnos.

Pidió excusas por no serle posible acompañarnos. La casa estaba llena de psicópatas desencarnados y no podía, por tal motivo, detenerse en su labor asistencial.

Nos dio, sin embargo, permiso para actuar con plena libertad. La desarmonía era realmente tan grande en el local, que no pude disimular mi espanto.

¿Cómo pensar en lograr una mejoría en un medio atormentado como ése?

El asistente me esclareció diciéndome:

–André, este lugar es un refugio para desesperados.

Según la reacción que tengan son conducidos, de inmediato, a establecimientos de recuperación positiva o bien regresan a los ámbitos de aflicción de los que proceden. Aquí sólo pasan un pequeño período de recuperación.

Llegamos al sencillo lecho en el que Liborio, de mirada vidriosa, se mostraba como ausente y sin ningún interés por nuestra presencia.

Nos miraba indiferente.

Mostraba el semblante de los locos, cuando éstos se hallan transfigurados por ocultas flagelaciones.

Uno de los guardias vino hacia nosotros y le comunicó a Abelardo que el enfermo llevado para internarse denotaba una creciente angustia.

Áulus lo revisó paternalmente, y en seguida informó:

–El pensamiento de la hermana encarnada que nuestro amigo vampiriza está con él, atormentándolo. Se hallan ambos sintonizados en la misma onda. Es un caso de persecución recíproca. Los beneficios recogidos en el grupo son ahora perjudicados por las sugerencias que le son dirigidas desde lejos.

– Tenemos en este caso, entonces –alegué– un símil exacto de lo que verificamos comúnmente en la Tierra en los sectores de la mediumnidad torturada. Hay médiums que, aliviados de los vejámenes que reciben de entidades inferiores, de inmediato reclaman su presencia y se unen nuevamente a ellas automáticamente, pese a nuestro más saludable propósito por liberarlos radicalmente.

–Sí –aprobó el orientador– mientras no modifiquen sus disposiciones espirituales, creando el hábito de nuevos y nobles pensamientos, estarán sometidos a un régimen de mutua esclavitud, en el que obsesores y obsesados se nutren con sus energías recíprocamente. Temen la separación por los hábitos comunes y arraigados que los asoció, según los principios de afinidad, y de ahí vienen los impedimentos para la doble recuperación que les deseamos.

El enfermo se mostraba más angustiado, más pálido.

Parecía estar soportando una tempestad interior, pavorosa e incontenible.

–Todo indica la aproximación de la hermana que se apoderó de su mente. Nuestro compañero se revela más dominado, más afligido...

No acababa el orientador de formular su pronóstico cuando la pobre mujer, desligada del cuerpo físico por efecto del sueño, apareció delante de nosotros reclamando con ferocidad:

–¡Liborio! ¡Liborio! ¿Por qué te ausentaste? ¡No me abandones! ¡Regresemos a nuestra casa! ¡Escúchame, escúchame!...

–¿Qué vemos? –exclamó Hilario, intrigado. ¿No es esta la criatura a quien en el servicio de esta noche se le trató de aislar de malas influencias?

Y como el orientador respondiera de modo afirmativo, mi colega continuó:

—¡Dios de bondad! Pero ¿no está ella interesada en el restablecimiento de su propia salud? ¿No ha pedido socorro a la institución que frecuenta?

—Esto es lo que ella juzga querer —explicó Áulus con diligencia— sin embargo, en lo íntimo se alimenta con los fluidos enfermizos del compañero desencarnado y se apega a él instintivamente. Millares de personas son así. Padecen enfermedades de variados matices, y a ellas se adaptan por espíritu de comodidad y por no demandarles eso el menor esfuerzo. Se consideran desgraciadas y sufrientes, pero cuando se les retira la molestia que les afectaba se sienten vacías y extrañas, presentando síntomas e impresiones con los que evocan las enfermedades, haciendo que éstas se expresen nuevamente bajo distintas manifestaciones, contribuyendo así a sostener su condición de víctimas, en la cual se complacen. Esto sucede en la mayoría de los casos de obsesión. Encarnados y desencarnados se unen los unos a los otros ligados por una vigorosa fascinación mutua, hasta que ellos mismos renueven los objetivos de su vida mental. Es por ese motivo que, en muchas ocasiones, los dolores graves están llamados a actuar sobre los dolores leves con el fin de despertar en las almas depravadas ese género de sustituciones y reformas de lo inferior.

En ese momento la recién llegada consiguió acercarse más a Liborio, quien demostró una visible satisfacción. Sonreía él, ahora, igual que una criatura contenta.

Reconociendo, sin embargo, la presencia de doña Celina, la infeliz gritó, colérica:

—¿Quién es esta mujer? ¿Quién es?...

Nuestra abnegada amiga avanzó hacia ella con humildad y le imploró:

—¡Hermana mía, cálmese! ¡Liborio está fatigado, enfermo! ¡Ayudémosle a descansar!...

La interlocutora no soportó su mirada dulce y benigna, y luego de reconocer a la servicial médium del grupo con el que se había relacionado, cegada por los celos le gritó al enfermo palabras amargas, imposibles de reproducir, abandonando el recinto en desenfadada carrera.

Liborio mostró una evidente contrariedad. Áulus, con todo, le aplicó

pases, con los que le restituyó la calma.

En seguida, el asistente nos dijo con cariño:

–Como vemos, la Bondad Divina es tan grande que hasta nuestros sentimientos poco dignos son aprovechados en nuestro propio bien. El despecho y alejamiento de la visitante al encontrar a Celina junto al enfermo, nos dará una tregua valiosa, de modo que tendremos algún tiempo para auxiliarlo con unas reflexiones necesarias. Cuando despierte en su cuerpo carnal por la mañana, nuestra pobre amiga recordará vagamente haber soñado con Liborio junto a una compañera, pintando de ello un cuadro con impresiones que se imagine a voluntad, por cuanto cada mente ve en los demás aquello que ella misma lleva en sí.

Abelardo estaba satisfecho. Acariciaba al enfermo, previendo su mejoría.

Hilario expresó con admiración:

–Lo que me asombra, es reconocer el servicio incesante por todas partes. En la vigilia y en el sueño, en la vida y en la muerte...

Respondiendo Áulus, con una sonrisa:

–Sí, la inercia es simplemente una ilusión y la pereza es una fuga que la Ley castiga con las aflicciones que conlleva tal atraso.

Nuestra tarea había sido cumplida, por lo cual había llegado el momento de retirarnos.

Después de unos minutos, al despedirnos, nos prometió el asistente que nos volveríamos a encontrar la noche siguiente para continuar con nuestras observaciones.

15. FUERZAS VICIOSAS

Caía la noche...

Después de un día caluroso, la multitud desfilaba por la vía pública en búsqueda anhelante de aire fresco.

Nos dirigíamos a otro templo espírita en compañía de Áulus, siguiendo nuestro plan de trabajo, cuando nos llamó la atención un gran griterío.

Dos guardias se llevaban de un modesto restaurante a un hombre maduro en deplorables condiciones de embriaguez.

El desdichado pataleaba y profería palabras groseras, blasfemando y protestando...

–¡Observen a nuestro pobre hermano! –dijo el orientador.

Y como no fue mucho el tiempo transcurrido entre su detención ruidosa y su entrada al auto policial que le iba a llevar, nos dispusimos a observar.

El pobre amigo se hallaba abrazado por una entidad ensombrecida, por lo que le veíamos como si un polvo extraño lo cubriese.

De inmediato reparamos en que la embriaguez alcanzaba a los dos, ya que se yuxtaponían completamente el uno al otro mostrando las mismas perturbaciones.

En breves instantes el vehículo partió apresuradamente, por lo que no nos fue posible seguir con las observaciones.

–El cuadro daría ocasión para obtener valiosas enseñanzas... Ante esta

expresión de Hilario, el asistente consideró que disponíamos de suficiente tiempo como para sacar conclusiones interesantes, por lo que nos invitó a entrar.

El restaurante se hallaba muy concurrido...

Mucha alegría, mucha gente.

Allí dentro, seguro que recogeríamos el material adecuado para expresivas lecciones.

Traspusimos el umbral.

Las emanaciones del ambiente producían en nosotros un indefinible malestar.

Junto a fumadores y bebedores inveterados, espíritus desencarnados de triste figura se mantenían expectantes.

Algunos absorbían las bocanadas de humo que eran arrojadas al aire, aún tibias por el calor de los pulmones que las expulsaban, encontrando en esto alegría y placer. Otros aspiraban el hálito de alcohólicos impenitentes.

Señalándoles, el orientador nos informó:

–Muchos de nuestros hermanos, ya desvinculados del cuerpo carnal, se apegan con tanto desvarío a las sensaciones de la experiencia física, que les lleva a convivir con nuestros amigos terrestres temporalmente desequilibrados por las desagradables costumbres que los dominan.

–Pero, ¿por qué entregarse de esta manera a placeres de esta especie?

–Hilario –dijo el asistente con bondad– lo que en la vida se comenzó, en la muerte se continúa... Estos compañeros nuestros situaron su mente en los apetitos más bajos del mundo, alimentándose con un tipo de emociones que les coloca en las cercanías de la animalidad. Pese a haber frecuentado santuarios religiosos, no se preocuparon en atender los principios de la fe que abrazaron, creyendo que la existencia debía ser para ellos el culto de las satisfacciones poco dignas y la exaltación de los más astutos y de los más fuertes. La llamada de la muerte les encontró en la esfera de los actos delictivos y oscuros y, como es por Ley que cada alma reciba de la vida conforme con aquello que da, no encuentran interés sino en los lugares donde pueden nutrir las ilusiones que les son peculiares, por cuanto en la situación en que se encuentran temen a la verdad y la abominan,

procediendo como el mochuelo que huye de la luz.

Mi colega hizo un gesto de piedad e indagó:

–Mientras tanto, ¿cómo se producirá su reforma?

–Llegará un día en que la propia naturaleza les vaciará el cáliz –respondió Áulus con convicción. Hay mil procesos de reajuste en el Universo infinito, mediante los que se cumplen los designios del Señor, ellos se llaman: aflicción, desencanto, cansancio, tedio, sufrimiento, cárcel...

–Con todo –ponderé– todo indica que esos espíritus infortunados no han de cansarse tan pronto de la locura con la que se complacen...

–Conuerdo plenamente –dijo el instructor– sin embargo, mientras no se censan, la Ley podrá conducirlos a una prisión regeneradora.

–¿Cómo?

La pregunta de Hilario sonó cristalina, y el asistente se apresuró a explicar:

–Hay dolorosas reencarnaciones que significan una tremenda lucha expiatoria para las almas aficionadas al vicio. Tenemos, por ejemplo, el mongolismo, la hidrocefalia, la parálisis, la ceguera, la epilepsia secundaria, la subnormalidad, la deformación del cuerpo desde el nacimiento y muchos otros recursos que, aunque angustiosos, son necesarios, puesto que actúan en beneficio de la mente desequilibrada desde la cuna, en plena etapa infantil. En la mayoría de las veces semejantes procesos de cura brindan buenos resultados, dado su carácter de pruebas coactivas.

–No obstante –pregunté– ¿y si nuestros hermanos encarnados, visiblemente entregados a la disolución, resolvieran reconsiderar sus propias actitudes?... ¿si volviesen a la armonía a través de la renovación mental con bases en el bien?...

–¡Ah!, eso sería ganar tiempo, recuperándose ellos y colaborando con eficiencia con los amigos desencarnados... Usando la palanca de la voluntad lograrían verdaderos milagros... Pero, para llegar a eso han de brindarse con un esfuerzo heroico.

Observando a los bebedores, cuyos vasos eran disfrutados también por sus copartícipes invisibles, Hilario recordó:

–Ayer visitamos un templo en el que desencarnados en sufrimiento se

expresaban por intermedio de hermanos necesitados de auxilio, y allí estudiamos algo sobre la mediumnidad... Aquí vemos a entidades viciosas valiéndose de personas con las que son afines y están en una perfecta comunión de fuerzas inferiores... Aquí, tanto como allá, ¿será correcto identificar a la mediumnidad en plena acción?

–Sin ninguna duda –confirmó el orientador– los recursos psíquicos, en cualquier grado de desarrollo son peculiares a todos, tanto como el medio de locomoción o como la facultad de respirar, constituyendo fuerzas que el espíritu encarnado o desencarnado puede emplear para el bien o para el mal de sí mismo. Ser médium no quiere decir que el alma esté favorecida por privilegios o conquistas hechas. Muchas veces es dado encontrar personas altamente favorecidas con el don de la mediumnidad, pero dominadas, subyugadas por entidades sombrías o delincuentes con las cuales son sumamente afines, sirviendo al escándalo y a la perturbación en vez de cooperar con la propagación del bien. Por eso no basta la mediumnidad para concretar los servicios que nos corresponden. Precisamos de la doctrina del Espiritismo, del Cristianismo puro, a fin de controlar la energía mediúmnica y ponerla en favor del perfeccionamiento espiritual a través de la fe religiosa, tal como controlamos a la electricidad en beneficio del confort humano.

Áulus dirigió una rápida mirada a los aposentos reservados más próximos, como si ya los conociera, y fijándose en cierta puerta nos invitó a franquearla.

Juntos lo seguimos.

En una mesa abundantemente provista de licores se hallaba un joven fumando con voluptuosidad. Estaba bajo el dominio de una entidad digna de compasión, dado el aspecto repelente con el cual se mostraba, y escribía, escribía, escribía...

–Estudiemos –recomendó el orientador.

El cerebro del joven se veía impregnado de una sustancia oscura y pastosa, que fluía de las manos del triste hermano que lo acompañaba.

Observando los caracteres escritos se podía comprobar la absoluta identidad que había entre ellos.

La pareja, trabajando, no reparó en nuestra presencia.

–En este instante –anunció Áulus con suma atención– nuestro hermano desconocido es un hábil médium psicógrafo. Tiene las células expresivas del pensamiento integralmente controladas por el infeliz

generador de crueldad que tenemos a nuestra vista. Está ligado a su imaginación y asimila sus ideas, accede a sus propósitos ocultos a través de los principios de la inducción magnética, de modo que el joven, deseando producir páginas escabrosas, encontró quien abastezca su mente y le ayude en este menester.

E imprimiendo a su voz una significativa expresión, agregó:

–Encontramos siempre lo que anhelamos ser.

Después de una breve pausa que nos hizo reflexionar, Hilario recomenzó:

–Sin embargo, ¿será él un médium en la acepción real del término? ¿Podrá ser una pieza activa en alguna agrupación espírita común?

–No. No está bajo ninguna disciplina espiritual. Es un muchacho de inteligencia vivaz y sin mayor experiencia de la vida que es manejado por entidades perturbadoras.

Después de inclinarse algunos momentos sobre ambos, el instructor dijo con benevolencia:

–Entre las excitaciones del alcohol y del humo que saborean juntos, pretenden hacer un reportaje escandaloso que va a causar a una familia penosas aflicciones. Hubo un homicidio, a cuyo margen aparece la influencia de cierta joven que está asociada a las múltiples causas que originaron el deplorable acontecimiento. El joven que observamos, amigo de un gran periodista, es de por sí dado a la malicia, por lo que su antena mental está ligada con los aspectos más desagradables del problema. Atendió un pedido de colaboración del periodista, su compañero, y halló para el caso del que hoy se encarga el concurso de un inflexible y vicioso perseguidor de la joven en cuestión que está interesado en exagerar su participación en lo ocurrido, con el fin de golpear su mente aprensiva y arrojarla hacia otros excesos...

–Pero ¿cómo? –indagó Hilario asustado.

–El periodista, al tener en sus manos el comentario calumnioso será el vehículo de informaciones tendenciosas para llegar al público. La joven se verá de un momento a otro expuesta a las más despiadadas críticas, y seguramente sufrirá una gran conmoción, ya que ella no fue cómplice en la medida que se define su colaboración en la crónica del crimen. El obsesor, usando premeditadamente al muchacho, con quien tiene afinidad, pretende alcanzar con esta noticia de sensación la caída moral de ella, y así conseguir la corrupción de su carácter, llevándola,

si es posible, al charco vicioso en el que él se encuentra.

–¿Y lo conseguirá? –insistió mi colega con asombro.

–¿Quién puede saberlo?

Y con un acento de tristeza, el orientador agregó:

–Naturalmente, la joven habrá escogido el género de pruebas por que atraviesa, disponiéndose a luchar con valor contra las tentaciones.

–¿Y si no tuviera la fuerza necesaria para combatir?

–Será más justo decir “si no quisiera”, porque la ley no nos confía problemas superiores a nuestra capacidad de solución. Así pues, en el caso de no decidir combatir la influencia destructiva, sufrirá por mucho tiempo las perturbaciones que ya, en principio, le afectan.

–Y todo esto, ¿por qué?

La pregunta de Hilario surgió como una aflictiva interrogación, no obstante Áulus serenó nuestro ánimo, aclarando:

–Indiscutiblemente, la joven y el desdichado que le persigue están unidos, el uno al otro, desde hace mucho tiempo... Han estado juntos en las regiones inferiores de la vida espiritual antes de la reencarnación con que la joven ha sido beneficiada. Reencontrándola en la vida física y conociendo la ventaja de esta oportunidad, el desventurado compañero intenta inclinarla, de nuevo, hacia un desequilibrio emocional con el fin de explotarla mediante su acción vampirizante.

Áulus hizo una breve pausa, sonrió melancólico, y agregó:

–Sin embargo, hablar de esto sería abrir las páginas conmovedoras de una gran novela que nos desviaría del objetivo que nos proponemos alcanzar. Detengámonos en la mediumnidad.

Tratando de aliviar la atmósfera de indagaciones que Hilario siempre creaba en torno suyo, expresé:

–El cuadro que estamos analizando induce a meditar sobre los fenómenos generales de intercambio en que la humanidad toda se desenvuelve sin percibirlo...

–¡Ah, sí! –asintió el orientador– las facultades mediúmnicas y la cooperación del mundo espiritual surgen por todas partes. Donde hay pensamientos hay corrientes mentales, y donde hay corrientes mentales existe asociación. Y toda asociación es interdependencia e influencia recíproca. Por ello concluimos en la necesidad de una vida noble, a fin de atraernos pensamientos que nos ennoblezcan. Trabajo digno,

bondad, comprensión fraterna, servicio a nuestros semejantes, respeto hacia la naturaleza y oración, constituyen los medios más puros para asimilar los principios superiores de la vida, porque damos y recibimos, en espíritu, en el plano de las ideas, según las leyes universales que jamás conseguiremos eludir.

Con un silencioso gesto con el que nos recordaba el deber a cumplir, el asistente nos invitó a retirarnos.

Volvimos a la calle.

Apenas comenzábamos a andar, cuando pasó por nuestro lado una ambulancia, en marcha lenta, tocando fuerte y con insistencia la sirena para abrirse camino.

Al lado del conductor iba sentado un hombre de cabellos canosos que ornamentaban su fisonomía simpática, pero preocupada. Junto a él, abrazándole con naturalidad y dulzura, una entidad con ropaje blanco-lirio envolvía su cabeza mediante suaves y sedantes irradiaciones de plateada luz.

—¡Oh! —inquirió Hilario con curiosidad— ¿quién será ese hombre tan bien acompañado?

Áulus sonrió y explicó:

—No todo es energía viciosa en el camino común. Debe ser un médico en alguna tarea sanitaria.

—Mas, ¿es espírita?

—Con todo el respeto que debemos al Espiritismo, es imperioso recordar que la bendición del Señor puede descender sobre cualquier expresión religiosa —afirmó el orientador con mirada expresiva y tolerante. Debe ser, ante todo, un profesional humanitario y generoso que, por sus hábitos de ayudar al prójimo, se hace acreedor al auxilio que recibe. No le bastarían los títulos de espírita y de médico para retener la influencia benéfica que lo acompaña. Para tener tanta afinidad y armonía con la entidad que le asiste, precisa poseer una buena conciencia y un corazón que irradie paz y fraternidad.

—Con todo, ¿podemos calificarle de médium? —preguntó mi compañero algo desconcertado.

—¿Cómo no? —respondió Áulus con convicción. Es médium de benditos valores humanos, mayormente en el socorro a los enfermos, en el cual incorpora las corrientes mentales de los genios del bien

dedicados al amor por los sufridores de la Tierra.

Y con una significativa inflexión de la voz, agregó:

–Como vemos, las influencias del bien o del mal, en la esfera evolutiva en que nos hallamos, se extienden por todos lados y por todos lados registramos la existencia de facultades mediúmnicas que las asimilan, según la directriz feliz o infeliz, correcta o indigna en la que cada mente se ubica. Es por ello que, estudiando la mediumnidad en los Santuarios del Espiritismo con Jesús, observamos realmente una fuerza peculiar a todos los seres, la cual es de utilidad general si se halla bajo una orientación capaz de disciplinarla y conducirla hacia el máximo aprovechamiento en el bien. Recordemos a la electricidad que, poco a poco, va transformando la faz del mundo. No basta poseer una poderosa catarata con un potencial de millones de caballos de fuerza. Es preciso instalar junto a ella la inteligencia de la central térmica para controlar esos recursos, dinamizarlos y distribuirlos conforme a las necesidades de cada uno... Sin ello, la caída del agua será un cuadro vivo de belleza fenoménica, pero con un lamentable desperdicio.

El tiempo no nos permitía prolongar más nuestra conversación, por lo que nos dirigimos hacia una agrupación en la que nuestros estudios de la víspera habían de encontrar la necesaria prosecución.

16. MANDATO MEDIÚMNICO

Eran casi las veinte horas, cuando nos detuvimos frente a un sobrio edificio rodeado por varios vehículos estacionados.

Mucha gente iba y venía.

Gran cantidad de desencarnados se congregaban en el recinto y fuera del mismo.

Vigilantes de nuestro plano se desplegaban, atentos, impidiendo el acceso a los espíritus impenitentes y escarnecedores.

Variados grupos de personas entraban al interior de la casa, y en la puerta experimentaban la separación de ciertos espíritus que les seguían, espíritus que no eran simples curiosos o dolientes, sino blasfemadores y persistentes en el mal.

Esos casos, sin embargo, constituían una excepción, porque en su mayoría el séquito de hermanos desencarnados era integrado con gente afligida y enferma, tan necesitada de socorro fraterno como los enfermos y angustiados a quienes acompañaban.

Entramos.

Una gran mesa, en el centro de una amplia sala, se encontraba rodeada por un largo cordón luminoso que hacía de aislamiento.

A su alrededor se reservaba una gran área en la que eran ubicados todos quienes carecían de asistencia, encarnados o no, área que se mostraba igualmente protegida por bandas de defensa magnética bajo el cuidado cauteloso de guardias pertenecientes a nuestra esfera de acción.

Al frente, en la parte opuesta a la entrada, varios benefactores espirituales conferenciaban entre sí, y junto a ellos, una respetable señora escuchaba con ternura a diversos pacientes.

Se presentaba esta hermana revestida de una extensa aureola de irradiaciones opalinas, y por más que unas proyecciones de sustancias oscuras quisieran llegarle a través de los pedidos de los sufridores que con ella dialogaban, conservaba su aura siempre lúcida y brillante sin que las emisiones de fluidos enfermizos pudiesen alcanzar su campo de fuerzas.

Señalándola con la diestra, el asistente nos informó:

–Es nuestra hermana Ambrosina, que por más de veinte años consecutivos brinda a través de su mediumnidad cristiana, lo que de mejor posee en la existencia. Por amor al ideal que nos orienta renunció a las más sencillas alegrías del mundo, inclusive a la constitución de su propio santuario hogareño; dado que pasó su juventud trabajando sin el consuelo del matrimonio y de los hijos.

Ambrosina traía el semblante quebrantado y rugoso, reflejando, no obstante, la paz que vibraba en su ser.

De su cabeza, por entre sus cabellos canosos, salía un pequeño cono de luz, a la manera de un delicado adorno.

Intrigados, consultamos esa observación con nuestro orientador, y la aclaración no se hizo esperar:

–Es un aparato magnético ultrasensible por medio del que la médium vive en constante contacto con el responsable de la obra espiritual que por ella se realiza. Por el tiempo de actividad que ha dedicado a la causa del bien y por los sacrificios con que se consagró, Ambrosina recibió del Plano Superior un mandato de servicio mediúmnico, mereciendo, por eso, la responsabilidad de una más íntima asociación con el instructor que preside sus trabajos. Habiendo crecido en influencia, se vio amenazada por solicitudes de múltiples matices. Inspirando fe y esperanza a cuantos se aproximan a su sacerdocio de fraternidad y comprensión, es, naturalmente, asediada por los más desconcertantes pedidos.

–¿Entonces vive martirizada por los pedidos y las súplicas? –indagó Hilario, inevitablemente curioso.

–Hasta cierto punto sí, porque simboliza un puente entre dos

mundos, sin embargo, con su paciencia evangélica sabe ayudar a los demás para que ellos se ayuden, ya que no le sería posible conseguir la solución para todos los problemas que le presentan.

Nos acercamos a la médium; respetable y modesta, y la vimos pensativa, pese al vocerío perturbador que había en torno a ella.

No lejos de nosotros el pensamiento conjugado de dos personas exteriorizaba escenas lamentables de un crimen en el que se habían complicado.

Percibiéndolas, doña Ambrosina reflexionaba, hablando sin palabras, con frases audibles sólo en nuestro medio: –Amados amigos espirituales, ¿qué hacer? Identifico a nuestros hermanos delincuentes y reconozco sus compromisos... Un hombre fue eliminado...Veo su agonía reproducida por el recuerdo de los responsables...

¿Qué estarán buscando aquí nuestros infortunados compañeros, forajidos de la justicia terrestre?

Reparamos en que la médium temía perder la armonía vibratoria que le era peculiar.

No deseaba abismarse en ninguna preocupación acerca de los visitantes mencionados.

Fue entonces cuando uno de los mentores presentes se le aproximó, tranquilizándola con las siguientes expresiones:

–Ambrosina, no recele. Cállese. Es preciso que la aflicción no nos perturbe. Acostúmbrese a ver a nuestros hermanos desgraciados en la condición de criaturas dignas de piedad. Acuérdesse de que nos hallamos aquí para auxiliar y que el remedio no fue creado para los sanos. ¡Compadézcase, sustentando el propio equilibrio! Somos deudores de amor y respeto los unos para con los otros, y cuanto más desventurados, también más auxilio necesitamos. Es indispensable recibir a nuestros hermanos comprometidos con el mal, como enfermos que reclaman cariño.

La médium se serenó.

Luego reinició la conversación en forma muy natural con quienes visitaban la casa.

Aquí, alguien solicitaba socorro para su corazón atormentado o bien pedía cooperación en beneficio de parientes en desgracia; allí, se suplicaba la ayuda fraterna para enfermos desesperados; más allá, se

manifestaban súplicas de trabajo asistencial.

Doña Ambrosina consolaba y prometía. Cuando llegase Gabriel el orientador, le expondría los problemas. Seguramente que él brindaría la colaboración necesaria.

No pasaron muchos minutos y Gabriel, el mentor de más categoría de la casa, entró en el recinto acompañado por un gran número de amigos,

Se ubicaron frente a la mesa, conversando fraternalmente. Allí estaban reunidas las entidades de vida mental más noble, estableciendo con naturalidad una larga banda de luz inaccesible para las sombras que dominaban a la mayoría de los encarnados y desencarnados de la gran reunión.

Gabriel y los asesores nos abrazaron con generosidad.

Daba la impresión de ser una fiesta, tan vivo se mostraba el júbilo de los instructores y funcionarios espirituales de la institución. El trato con enfermos y sufridores de los dos planos no les quitaban la esperanza, la paz, el optimismo... Comparecían allí, con el abnegado y culto orientador, a quien Áulus no dejaba de ofrecerle sus testimonios de veneración, médicos y profesores, enfermos y auxiliares desencarnados, dispuestos todos para servir en la labor del bien.

Irradiaban tanta belleza y alegría que Hilario, tan deslumbrado como yo, volvió a las preguntas que caracterizaban su temperamento juvenil.

Aquellos amigos, considerando las irradiaciones de luz y simpatía que proyectaban de sí mismos, ¿serían altos embajadores de la Divina Providencia? ¿Disfrutaban, tal vez, de la convivencia con los santos? ¿Vivirían en comunión personal con Cristo? ¿Habrían alcanzado la condición de seres impecables?

El asistente sonrió de buen humor, y aclaró:

–Nada de eso. Con todo el aprecio que les debemos, es preciso considerar que son vanguardistas del progreso, sin ser infalibles. Son grandes almas realizando el bendito proceso de purificación, merecedoras de nuestra reverencia por el grado de evolución que ya conquistaron, pero son aún espíritus ligados a la humanidad terrena, en cuyo seno encarnarán nuevamente en el futuro, cumpliendo con la ley universal de la reencarnación, para el desempeño de importantes trabajos.

–Sin embargo, frente a esta asamblea de seres torturados que observamos, ¿son ellos luminarias exentas de error?

–No –acentuó Áulus, comprensivo. No podemos exigir de ellos cualidades que solamente se evidencian en los espíritus que ya alcanzaron la pureza absoluta. Son altos exponentes de la fraternidad y de una conciencia superior, sin embargo tienen aún probabilidades naturales de equivocarse. Sobresalen por la buena voluntad, por la cultura y por el propio sacrificio en el auxilio incesante a los compañeros reencarnados, pero pueden ser víctimas de sus errores, que se apresuran a corregir, sin embargo, sin la vanidad que predomina perjudicialmente en los doctos de la Tierra. Aquí tenemos, por ejemplo, a varios médicos sin la envoltura física. A pesar de ser excelentes profesionales consagrados y beneméritos en la misión que abrazaron, no sería admisible, con todo, que fuesen promovidos, de un momento a otro, de la ciencia fragmentaria del mundo a la sabiduría integral. Con la inmersión en las realidades de la muerte adquieren nuevas visiones de la vida, se les amplía el horizonte de la observación. Comprenden que algo saben, pero que ese algo es muy poco en comparación con aquello que les corresponde saber. Se entregan, de este modo, a preciosas cruzadas de servicio y, dentro de las mismas, ayudan y aprenden. Los trabajadores de otros círculos de la experiencia humana se encuentran en la misma situación. Ayudan y son auxiliados. No podría ser de otro modo. Sabemos que el milagro no existe como derogación de las leyes de la naturaleza. Somos hermanos los unos de los otros, evolucionando juntos en un proceso de interdependencia en el cual adquiere relieves el esfuerzo individual.

A esta altura de la aclaración, la que recibíamos con júbilo, doña Ambrosina se sentó al lado del director de la sesión, un hombre de cabellos canosos y fisonomía simpática, quien tuvo a su cargo organizar la mesa orientadora de los trabajos con catorce personas, en quienes se reflejaba la sencillez y la fe.

Mientras Gabriel se colocaba al lado de la médium, aplicándole pases de largo circuito, como para prepararla seguramente para las actividades de la noche, el conductor de la reunión pronunció una sentida oración.

Enseguida fue leído un texto edificante de un libro doctrinario, seguido de una breve explicación evangélica, en cuya elección

prevaleció la influencia de Gabriel sobre el orientador de la casa.

De la lectura global se destacaba la paciencia como tema central. Es que, realmente, la asamblea, tomada en conjunto, se mostraba flagelada por problemas inquietantes que demandaban la llave de la conformidad para lograr la recuperación del equilibrio.

Decenas y decenas de personas se aglomeraban alrededor de la mesa exhibiendo sus tribulaciones y dificultades.

Extrañas formas-pensamientos surgían de cada grupo, manifestando así su condición mental propia.

Aquí, dardos de preocupación, estiletos de amargura, nieblas espesas de lágrimas... Allá, obsesores dominados por el desánimo o la desesperación y con agresivos propósitos de venganza que se agravaban con el temor a lo desconocido...

Gran número de desencarnados suspiraban por el cielo, mientras otros temían al infierno, desorientados por la falsa educación religiosa recibida en el plano terrestre.

Varios amigos espirituales que se hallaban junto a los componentes de la mesa directiva comenzaron a inspirar a éstos en la prédica doctrinaria, la que se basaba en el tema evangélico de la noche, esparciéndose así, a través de comentarios bien hechos, estímulos y consuelos.

Los fallos individuales no eran revelados, mientras, percibíamos claramente que las advertencias eran dirigidas anónimamente con dirección exacta. Aquí, levantaban un corazón abatido por el desaliento; allí, advertían a conciencias negligentes; más allá, renovaban el perdón, la fe, la caridad, la esperanza...

No faltaban los cuadros impresionantes de espíritus perseguidores que procuraban hipnotizar a sus propias víctimas mediante el sueño provocado, a efectos de que no tomaran conocimiento de los mensajes renovadores allí expresados por la palabra constructiva.

Muchos médiums trabajaban en el recinto, colaborando para que los servicios de orden general tuvieran un desarrollo armonioso, no obstante observamos que doña Ambrosina era el centro de confianza de todos y el objeto de todas las miradas atentas.

Daba la sensación de ser el corazón del santuario: dando y recibiendo, el punto vivo de la silenciosa unión de los habitantes de dos

esferas distintas.

Junto a ella, que permanecía en oración, fueron colocadas numerosas tiras de papel.

Eran requerimientos, anhelos, súplicas de la gente que recurría a la protección del más allá para sus aflicciones de la existencia.

Cada hoja era una petición ansiosa, una llamada conmovedora. Entre doña Ambrosina y Gabriel se destacaba ahora una extensa banda elástica de luz azulina en la que amigos espirituales dispuestos a la solidaridad cristiana entraban en ella y, uno a uno, tomando el brazo de la intermediaria, y luego de influir sobre sus centros corticales, atendían, tanto como les fuese posible, los problemas ahí expuestos.

Pero, antes de comenzar el trabajo de responder a las preguntas formuladas, un gran espejo fluídico fue colocado junto a la médium por trabajadores espirituales de la institución, y en él fueron apareciendo, con gran rapidez, las imágenes de las personas ausentes nombradas en las peticiones de la noche, a los fines de someterse al examen de los benefactores que, a distancia, contemplaban las mismas y recogían sus pensamientos, especificaban sus necesidades y ofreciendo, después, la solución posible para las peticiones formuladas.

Mientras cultos compañeros de fe enseñaban el camino de la pacificación interna bajo la inspiración de mentores de nuestro plano, doña Ambrosina, bajo la dirección de instructores que se alternaban en el servicio asistencial, psicografiaba sin descanso.

Disminuyó el trabajo en el recinto, con lo que entendimos que había llegado la ocasión adecuada para nuestras indagaciones.

Hilario fue el primero en preguntar sobre algo que no conseguíamos interpretar, e indicando el enorme lazo fluídico que ligaba a doña Ambrosina con el orientador que presidía su misión, expresó:

—¿Qué significa esa banda con la cual la médium y su protector se asocian tan íntimamente el uno al otro?

Áulus, con la tolerancia y benevolencia habituales, respondió:

—El desarrollo más amplio de las facultades mediúmnicas exige esta providencia. Oyendo y viendo, en el cuadro de vibraciones que trascienden el campo sensorial común, Ambrosina no puede estar a merced de todas las solicitudes de la esfera espiritual, so pena de perder su equilibrio. Cuando el médium se afirma en el servicio del bien por

su buena voluntad, por su estudio y por su comprensión de las responsabilidades de las que se halla investido, recibe el apoyo más firme y constante de un amigo espiritual sabio y con experiencia, el que guía su peregrinación por la Tierra controlando sus fuerzas. En el caso presente, Gabriel es el perfecto administrador de las energías de nuestra amiga, la que sólo establece contacto con el plano espiritual bajo su supervisión.

—¿Quiere decir que para que intentáramos una comunicación con fines de estudio por intermedio de la señora, será preciso sintonizar con ella y con el orientador al mismo tiempo?

—Justamente —respondió Áulus con satisfacción. Un mandato mediúmnico reclama orden, seguridad, eficiencia. Delegar autoridad equivale a conceder poder y recursos de parte de quien la otorga. No se debe pedir cooperación indiscriminada al médium sin ofrecerle las garantías necesarias.

—Esto, sin embargo, ¿no dificultará el trámite de las comunicaciones?

—De ningún modo. Frente a las necesidades respetables y comprensibles que tengan perspectivas de un real aprovechamiento, el propio Gabriel tiene la misión de facilitar en todo, ayudando a los comunicantes al igual que auxilia a la médium.

Señalando la perfecta comunión entre el mentor y la tutelada, indagué a mi vez si una asociación de este orden no estaría vinculada con los compromisos asumidos por los médiums, antes de la reencarnación, a lo que Áulus respondió con rapidez:

—¡Ah, sí! Semejantes servicios no se efectúan sin un programa previo. El azar, es una palabra inventada por los hombres para explicar, con el menor esfuerzo, lo que no conocen. Gabriel y Ambrosina planearon la experiencia actual mucho antes de que ella se involucrara en los densos fluidos de la vida física.

—¿Por qué decir, entonces —continué yo, recordando al asistente sus propias palabras— “cuando el médium se afirma en el servicio del bien... recibe el apoyo más firme y constante de un amigo espiritual”, si ese amigo espiritual y el médium ya se encuentran hermanados el uno con el otro desde hace mucho tiempo?

El instructor me miró de frente, y dijo:

–En cualquier empresa no sería correcto el no tomar en cuenta la libertad de acción. Ambrosina se comprometió. Eso, no obstante, no le impediría cancelar dicho compromiso de servicio, pese a reconocer su excelencia y su magnitud. Podría desear imprimir un nuevo rumbo a su idealismo de mujer, aunque aplazando las realizaciones sin las cuales no podrá elevarse y romper las ataduras del mundo. Los orientadores del Mundo Espiritual buscan compañeros, no esclavos. El médium digno de la misión de auxiliar no es un animal encadenado al yugo, mas sí un hermano de humanidad y un aspirante a la sabiduría. Debe trabajar y estudiar por amor... Por eso muchos comienzan la jornada y retroceden. Libres para decidir en lo referente a su propio destino, muchas veces prefieren permanecer con indeseables compañías, cayendo así en temibles fascinaciones. Se inician con entusiasmo en la obra del bien, entre tanto, en muchas circunstancias prestan oídos a elementos corruptores que los visitan por entre las brechas que dejan abiertas su falta de vigilancia. Y así tropiezan y caen en la codicia, en la indolencia, en el personalismo destructor o en la sensualidad delincuente, transformándose en juguetes de los adversarios de la luz que vampirizan sus fuerzas, aniquilando con ello todas sus mejores posibilidades. Esto sucedió en todos los tiempos y lugares...

–Sí, sí... –admití– mas ¿no sería posible a los mentores espirituales tomar medidas preventivas y reprimir los abusos cuando éstos aparecen?

Mi interlocutor sonrió, respondiendo con humildad:

–Cada conciencia marcha por sí misma, pese a los numerosos maestros del camino. La derrota o la victoria son causadas por nosotros mismos. Las almas y las colectividades adquieren las experiencias con que se redimen o se elevan al precio del propio esfuerzo. El hombre construye, destruye y reconstruye destinos como la humanidad hace y deshace civilizaciones, buscando la mejor dirección en respuesta a las llamadas de Dios. Por eso pesadas tribulaciones martirizan al mundo, tales como las enfermedades y la aflicción, la guerra y la miseria, despertando en las almas el justo discernimiento. Cada cual vive en el ámbito de sus propias conquistas o de sus propias deudas. Así, vemos en el planeta a millones de seres bajo la cruz de una mediumnidad torturante; a millares desaprovechando facultades psíquicas brillantes; otros muchos esforzándose en el desarrollo de estos mismos recursos, y a un muy reducido número obteniendo un mandato mediúmnico para trabajar en la solidaridad fraterna y en la luz.

Según podemos ver, el ejercicio de la mediumnidad excelsa es un servicio al que debemos llegar, aunque esta gloriosa adquisición nos cueste muchos siglos.

–Y a un trabajador como doña Ambrosina, que ejerce un mandato mediúmnico, ¿le es posible caer en el error?

–¿Cómo no? –acentuó el interlocutor– un mandato es una delegación de poder obtenida por el crédito moral, sin que equivalga a un certificado de santificación. Con mayores o menores responsabilidades, es imprescindible no olvidar nuestras obligaciones frente a la Ley Divina a fin de consolidar nuestros títulos de merecimientos en la vida eterna.

Y con un significativo tono de voz, agregó:

–Recordemos la palabra del Señor: “mucho se pedirá a quien mucho haya recibido”.

La conversación, al margen del servicio, me había ofrecido suficiente material para meditar.

Las valiosas observaciones del asistente referentes a la mediumnidad me hicieron guardar silencio y reflexionar.

No pasaba lo mismo con mi compañero, porque Hilario, refiriéndose al espejo fluídico en el que los benefactores de nuestro plano recogían rápidas informaciones para responder a las consultas, solicitó de nuestro orientador una definición sobre el delicado instrumento que funcionaba a la perfección, mostrando sin interrupción cuadros con personas angustiadas o enfermas.

–Es un televisor manejado con recursos de nuestra esfera.

–Entre tanto –inquirió Hilario, minucioso– ¿el espejo muestra el cuerpo carnal o la propia alma?

–Su propia alma. Con el examen del periespíritu se recogen los informes y se sacan las conclusiones. Muchas veces es imprescindible analizar ciertos casos presentados con sumo cuidado; pero también recurrimos a los trabajos masivos, movilizando medios para atender a distancia. Para eso, trabajadores de nuestro tipo de labor son distribuidos por diversas regiones donde captan las imágenes de acuerdo a las peticiones que nos son dirigidas, sintonizando las emisiones con el aparato receptor que está a nuestra vista. La televisión, que comienza a extenderse por el mundo, puede ofrecer una idea de

semejante servicio, destacando que entre nosotros esas transmisiones son mucho más simples, exactas e instantáneas.

Mi colega reflexionó durante algunos momentos, como si un grave problema aflorase en su cabeza, tras lo cual expresó:

–Lo que estamos viendo sugiere importantes consideraciones.

Imaginemos que alguien formule una determinada consulta a quien ejerce el mandato mediúmnico y la respuesta sufre una cierta demora... Figurémonos que el interesado, situado lejos, desencarne y permanezca en espíritu, como acontece en muchas ocasiones, en un aposento hogareño o en algún lecho de hospital, aunque ya liberado del cuerpo físico... En un caso de estos, ¿la respuesta de los benefactores espirituales se referirá al encarnado auténtico?

–Esto puede ocurrir en varias circunstancias –agregó el asistente– ya que no nos hallamos en un servicio automático o milagroso. Actuamos con espíritu de cooperación y buena voluntad, pero el éxito depende de la ayuda mutua, puesto que una sola pieza no soluciona los problemas de la máquina entera. Los funcionarios que recogen los informes reclaman el concurso eficiente de aquellos que los transmiten. Muchas veces, estando a gran distancia la criatura en sufrimiento es mostrada a los que se proponen socorrerle, y los samaritanos de la fraternidad, en virtud del número habitualmente enorme de los afligidos que tienen obligación de ayudar, en el momento no pueden juzgar si están recibiendo informes acerca de un encarnado o de un desencarnado, en especial cuando no se hallan asesorados por una vastísima experiencia. En ciertas situaciones, los necesitados exigen auxilio intensivo en una muy pequeña fracción de minuto. Siendo así, cualquier equívoco de esa índole es perfectamente admisible.

–Mas, esto –replicó Hilario– ¿no sería perturbar el servicio de la fe? Si fuéramos nosotros, los encarnados, ¿no juzgaríamos tal acontecimiento como una respuesta inútil enviada a un muerto?

–No, Hilario, no podemos situar esta cuestión en estos términos.

Quien busca seriamente la fe, encuentra el premio de la comprensión clara y pacífica de las cosas sin perjudicarse en presencia de contradicciones superficiales y aparentes.

A esta altura del diálogo el asistente meditó un instante y observó:

–Mas si los consultantes son ejemplares de liviandad y mala fe, acercándose al trabajo mediúmnico con el propósito deliberado de

consolidar su incredulidad y su indiferencia espiritual, semejantes resultados, cuando se verifican, sirven para ellos como justa cosecha de los espinos que plantan, ya que abusan de la generosidad y de la paciencia de los espíritus amigos y recogen para sí la negación y la tortura mental. Quien busca una fuente limpia y arroja lodo en ella no puede extraer agua pura de inmediato.

Hilario, satisfecho, calló.

Y como dos médiums de curación pasaban a socorrer a enfermos en una sala próxima, mientras doña Ambrosina y los oradores cumplían con sus edificantes deberes, nos dirigimos hacia el servicio de pases magnéticos en busca de nuevos conocimientos.

17. SERVICIO DE PASES

Atravesamos la puerta y nos encontramos en un ambiente balsámico y luminoso.

Un caballero maduro y una señora respetable realizaban anotaciones en un pequeño libro, rodeados por entidades evidentemente vinculadas a los servicios de cura.

Señalando a ambos médiums, el asistente nos informó:

–Son nuestros hermanos Clara y Enrique, dedicados a su trabajo de asistencia bajo la protección de los amigos que los dirigen.

–¿Cómo comprender la atmósfera radiante en la que nos hallábamos?
–aventuró Hilario con curiosidad.

–En esta sala –explicó Áulus amigablemente– se acumulan sublimes efluvios mentales de cuantos utilizan el socorro magnético, plenos de amor y confianza. Aquí poseemos una especie de altar interno formado por los pensamientos, oraciones y aspiraciones de todos quienes se acercan trayendo lo mejor de sí.

No disponíamos, con todo, de mucho tiempo para una conversación aislada.

A Clara y Enrique, ahora en oración, se les veía aureolados de luz.

Se hubiera dicho que estaban casi desligados del cuerpo denso, puesto que se mostraban espiritualmente más libres y en contacto directo con los benefactores presentes, aunque por sí mismos no pudiesen apreciarlo.

Serenos y seguros, parecían absorber las fuerzas vivificantes en lo íntimo de sus almas. Tenían la idea firme de que la oración mantenía sus espíritus en comunicación con el invisible y profundo manantial de energía luminosa.

Delante de la puerta, aún cerrada, se amontonaban, codo con codo, personas afligidas y rumorosas que estaban esperando el término de la preparación previa indispensable.

Los dos médiums, sin embargo, se nos figuraban espiritualmente distantes. Absortos, en compañía de las entidades hermanas, registraban sus instrucciones por medio de los recursos intuitivos.

Por las irradiaciones de la personalidad magnética de Enrique se reconocía, de inmediato, la superioridad de él sobre su compañera. De los dos, era el punto dominante.

Por eso, seguramente, a su lado se hallaba el orientador espiritual de más jerarquía que tenía esa labor asistencial.

Áulus lo abrazó y gentilmente nos lo presentó.

El hermano Conrado, nuestro nuevo amigo, nos abrazó acogedoramente.

Nos anunció que el servicio estaría a nuestra disposición para hacer las observaciones que creyésemos oportunas.

Y nuestro instructor, invitándonos a sentirnos cómodos, nos autorizó a exponer a Conrado cualquier pregunta que se nos ocurriese.

Hilario, que jamás reprimía su espontaneidad, comenzó la interlocución como de costumbre, preguntando respetuosamente:

—¿Usted viene frecuentemente aquí?

—Sí, tenemos bajo nuestra responsabilidad los servicios asistenciales de la institución en favor de los enfermos, dos noches por semana.

—¿Sólo de los enfermos encarnados?

—No, no es así. Atendemos a los necesitados de cualquier procedencia.

—¿Cuenta con muchos cooperadores?

—Integramos un cuadro de auxiliares, de acuerdo con la organización establecida por los mentores de la Esfera Superior.

—¿Quiere decir que en una casa como esta hay colaboradores espirituales debidamente fichados, tal como ocurre con los médicos y

enfermeros en un hospital terrestre común?

–En efecto. Tanto entre los hombres como entre nosotros, que nos hallamos lejos aún de la perfección espiritual, el éxito del trabajo exige experiencia, horario, seguridad y responsabilidad del servidor fiel para con los compromisos asumidos. La Ley no puede menospreciar las indicaciones de la lógica.

–Y los médiums, ¿son invariablemente los mismos?

–Sí. No obstante, en casos de impedimento justo pueden ser sustituidos, aunque en esas circunstancias se verifiquen, inevitablemente, pequeños perjuicios resultantes del natural desajuste.

Mi colega dirigió su mirada inquieta hacia los dos compañeros encarnados que permanecían en oración, y continuó:

–¿Se preparan nuestros amigos para el trabajo con el auxilio de la oración?

–Sin duda. La oración produce un prodigioso baño de fuerzas, dada la vigorosa corriente mental que atrae. Con ella, Clara y Enrique expulsan de su propio mundo interior los sombríos restos de la actividad común que traen del círculo diario de lucha y absorben de nuestro plano las sustancias renovadoras con las que se tonifican, a fin de conseguir obrar con eficiencia en favor del prójimo. De ese modo ayudan y son firmemente ayudados.

–Ello significa que no deben temer por su agotamiento...

–De ninguna manera. Al igual que nosotros, no comparecen aquí con la pretensión de ser los señores del beneficio, pero sí en la condición de beneficiarios que reciben para dar. La oración, con el reconocimiento de nuestros pocos méritos, nos coloca en la posición de simples eslabones de una cadena de socorro cuya orientación reside en lo Alto. Somos nosotros, aquí, en este recinto consagrado a esta misión evangélica y bajo la inspiración de Jesús, algo similar a un simple enchufe eléctrico que da paso a la fuerza que no es nuestra y que servirá para la producción de energía y luz.

La explicación no podía ser más clara.

Y mientras Hilario sonreía satisfecho, Conrado acarició los hombros de Enrique como para recordarle el horario establecido, y el médium, pese a no serle hecha la indicación en el campo de las sensaciones físicas, obedeció de inmediato, encaminándose hacia la puerta y

abriéndola a quienes aguardaban detrás de ella.

Un numeroso grupo de encarnados y desencarnados se aglomeró a la entrada, a la vez que los compañeros de la casa controlaban sus movimientos.

Conrado se entregó al trabajo que le correspondía, y en razón de ello volvimos a la intimidad del asistente.

Ambos médiums empezaron el trabajo.

Enfermos de expresión variada entraban esperanzados y se retiraban, después de ser atendidos, con evidentes signos de haber sido reconfortados. Las manos de Clara y Enrique irradiaban chispas luminosas, comunicándoles vigor y bienestar.

En la mayoría de los casos no precisaban tocar el cuerpo de los pacientes con sus manos. Los recursos magnéticos, aplicados a escasa distancia, penetraban el halo vital o aura de los enfermos, provocándoles súbitos cambios.

Los médiums pasistas parecían dos pilas humanas esparciendo rayos de variedad múltiple, que fluían de sus manos después de recorrer sus cabezas, al contacto del hermano Conrado y de sus colaboradores.

El cuadro era verdaderamente fascinante por los juegos de luz que presentaba.

En seguida Hilario, después de sondear el ambiente, preguntó a nuestro orientador:

—¿Por qué motivo la energía transmitida por los amigos espirituales pasa primeramente por la cabeza de los médiums?

—También aquí—dijo Áulus— no podemos subestimar la importancia de la mente. El pensamiento influye de una manera decisiva en la donación de los principios sanativos. Sin la idea iluminada por la fe y por la buena voluntad, el médium no conseguiría el enlace con los espíritus amigos que actúan sobre estas bases.

—Entretanto—ponderé— ¡cuantas personas hay tan bien dotadas de fuerza magnética y tan despreocupadas del aspecto moral!...

—Sí—dijo el asistente— se refiere usted a los hipnotizadores comunes, muchas veces portadores de una energía excepcional. Hacen bellas demostraciones, impresionan, convencen, con todo, se mueven en la esfera del puro fenómeno, sin realizar aplicaciones edificantes en el campo de la espiritualidad. Es imperioso no olvidar, André, que el

potencial magnético es un patrimonio común a todos con distintas expresiones que se gradúan hasta el infinito.

—¡Pero semejantes profesionales pueden igualmente curar! —dijo a propósito mi compañero, completando mis observaciones.

—Sí, pueden curar, pero accidentalmente, cuando el enfermo es digno de la asistencia espiritual inmediata y con la intervención de amigos espirituales que lo favorezcan. Fuera de esto, los que abusan de esta fuente de energía explotándola en su provecho personal caen generalmente en la desmoralización, puesto que entrando en un campo de fuerzas que les es desconocido y guiados tan sólo por la vanidad o por la ambición inferior, fatalmente encuentran entidades que con ellos tienen afinidad, sumergiéndose así, en difíciles situaciones que no es el caso de comentar. Si no poseen un carácter elevado, susceptible de oponer un dique a la influencia viciosa, terminan succionados por energías más acentuadas que las de ellos, puesto que si consideramos el problema bajo el punto de vista exclusivo de la fuerza, somos obligados a reconocer que hay un inmenso número de vigorosos hipnotizadores espirituales en las líneas atormentadas de la ignorancia y de la crueldad, quienes originan los más aflictivos procesos de obsesión.

Luego sonriendo, agregó:

—Recordemos a la naturaleza. La serpiente es uno de los seres que posee mayor poder hipnótico.

—Entonces —dijo Hilario— para curar serán indispensables ciertas condiciones del espíritu...

—Es indiscutible que no podemos prescindir del corazón noble y de la mente pura en el ejercicio del amor, de la humildad y de la fe viva para que los rayos del poder divino logren penetrar y salir de nosotros en beneficio de los demás. En un servicio metódico de cura, esto es indispensable.

—Pero, para una labor de este tipo, ¿precisaremos de personas escogidas que realicen previamente estudios especiales?

—Importa aclarar —dijo Áulus con firmeza— que en cualquier sector de trabajo la falta de estudio significa estancamiento. Todo colaborador que desista de aprender, negándose a incorporar nuevos conocimientos, se condena fatalmente a actividades de bajo nivel; pero tratándose del socorro magnético, tal como es administrado aquí, conviene recordar que el trabajo es de solidaridad pura, lo cual requiere un ardiente deseo

de ayudar, mediante la invocación de la oración. Y toda plegaria, hija de la sinceridad y del deber bien cumplido, con respetabilidad moral y limpieza de sentimientos, es portadora de un inconmensurable poder. Analizada la cuestión en estos términos, todas las personas dignas y fervorosas pueden, con el auxilio de la oración, conquistar la simpatía de venerables magnetizadores del plano espiritual, que las utilizan en la obra de propagar el bien. No nos hallamos frente al hipnotismo espectacular, pero sí en un gabinete de cura en el que los médiums transmiten los beneficios que recogen, sin la presunción de darlos de sí mismos. Es importante no olvidar esta verdad para dejar bien claramente asentado que, donde surjan la humildad y el amor, el amparo divino es seguro e inmediato.

La tarea de cura que se iba a desarrollar dentro de un ámbito eficiente y pacífico, reclamaba nuestra atención.

Los enfermos entraban de dos en dos, siendo cariñosamente atendidos por Clara y Enrique y con la providencial asistencia de Conrado y sus colaboradores.

Los obsesionados ingresaban al recinto acompañados de sus crueles verdugos, pero en cuanto los médiums ponían sus manos sobre la región cortical, aquéllos, inmediatamente, se desligaban, ubicándose, sin embargo, en las cercanías, como a la espera de sus víctimas, con la mayoría de las cuales se reunían prontamente.

Revisando las observaciones realizadas, reparamos en que algunos enfermos no habían logrado ni la más leve mejoría.

Las irradiaciones magnéticas no penetraban en sus vehículos orgánicos.

Registrando el hecho, la pregunta de Hilario no se hizo esperar.

—¿Por qué?

—Les falta el estado de confianza —aclaró el orientador.

—¿Será indispensable la fe, entonces, para que o reciban el socorro que precisan?

—¡Ah, sí! En fotografía precisamos de una placa impresionable para retener la imagen, como en electricidad necesitamos del hilo o sensible para la transmisión de la corriente eléctrica. En el terreno de las obras de ayuda espiritual es imprescindible que el necesitado presente una cierta “tensión favorable”. Esa tensión procede de la fe. Ciertamente es que

no nos referimos al fanatismo religioso o a la ceguera de la ignorancia, pero sí a la actitud de seguridad íntima que se afirma, con reverencia y sumisión, en el conocimiento de las Leyes Divinas, bajo cuya sabiduría y amor procuramos protegernos. Sin recogimiento y respeto en la receptividad no conseguiremos aprovechar los recursos imponderables que se nos brindan para nuestro bien, dado que el escarnio y la dureza de corazón pueden ser comparados con espesas capas de hielo que cubren el templo del alma.

La lección era simple y bella.

Hilario se calló, tal vez para reflexionar en silencio sobre ella. Sin perder de vista los objetivos de nuestro estudio, Áulus consideró la conveniencia de nuestro contacto directo con el servicio que se cumplía. Sería interesante para nosotros el examen de algunos de los casos tratados.

Para ello, se acercó a una anciana que acababa de entrar en busca de auxilio, y con el permiso de Conrado, nos sugirió examinarla con toda la atención posible.

La señora, aguardando el concurso de Clara, se sostenía con gran dificultad en pie, tenía el vientre voluminoso y su cara expresaba dolor.

—¡Observen el hígado!

Utilizamos los recursos a nuestro alcance y comenzamos a analizar.

Realmente, el órgano mencionado demostraba la dilatación característica de las personas que sufren de insuficiencia cardiaca. Las células hepáticas parecían una vasta colmena trabajando con una enorme perturbación. La vesícula congestionada me impulsó a una inmediata inspección del intestino. La bilis comprimida alcanzaba los vasos y asaltaba la sangre. El colédoco, sin funcionar, facilitaba el diagnóstico. Un ligero examen de la conjuntiva ocular me confirmaba la impresión.

La ictericia se evidenciaba sin ninguna duda. Después de oírme, Conrado afirmó:

—Sí, es una ictericia complicada. Tuvo origen en un terrible acceso de cólera que afectó a nuestra amiga en su ámbito hogareño. Dejándose dominar por la ira, adquirió una hepatitis contumaz de la cual la ictericia es la consecuencia.

—¿Y cómo será socorrida?

Conrado, poniendo su diestra sobre la frente de la médium, le

comunicó una radiante corriente de fuerzas y le inspiró a mover sus manos sobre la enferma, desde la cabeza hasta el hígado enfermo.

Notamos que la corteza encefálica se revistió de una sustancia luminosa que, descendiendo en forma de hilos muy tenues, le llegó hasta el campo visceral.

La señora mostró una expresión inequívoca de alivio en su fisonomía, retirándose visiblemente satisfecha después de prometer que volvería para seguir el tratamiento.

Hilario fijó sus interrogantes ojos en el asistente que nos acompañaba muy amablemente, y preguntó:

—¿Nuestra hermana estará curada?

—Eso es imposible —acentuó Áulus paternalmente— tenemos allí órganos y vasos muy afectados. Dependerá de algún tiempo su solución.

—¿Y sobre qué bases se articula semejante proceso de cura?

—El pase es una transfusión de energías que altera todo el campo celular. Ustedes saben que para la propia ciencia humana de hoy el átomo no es más el reducto indivisible de la materia... sino que, dentro de él se encuentran las corrientes de fuerza aglutinadas por los principios subatómicos, y que, más allá de esos principios, surge la vida mental determinante... Todo es espíritu en el santuario de la naturaleza. Renovemos el pensamiento y todo se modificará con nosotros. En la asistencia magnética la ayuda espiritual se opera mediante el ensamble armónico de la emisión y la recepción, ayudando a la criatura necesitada para que ella se ayude a sí misma. La mente reanimada vuelve a levantar las vidas microscópicas que la sirven en el templo del cuerpo, edificando valiosas reconstrucciones. El pase, como lo vemos, es una importante contribución para quien sepa recibido con el respeto y la confianza que él debe inspirar.

—¿Y puede hacerse a distancia?

—Sí, siempre que haya sintonía entre quien lo administra y el que lo recibe. En este caso, diversos compañeros espirituales colaboran en el trabajo de auxilio a los efectos de favorecer su realización, y la oración silenciosa será el mejor vehículo para la fuerza sanadora.

El servicio, en torno nuestro, proseguía con intensidad.

Áulus consideró que nuestra presencia, tal vez, podía sobrecargar las

preocupaciones de Conrado, y que no sería correcto permanecer junto a él por más tiempo, ya que habíamos recogido rápidamente las enseñanzas que deseábamos obtener, y, en vista de ello, nos despedimos del supervisor, buscando el salón central para continuar nuestras benditas lecciones.

18. ANOTACIONES AL MARGEN

Doña Ambrosina seguía psicografiando varios mensajes destinados a los presentes.

Y uno de los oradores, bajo la influencia de un benigno mentor espiritual, resaltaba la necesidad de ajustarnos a las Leyes Divinas para que nuestra vida mental se rehiciera, adquiriendo así el derecho a las bendiciones renovadoras.

Algunos encarnados permanecían impermeables y soñolientos, vampirizados por obsesores caprichosos que los acompañaban a poca distancia, mientras que muchos desencarnados de mediana comprensión escuchaban, solícitos y sinceramente atentos, la enseñanza consoladora que se brindaba.

Gabriel, con ojos penetrantes y brillantes, presidía todo con firmeza.

Nada de lo que sucedía, por mínimo que fuese, escapaba a su percepción.

Aquí, a una leve señal suya, entidades escarnecedoras eran exhortadas a un cambio de actitud; allí, se socorría a enfermos que él indicaba con un simple gesto.

Era la mano que mandaba, fuerte y segura, sustentando la armonía y el orden en la exaltación del trabajo.

Contemplamos la mesa enorme desde la cual la dirección actuaba con equilibrio total, y mirando a la médium, con los accesorios de trabajo a mano y en actividad constante, Hilario preguntó a nuestro

orientador:

–¿Por qué tantos mensajes personales de los espíritus amigos?

–Son respuestas reconfortantes a los compañeros que les solicitan su asistencia y consuelo.

–Y estas respuestas –continuó mi colega– ¿son una solución definitiva para los problemas que exponen?

–No, eso no –aclaró el asistente con convicción– entre el auxilio y la solución hay siempre una distancia en la que puede presentarse cualquier dificultad, y no podemos olvidar, además, que cada uno de nosotros presenta sus propios enigmas y anormalidades.

–Si es así, ¿por qué razón esas comunicaciones si los desencarnados no pueden ofrecer un bálsamo a los tormentos de sus hermanos que aún permanecen en la carne? ¿Para qué dejar esa puerta abierta entre ellos y nosotros?

–No te olvides del imperativo de cooperar en el andar de cada ser –dijo Áulus con grave entonación. En la vida eterna, la existencia en el cuerpo físico, por más larga que sea, es siempre un corto período de aprendizaje. Y no debemos olvidar que la Tierra es el campo donde libramos nuestra batalla evolutiva. Dentro de los principios de causa y efecto adquirimos los valores de la experiencia con los que enriquecemos nuestra individualidad y la preparamos para las Esferas Superiores. La mente, en verdad, es como un caminante buscando la meta del estado angélico; con todo, no avanzará sin auxilio. Nadie vive solo. Los mal considerados muertos precisan amparar a los compañeros que atraviesan un período de aprendizaje en la materia densa, por cuanto un gran número de ellos, también, serán obligados a nuevas inmersiones en la experiencia carnal. Es por ley que la sabiduría socorre a la ignorancia, que los mejores ayudan a los menos buenos. Los hombres, cooperando con los espíritus esclarecidos y benevolentes, atraen simpatías preciosas para la vida espiritual, y las entidades amigas auxiliando a los reencarnados, estarán construyendo lo que les facilite en el día de mañana, cuando estén de vuelta en la lid terrestre.

–Sí, sí, comprendo... –exclamó Hilario, agradecido. Entretanto, colocándome en la situación de la criatura común, recordé que en el mundo nos acostumbramos a esperar del cielo una solución decisiva y absoluta para innumerables problemas que se nos presentan...

–Semejante actitud, sin embargo –acentuó el orientador–, es debida

a un antiguo vicio mental que domina en el planeta. Para mayor claridad del asunto, acordémonos del ejemplo del Divino Maestro. Jesús, el Gobernador Espiritual del Mundo, auxilió a los enfermos y a los afligidos sin quitarles los problemas fundamentales que tenían. Zaqueo, el rico, honrado con la visita que le hizo, se sintió obligado a modificar su conducta. María, de Magdala, que recibió su cariñosa atención, no quedó libre del deber de mantenerse en el arduo combate de su renovación interna. Lázaro, resurgiendo de las tinieblas del sepulcro, no fue exonerado de la obligación de aceptar, más tarde, el desafío de la muerte. Pablo de Tarso fue por Él distinguido con una llamada personal a las puertas de Damasco, sin embargo, no por eso el apóstol obtuvo el salvoconducto que le librase de los sacrificios que le correspondían en el desempeño de su nueva misión. Según vemos, sería ilógico esperar que los desencarnados supriman totalmente las luchas humanas. Esto significaría quitar el trabajo que corresponde para el sustento del servidor, o bien evitar la lección al alumno necesitado de luz.

A esta altura, no lejos de nosotros, una simpática señora emitía un monólogo en su pensamiento:

—¡Hijo mío! ¡Hijo mío! ¡Si tú no estás muerto, visítame! ¡Ven! ¡Ven! ¡Me estoy muriendo de pesar y angustia!... ¡Dime alguna palabra por la cual nos entendamos!... ¡Si todo no acabó, acércate a la médium y comunícate! ¡Es imposible que tú no tengas piedad!...

Estas frases amargas, aunque inarticuladas, eran audibles, tal como si hubiesen sido pronunciadas por una voz cavernosa.

Un leve rumor por detrás de nosotros nos llamó la atención.

Un joven desencarnado se presentó en lastimosas condiciones y avanzó hacia la triste mujer, dominado por una gran atracción.

De su boca brotaba la amargura en forma de palabras conmovedoras:

—¡Madre! ¡Madre! —gritaba de rodillas, como si fuera una criatura, atormentada acercándose a su regazo— ¡no me abandone!... ¡Estoy aquí, óigame! No morí... ¡perdóneme, perdóneme!... ¡Soy un renegado, un naufrago!... ¡Busqué la muerte cuando debiera haber vivido para su cariño! ¡Ahora sí, veo el sufrimiento de cerca y desearía aniquilarme para siempre, tan grande es la vergüenza que aflige a mi corazón!...

La señora no veía su imagen intranquila, con todo, notaba su

presencia a través de una intraducible ansiedad que anidaba en su pecho.

Dos colaboradores se acercaron, sacando al mozo del cuello de su madre, colocándonos nosotros junto al asistente, quien se dio prisa en socorrer a la señora que, bañado su rostro por las lágrimas clamaba mentalmente:

–¿No será mejor seguirle? ¡Morir y descansar!... ¡Mi hijo, quiero a mi hijo!...

Áulus le aplicó los recursos magnéticos, con lo que la desventurada criatura experimentó un gran alivio, luego de lo cual nos informó:

–Estudiemos el caso de esta pobre madre abatida. El hijo se suicidó hace unos meses y aún no ha podido liberarse de este dolor tan íntimo. En su devoción afectiva pide su manifestación personal sin saber lo que pide, puesto que la desesperante situación del joven constituiría para ella un martirio horrible. Por ello, no podrá recoger su palabra directa, pero, mediante el trabajo espiritual que aquí se desarrolla irá adquiriendo nuevas energías que la harán rehacerse gradualmente.

–Seguramente –agregó Hilario con inteligencia– no habrá resuelto el problema crucial de su sensibilidad herida, pero sí se estará tonificando con las fuerzas que lograrán su recuperación...

–En efecto.

–Además –expresé a mi vez– la mediumnidad de hoy es, en esencia, la misma que se utilizó para canalizar las profecías de las religiones de todos los tiempos.

–Sí –aprobó Áulus rápidamente– con la diferencia que la mediumnidad es hoy una concesión del Señor a la humanidad en general; considerándose la madurez del entendimiento humano frente a la vida. El fenómeno mediúmnico no es nuevo. Sólo es nueva la forma con que se propaga, puesto que el sacerdocio de distintos credos yace, desde hace muchos siglos, paralizado con los espectáculos del culto exterior y sacrificando incomprensiblemente la vía de las revelaciones celestiales. Especialmente el Cristianismo, que debería ser la más amplia y la más simple de las escuelas de fe, desde hace mucho tiempo se circunscribió a la superficialidad de los templos. Era preciso, pues, liberar sus principios en beneficio del mundo que, científicamente, hoy vislumbra la claridad de una nueva era. Por ese motivo el Gobierno oculto del planeta resolvió que la mediumnidad fuese conducida del

colegio sacerdotal a la plaza pública, a fin de que la noción de eternidad, a través de la supervivencia del alma, despierte la mente anestesiada del pueblo. Es así que vemos a Jesús, ahora, no como un fundador de ritos y fronteras dogmáticas, sino como un verdadero Redentor del alma humana, Instrumento de Dios por excelencia, Él se sirvió de la mediumnidad para encender la luz de su doctrina de amor. Curando a enfermos y consolando a los afligidos, estuvo en muchas ocasiones en contacto con los impropriadamente llamados muertos, algunos de los cuales no eran sino almas en sufrimiento que vampirizaban a los obsesos de diversos matices. Él fue quien después de mantener un coloquio con Moisés, materializado en el Monte Tabor, se mostró como el Gran Resucitado, legando a los hombres el sepulcro vacío y acompañando a sus discípulos con acendrado amor, para que continuasen su apostolado de bendiciones.

Hilario esbozó una sonrisa de estudiante satisfecho con la lección, y exclamó:

–¡Ah! sí, tengo la impresión de comenzar a comprender...

Los trabajos de la reunión llegaban a su fin.

Nuestro orientador percibió que Gabriel se disponía a escribir el mensaje de clausura y, respetuoso, le pidió emitir algunos conceptos acerca de la mediumnidad, a lo que el supervisor consintió gentilmente.

Doña Ambrosina había entrado en una breve pausa a los fines de lograr su recuperación.

El director de la reunión pidió silencio para concluir los trabajos, y apenas se hizo en ella un reverente sosiego, el conductor de la casa controló el cerebro de la médium y le tomó el brazo, escribiendo aceleradamente.

En contados minutos, el mensaje de Gabriel estaba terminado. La médium se levantó y comenzó a leerlo en voz alta:

»–Amigos míos –decía el mentor– es indispensable buscar en la mediumnidad no la llave falsa para ciertos arreglos inadecuados de la Tierra, mas sí el camino directo de nuestra capacitación para la vida superior.

»Comprendiendo así la verdad, es necesario renovar nuestros conceptos acerca de los médiums, a efectos que no vayamos a convertir a nuestros compañeros de ideal y de lucha, en oráculos y adivinos, olvidando nuestros deberes que nos conducirán hacia la purificación.

»El Espiritismo, simbólicamente, es Jesús que retorna al mundo, invitándonos al perfeccionamiento individual por medio del trabajo constructivo e incesante.

»Dentro de las leyes de la solidaridad, será justo aceptar el brazo amigo que se nos ofrece para superar la prueba angustiante, no obstante, es imprescindible no olvidar que cada uno de nosotros carga consigo problemas particulares y necesidades intransferibles.

»Desencarnados y encarnados, todos pisamos el extenso campo de experiencias y de pruebas que armonizan con los imperativos de nuestro crecimiento espiritual.

»Por eso no debemos atribuir a los médiums obligaciones que nos competen a nosotros con carácter exclusivo, y tampoco esperemos de la mediumnidad funciones milagrosas, ya que sólo a nosotros nos cabe el esfuerzo arduo de la propia ascensión con las pautas de las responsabilidades que el conocimiento superior nos impone.

»Frente a nuestras afirmaciones podréis tal vez preguntaros, conforme a los antiguos hábitos que caracterizan nuestra pereza mental en la Tierra:

»—Si el Espiritismo y la mediumnidad no solucionan nuestros enigmas de manera absoluta, ¿qué hacen ambos en el santuario religioso de la humanidad?

»Os responderemos, sin embargo, que en ellos volvemos a encontrar el pensamiento puro de Cristo ayudándonos a comprender con un más amplio discernimiento de la realidad. En ellos recogemos informes exactos referentes a la ley de las compensaciones, explicando los aflictivos problemas del ser, del destino y del dolor y dejándonos percibir, de algún modo, las infinitas dimensiones hacia las cuales estamos evolucionando. Y a ellos deberemos, por encima de todo, la luz para vencer los tenebrosos laberintos de la muerte a fin de que atesoremos, al final, las legítimas nociones de la conciencia cósmica.

»Alcanzadas semejantes fórmulas de raciocinio, os preguntaremos a nuestra vez:

»—¿Creéis que es poca cosa revelar lo excelso de la justicia? ¿Admitís que sea despreciable descubrir la vida con sus ilimitadas facetas de evolución y eternidad?

»Reverenciamos, pues, al Espiritismo y la mediumnidad como dos altares vivos en el templo de la fe, por medio de los cuales

contemplaremos, desde muy alto, la esfera de las meditaciones propiamente terrestres, comprendiendo, por fin, que la gloria reservada al espíritu humano es sublime e infinita en el Reino Divino del Universo».

La comunicación psicográfica trató otros asuntos y, luego de terminar su lectura, se pronunció una breve oración de agradecimiento. Y mientras los asistentes reanudaban la conversación libremente, Hilario y yo, ante los conceptos vertidos y oídos, iniciamos, por unos instantes, una profunda introversión a efectos de meditar y aprender mejor la lección.

19. DOMINIO TELEPÁTICO

Nos disponíamos a despedirnos, cuando una simpática señora desencarnada se acercó a nosotros, saludando al asistente con una respetuosa afectividad.

Áulus se encargó de la presentación.

—Es la hermana Teonilia, una de nuestras diligentes compañeras en el trabajo asistencial.

La nueva amiga nos devolvió los saludos con gentileza y explicó a nuestro orientador el objetivo que la llevaba.

Contó, entonces, que Anesia, devota compañera de la institución en la que nos encontrábamos, sorbía la hiel de una dura prueba.

Además de las preocupaciones naturales por la educación de sus tres hijitas y la asistencia imprescindible a su madre enferma, en vísperas de desencarnar, padecía una tremenda lucha íntima, ya que Jovino, su esposo, estaba viviendo bajo la extraña fascinación de otra mujer. Faltaba negligentemente a sus obligaciones con el núcleo hogareño. Parecía completamente desinteresado de su compañera y de sus hijas. Había vuelto a las locuras y extravagancias de la primera juventud, como si nunca se hubiera hecho cargo de la misión de padre.

Día y noche era dominado por los pensamientos de la nueva mujer que le tenía atrapado con el artificio de sus mentirosos encantos.

En casa, en las actividades de su profesión, en la vía pública, era ella, siempre ella la que se adueñaba de su mente falta de brújula.

Se transformaba el desdichado en un auténtico obsesionado que estaba bajo la constante acción de la criatura que anesthesiaba su sentido de responsabilidad.

¿No podría Áulus interferir?

¿No sería justo alejar semejante influencia como se extirpa una llaga mediante una operación?

El asistente la escuchó con calma, y luego dijo concisamente:

–Conozco a Anesia y estimo que es una hermana admirable. Hace meses que no dispongo de una oportunidad para poder visitarle como lo estoy deseando. Efectuaremos el apoyo fraterno, pero no será conveniente tomar medidas drásticas sin una observación del caso en sí. Sabemos que la obsesión entre desencarnados o encarnados, bajo cualquier prisma en que se muestre, es una enfermedad mental que reclama, a veces, un tratamiento por largo tiempo. ¿Quién sabe si el pobre Jovino no se encontrará en la condición de un pájaro hipnotizado, a pesar de su apariencia física grande y robusta?

–Por lo que puedo percibir –agregó la interlocutora– veo sólo a un hombre empeñado en un trabajo digno, amenazado por una perversa mujer...

–¡Oh, no! –interrumpió nuestro instructor, condescendiente– no la califique con semejante adjetivo. Por encima de todo, es imperioso considerarla como una desdichada hermana.

–Sí, sí.. conforme –exclamó Teonilia rectificando. De cualquier modo, le ruego su caritativa intercesión. Anesia ha sido una colaboradora providencial en nuestra tarea. No me sentiría satisfecha cruzándome de brazos...

–Haremos todo lo posible, pero es imprescindible analizar el pasado para sacar conclusiones acerca de las raíces del lazo indebido al que nos referimos.

E imprimiendo una grave tonalidad a su voz, el asistente anunció:

–¿Estará volviendo Jovino a sus inclinaciones del pasado? ¿No será una prueba que nuestro amigo ha grabado en su propia conciencia con finalidad redentora, a la que no sabe ahora cómo resistir?

Teonilia esbozó un gesto de humildad silenciosa, mientras Áulus concluía, acariciándole los hombros:

–Tengamos optimismo, y confianza. Mañana, al anochecer, cuenten conmigo en el hogar de Anesia. Observaremos y estudiaremos de cerca lo que nos corresponda hacer.

Nuestra amiga expresó su agradecimiento y se despidió sonriente.

A solas con nosotros, mientras regresábamos a nuestro templo de trabajo y de estudio, Áulus hizo resaltar nuestra oportunidad de proseguir observando. El asunto se vinculaba con el problema de la influencia recíproca entre los espíritus, por lo que tendríamos ocasión de examinar fenómenos mediúmnicos importantes en la esfera de las experiencias comunes a muchos.

Efectivamente, en el momento convenido nos reunimos al día siguiente para la tarea programada.

Llegamos al lugar de destino al anochecer.

Teonilia nos aguardaba en la puerta de un domicilio que era confortable, sin ser lujoso.

Un pequeño rosal a la entrada indicaba, sin palabras, los bellos sentimientos de sus moradores.

Guiados por nuestra amiga, entramos en el interior de la casa. La familia estaba cenando.

Una señora joven servía con delicadas atenciones a un caballero maduro y bien puesto, a cuyo lado estaban las tres hijitas, de las cuales, la más joven revelaba la gracia primaveral de los catorce o quince años.

La explicación de la víspera nos evitaba nuevos informes. Áulus, entretanto, aclaró con minuciosidad:

–Anesia y Jovino están aquí con sus hijas Marcina, Marta y Marcia.

La conversación familiar se desarrollaba afectuosa, pero el dueño de casa parecía carecer de naturalidad. Las dulces observaciones de las hijas no lograban arrancarle la más leve sonrisa. Con todo, cuanto más se empeñaba el padre en mostrarse hosco, más tierna y contenta se manifestaba la madre, incentivando la conversación de las dos hijas mayores que comentaban hechos divertidos que habían pasado en la juguetería en la que trabajaban.

Al terminar de cenar, la señora se dirigió a la más joven y le recomendó con cariño:

–Marcia, hija mía, vuelve a casa de la abuela y espérame. Nuestra enferma no debe quedar sola.

La pequeña obedeció de buen grado, y luego, después de algunos instantes, Marcina y Marta se retiraron al cuarto contiguo, en el que continuaron una conversación más íntima.

Doña Anesia se puso a limpiar el aparador y la cocina, trabajando en silencio, mientras el marido se acomodaba en un sillón, devorando los diarios vespertinos. Observando que el esposo se levantaba nuevamente para salir, le dirigió una mirada inquieta, preguntándole delicadamente:

–¿Podemos esperarte hoy?

–¿Hoy? ¿hoy? –dijo el esposo sin mirarla.

Y el diálogo prosiguió animadamente.

–Sí; un poco más tarde haremos nuestras oraciones todos juntos...

–¿Oraciones, para qué?

–Sinceramente, Jovino, creo en el poder de la oración y estoy segura que nunca necesitamos tanto como ahora usarla en favor de nuestra tranquilidad hogareña.

–No estoy de acuerdo con tu opinión.

Y sarcástico, mostrando una extraña sonrisa, continuó:

–No dispongo de tiempo para ajustarme a tus tabúes. Tengo compromisos improporables. Trataré con unos amigos un excelente negocio.

En ese instante, sin embargo, una sorprendente imagen de mujer surgió delante de sus ojos, como si estuviera proyectada sobre él en la distancia, apareciendo y desapareciendo intermitentemente.

Jovino se mostró de inmediato más distraído, más enfadado. Miraba ahora a su esposa con una indiferencia irónica, evidenciando una profunda dureza espiritual.

Intrigados por la escena que se desarrollaba a nuestra vista, oímos a Anesia que, inspirada por Teonilia, decía casi suplicante:

–Jovino, ¿no estás de acuerdo en que estamos más alejados el uno del otro cuando necesitamos estar más unidos?

–¡Vamos, vamos, déjate de sentimentalismos, de toda afectación ridícula! ¡Tu preocupación estaría justificada hace veinte años, cuando no éramos sino dos tontos colegiales!

–¡No, no está bien esto!... ¡Nuestro hogar y nuestras hijitas me inquietan!...

–Por mi parte, no veo la necesidad de torturarme. Creo que la casa está bien provista y no me estoy durmiendo respecto a nuestros intereses familiares. Mis negocios están marchando. Necesito dinero y por tal razón no puedo perder mi tiempo en cosas de beatas cuyas peticiones son dirigidas a un Dios que, sin duda debe estar muy satisfecho de vivir en el cielo sin acordarse para nada de este mundo...

Anesia se disponía a contestar pero la actitud del marido era tan flagrantemente escarnecedora que por ello juzgó más oportuno callar.

El jefe de familia, después de acomodar el nudo de su corbata vivamente colorida cerró la puerta ruidosamente sobre sus pasos y se retiró.

Su compañera, humillada llorando silenciosamente se dejó caer sobre un viejo sillón y comenzó a pensar sin articular palabra:

–¡Negocios, negocios!... ¡Cuánta mentira sobre mentira! ¡Otra mujer, eso sí!... ¡Mujer sin corazón que no ve nuestros problemas!... ¡deudas trabajos esfuerzos agotadores! ¡Nuestra casa hipotecada, nuestra viejita a punto de morir!... ¡Nuestras hijas obligadas a luchar demasiado pronto por la propia subsistencia!

Mientras tales reflexiones de la esposa nos llegaban a nosotros, irradiándose por la estrecha sala, vimos de nuevo la misma figura de mujer que surgiera frente a Jovino, apareciendo en reiteradas oportunidades alrededor de la esposa triste, como si quisiera fustigar su corazón con invisibles estiletos de angustia, motivo por el que Anesia acusaba ahora un indefinible malestar.

No veía con los ojos a la extraña e indeseable visita, pero presentía su presencia bajo la forma de una insoportable tribulación mental. Inesperadamente cambió su estado de meditación pacífica por el de turbulentos pensamientos.

–¡Me acuerdo de ella, si –reflexionaba ahora con desesperación– la conozco, es una mujer loca y perversa!... Hace mucho tiempo que es causa de perturbación en nuestra casa, Jovino cambió... Nos abandona poco a poco. Parece hasta detestar la oración!... ¡Ah, qué horrible criatura una adversaria semejante que se inmiscuye en nuestra existencia a la manera de una víbora traicionera! Si yo pudiese la aplastaría debajo de mis pies, pero hoy tengo una fe religiosa que protege mi corazón de la violencia...

Mientras que Anesia monologaba íntimamente en tono de

animosidad, la imagen proyectada a la distancia se acercaba a ella con mayor intensidad, como hasta materializarse en el ambiente, a efectos de infundirle un mayor malestar.

La mujer que ejercía un fascinante dominio sobre Jovino estaba allí, ahora, visiblemente corporificada ante nuestra mirada.

Y ambas, asumiendo la posición de enemigas declaradas, comenzaron una contienda mental.

Recuerdos amargos, palabras duras, acusaciones recíprocas.

La esposa atormentada empezó a sentir desagradables sensaciones orgánicas.

La sangre le afluía abundantemente a su cabeza, imponiéndole una dolorosa tensión cerebral.

Cuanto más aumentaban sus pensamientos de rebelión y amargura, más crecía su desequilibrio físico.

Teonilia le acarició con gran afecto e informó a nuestro orientador:

—Hace muchas semanas que se repite diariamente este altercado. Temo por la salud de nuestra compañera.

Áulus se dispuso a aplicarle los recursos magnéticos de alivio, con los que las manifestaciones extrañas fueron disminuyendo hasta que cesaron completamente.

Efectuando el tratamiento de Anesia y comprobando nuestra curiosidad, el asistente aclaró:

—Jovino es víctima de una fuerte dominación telepática a la que se rindió con facilidad, y considerando que marido y mujer viven bajo la influencia mutua, los sucesos que nuestro amigo está sufriendo afectan también a Anesia, alcanzándole de un modo lastimoso, ya que la pobrecita no sabe protegerse con los beneficios del perdón incondicional.

Hilario, intrigado, preguntó:

—¿Estamos, sin embargo, ante un fenómeno común?

—Sí, muy generalizado. Es la influencia que ejercen las almas encarnadas entre sí, la cual, a veces, alcanza las características de una peligrosa obsesión. Millones de hogares pueden ser comparados a trincheras de lucha en las que los pensamientos guerrearán con los pensamientos, asumiendo las más variadas formas de angustia, y repulsión.

—¿Y podríamos encuadrar este problema en los mismos dominios de la mediumnidad?

—Perfectamente, debiendo añadir que el fenómeno opera en el campo de la sintonía. Muchos procesos de alienación mental tienen ahí sus orígenes. Muchas veces dentro del mismo hogar, familia o institución, adversarios implacables del pasado vuelven a ser convocados por la Esfera Superior a la reconciliación, mas raramente consiguen superar la aversión que sienten unos por los otros, y alimentan con pasión, en el fondo de sí mismos, los rayos tóxicos de la antipatía que, concentrados, se transforman en venenos magnéticos capaces de provocar la enfermedad y hasta la muerte. Para esto no es necesario que la persecución se exprese a través de contiendas visibles, bastan las vibraciones silenciosas de crueldad y despecho, odio y celos, violencia y desesperación, las cuales, alimentadas por ambas partes, constituyen corrosivos destructores.

Después de una breve pausa, el asistente continuó:

—El pensamiento se exterioriza y se proyecta bajo la forma de imágenes y sugerencias que se envían sobre los objetivos que se propone alcanzar. Cuando es bueno y edificante, y conforme a las leyes que nos rigen, crea armonía y felicidad, pero cuando es malsano y deprimente, produce dolor y ruina. La química mental actúa en la misma base de todas las transformaciones, y evolucionamos en profunda comunión telepática con todos aquellos encarnados o desencarnados que tienen afinidad con nosotros.

—¿Y cómo solucionar el problema de la antipatía que alguien pueda tener por nosotros? —indagó mi compañero con sumo interés.

Áulus se sonrió, respondiendo:

—La mejor manera de extinguir el fuego es quitándole el combustible que lo aviva. La fraternidad viviente será siempre el remedio eficaz para las perturbaciones de esta naturaleza. Por eso Cristo nos aconsejaba el amor a nuestros adversarios, el auxilio a los que nos persiguen y la oración por los que nos calumnian como actitudes indispensables para lograr la garantía de nuestra paz y de nuestra victoria.

En ese preciso instante Anesia consultó el reloj, y se levantó. Eran las veinte horas.

Había llegado el momento de sus habituales oraciones junto a su

madre enferma, y hasta allí le acompañamos con el fin de sumarnos a orar nosotros también.

20. MEDIUMNIDAD Y ORACIÓN

En un reducido aposento, una señora que aparentaba unos setenta años de edad acusaba una dolorosa disnea.

La pequeña Marcia agitaba un abanico improvisado con el que le proporcionaba aire fresco.

También allí, al lado de la enferma, una entidad de aspecto desagradable mostraba una extraña máscara de perturbación y sufrimiento que, por su ligazón con ella, agravaba sus tormentos físicos.

Se trataba de un hombre desencarnado que manifestaba en su mirada los signos evidentes de un alienado mental.

Mientras Anesia se acomodaba cerca de la paciente con una entrañable ternura procurando olvidarse de sí misma para ayudarla, Áulus nos informó con amabilidad:

–Vemos aquí a nuestra hermana Elisa pasando un avanzado proceso liberatorio... Vive las últimas horas en el cuerpo carnal...

–¿Y este hombre de triste aspecto que está a su cabecera? –preguntó Hilario indicando a la entidad, para la que pasamos desapercibidos.

–Este es un infortunado hijo de nuestra venerada amiga que hace ya muchos años se alejó de la vida física. Tuvo la infelicidad de caer en el vicio de la embriaguez, siendo asesinado en el curso de una noche en que dio expansión a sus excesos alcohólicos. La madre, sin embargo, lo recuerda como a un héroe, evocándole incesantemente, por lo que retiene al infeliz al pie de su propio lecho.

–Ahora bien, pero ¿por qué?

El asistente modificó el tono de su voz y nos recomendó serenidad. Analizaríamos el caso en el momento oportuno. El problema de Anesia requería colaboración inmediata.

Realmente, la pobre señora, de aspecto fatigado, acariciaba a la enferma con palabras de amor, mas doña Elisa parecía indiferente, distante...

Anesia estalló en sollozos.

–¿Por qué llorar, madre? Abuela no está peor...

La voz suave de Marcia se oyó en la habitación con una modulación de inefable cariño.

La joven, que ni remotamente podía percibir la tortura de su progenitora, le abrazó invitándole a orar unidas.

Doña Anesia requirió la presencia de sus hijas mayores, pero Marcia y Marta alegaron que el cumpleaños de una compañera de trabajo las obligaba a salir por algunos minutos.

La dueña de casa se sentó cerca de la enferma, y acompañada con atención por la hijita, pronunció una sentida oración.

A medida que oraba, una profunda modificación se operaba en su mundo interior. Los dardos de tristeza que laceraban su alma desaparecieron ante los rayos de suave luz que se exteriorizaban de su corazón. Desde ese instante, tal como si se hubiera encendido una lámpara en plena oscuridad, varios desencarnados en sufrimiento penetraron en el cuarto, aproximándose a ella a la manera de enfermos solicitando medicación.

Ninguno de ellos notaba nuestra presencia, y ante nuestro gesto de curiosidad Áulus nos aclaró:

–Son compañeros que aún guardan en su mente el tenor vibratorio idéntico al de la existencia corporal. En la fase en la cual se encuentran mejoran más rápidamente con el auxilio de los encarnados, pues sus impresiones son las mismas. Cuantos se hallan en semejante estado, dentro del radio de acción de las oraciones de nuestra amiga, reciben los efluvios de espiritualidad que emanan del servicio de esta índole, y cuántos son sensibles al bien o sedientos de su renovación interior se apresuran a responder a la llamada de elevación que les llega, adhiriéndose a la oración, por cuyo sublime poder recogieron esclarecimiento y consuelo, amparo y beneficio.

—¡Cuánto valor en un insignificante acto de fe!...

El asistente acarició la frente inquieta de Hilado, y convino:

—En efecto, el hombre terrestre creó enormes dificultades en su camino, pero la muerte le obliga a volver a los principios de la sencillez para la regeneración de su propia vida.

En ese momento, Anesia abrió el precioso libro de meditaciones evangélicas, creyendo abrirle al azar, mas el tema, en verdad, fue escogido por Teonilia que vigilaba, bondadosa, todos sus movimientos.

Con sorpresa, la dueña de casa notó que el texto se relacionaba con la necesidad del trabajo y del perdón.

Dócil, correspondiendo a la influencia de la mentora espiritual, la esposa de Jovino comenzó a hablar sabiamente acerca de las necesidades del servicio y de la tolerancia constructiva en favor de la edificación sólida del bien.

Su voz, fluida y suave, transmitía sin que ella misma lo percibiera el pensamiento de Teonilia, quien, con ello, trataba de socorrer a su corazón atormentado.

Al hacer una pausa más extensa, Marcia le dijo:

—¡Continúe, madre, continúe!... Tengo la extraña idea de que nos encontramos frente a una enorme multitud...

Y sin reflexionar en que estaba predicando para ella misma más que para los demás, Anesia agregó:

—Sí, hija mía, estamos solas porque la abuela, fatigada, no nos oye. Sin embargo, sólo en apariencia, puesto que muchos hermanos desencarnados están aquí, con seguridad, junto a nosotras, y nos acompañan en nuestro culto de oración.

Y prosiguió con los comentarios que, efectivamente, encendían un nuevo ánimo en las almas presentes, ávidas de luz y sedientas de paz y reforma moral.

Terminada la tarea, Marcia se despidió de su madre con un beso, ya que debía irse a la cama para al día siguiente acudir al colegio.

Después de dar afectuosas recomendaciones a la jovencita, Anesia se vio a solas con su madre semi-inconsciente.

Acarició su cara apegaminada y pálida, acomodó su cabeza sudorosa en las almohadas y se puso a su lado, como si buscara pensar,

pensar...

Áulus hizo un gesto significativo a Teonilia y exclamó:

–Este es el momento exacto.

Cuidadosamente comenzaron ambos a aplicarle pases en la cabeza, concentrando energía magnética a lo largo de las células corticales.

Anesia se sintió presa de una suave hipnosis a la que no se opuso y que atribuyó a su gran cansancio.

Después de breves instantes abandonaba el cuerpo físico que yacía dominado por el sueño, viniendo a nuestro encuentro mediante un desdoblamiento casi natural.

Sin embargo, no se manifestaba lo suficientemente consciente en nuestro plano, como hubiera sido de desear.

Centralizado su afecto en el marido, Jovino constituía para ella una preocupación pertinaz. Reconoció a Teonilia y Áulus como sus benefactores y nos dirigió una significativa mirada de simpatía, aun cuando se mostraba como aturdida y preocupada... Quería ver al esposo, oír al esposo...

El asistente decidió satisfacerla.

Amparada por los brazos de su admirable amiga tomó la dirección que le pareció acertada, como quien poseyera el conocimiento necesario para hallar a su marido.

Áulus nos explicó que las almas, cuando están ligadas entre sí, viven unidas las unas a las otras por lazos magnéticos con los que superan obstáculos y distancias.

En un amplio salón de un club nocturno sorprendimos a Jovino y a la mujer que conocimos en los fenómenos telepáticos, con un grupo alegre de gente y con expresiones de profunda intimidad afectiva.

Rodeando al conjunto había diversas entidades, desconocidas por nosotros, que formaban un círculo vicioso de vampiros para quienes pasamos desapercibidos.

Sostenían con animación un diálogo poco edificante.

Al encontrar al compañero en la situación en que se hallaba, Anesia lanzó un doloroso grito y se echó a llorar.

Seguida por nosotros, retrocedió herida de dolor y de asombro, y tan pronto como nos vimos en la vía pública acariciados por el suave aire

de la noche, el asistente la abrazó paternalmente.

Notándole más dueña de sí misma, pese a que el sufrimiento transfigurara su rostro, le habló con extremado cariño:

–Hermana mía, recupérese. Usted oró pidiendo asistencia espiritual, y aquí estamos, trayéndole solidaridad. ¡Reanímese! ¡No pierda la esperanza!...

–¿Esperanza? –clamó la pobre criatura, bañada su cara por las lágrimas. Fui traicionada, miserablemente traicionada...

Y la conversación entre los dos prosiguió en un tono conmovedor y expresivo.

–¿Traicionada por quién?

–Por mi esposo, que faltó a los compromisos del matrimonio...

–Pero, ¿usted cree, por ventura, que el casamiento sea una simple excursión placentera en la Tierra? ¿Usted supone que el matrimonio terrestre puede ser sólo una música de ilusión que se debe eternizar en el tiempo? Amiga mía, el hogar es una escuela en la que las almas se re aproximan para realizar el esfuerzo de su propia regeneración, con vista al perfeccionamiento que será nuestra adquisición en el futuro. ¿Usted ignora que en los establecimientos educativos hay profesores y alumnos? ¿No sabe que los mejores deben ayudar a los que marchan atrás?

La interlocutora llamada a recapacitar, interrumpió sus lamentos. Aun así, después de mirar a nuestro orientador con entrañable confianza, alegó con tristeza:

–Pero, Jovino...

Áulus, sin embargo, le cortó la frase, agregando:

–¿Olvida usted que su esposo precisa mucho más ahora de su entendimiento y cariño? No siempre la mujer deberá ver en el compañero al hombre amado con ternura, y sí a un hijo espiritual necesitado de comprensión y sacrificio para erguirle, igualmente, no siempre el hombre podrá contemplar en la esposa a la flor de sus primeros sueños, pero sí a una hija de su corazón que le exige de su tolerancia y bondad, a fin de llevarla de las tinieblas hacia la luz. Anesia, el amor no es sólo la felicidad rosada y dulce del sexo armoniosamente correspondido. Es una luz que brilla más alto

inspirando el valor de la renuncia y del perdón incondicionales en favor del ser o de los seres que amamos. Jovino es una planta, que el Señor le confió a sus manos de jardinería, Es comprensible que la planta sea atacada por los parásitos o por los gusanos de la muerte, sin embargo, no hay motivo a temer si la jardinera está atenta y vigilante...

Al llegar a este punto de las bellas palabras pronunciadas por el instructor, la madre de Marcia se volvió hacia él, a la manera de una enferma agarrándose del médico diciéndole con tono suplicante:

—Sí, sí... Lo reconozco... Mientras, no me deje sola... Me siento atribulada. ¿Qué hacer con la mujer que le domina? En ella veo la perturbación y la amargura de nuestra casa... Se asemeja a un espíritu diabólico, fascinándole y destruyéndole...

—¡No se refiera a ella así, con palabras tan duras! ¡Es también nuestra hermana, víctima de lastimosos engaños!...

—Pero ¿cómo aceptarla? Percibo su influencia maligna... Parece una serpiente invisible que trae consigo pavorosos monstruos a nuestro lado... Nuestro templo hogareño por ella se transformó en un infierno en el que no nos entendemos más... Todo es ahora fracaso, desarmonía e inseguridad... ¿Qué hacer con semejante criatura?

—¡Debemos compadecernos de ella! Terrible será su despertar.

—¿Compasión?

—Y ¿qué otra mejor represalia que esa?

—¿No sería más justo que comenzara a reparar sus propios errores? ¿No sería más seguro relegarla en el lugar oscuro que se merece?

Áulus, sin embargo, le tomó su diestra, inquieta, y prosiguió:

—Abstengámonos de juzgar. Conforme a la lección del Maestro, el amor debe ser la única actitud para con nuestros adversarios. La venganza, Anesia, es el alma de la magia negra. Mal por mal significa el eclipse absoluto de la razón. Y bajo el imperio de las tinieblas, ¿qué podremos aguardar sino la ceguera y la muerte? Por más doloroso que sea para usted el recuerdo de esta mujer, recuérdela en sus oraciones y en sus meditaciones como a una hermana necesitada de nuestra asistencia fraterna. Todavía no hemos adquirido la memoria integral de nuestro pasado y no sabemos qué nos ocurrirá en el futuro... ¿Quién habrá sido ella en el pasado? ¿Alguien que hemos ayudado o herido? ¿Qué será de nosotros en el porvenir? ¿Nuestra madre o nuestra hija?

¡No condene! El odio es como el fuego, que todo lo consume, pero el amor sabe la manera de apagar el fuego y reconstruir. Según la Ley, el bien neutraliza al mal, el que se transforma, por fin, en un servidor del propio bien. Aunque todo parezca conspirar contra su propia felicidad, ame y ayude siempre, porque el tiempo se encargará de disipar las tinieblas que nos rodean, en la medida que aumente su mérito moral.

Anesia, asemejándose a una criatura resignada, puso en el benefactor sus ojos limpios como prometiéndole obediencia, y él acariciándole, le recomendó:

–Vuelva a su hogar y emplee la humildad y el perdón, el trabajo y la oración, la bondad y el silencio. Su madre enferma y sus hijitas reclaman su amor puro, tanto como nuestro Jovino, quien volverá con más experiencia al refugio de su corazón.

Anesia levantó la cabeza, mirando el firmamento inundado de luz, pronunciando luego una oración de alabanza, para en seguida retornar a su casa.

La vimos despertar en el cuerpo carnal con el alma casi feliz...

Enjugó las lágrimas que bañaban su rostro e intentó ansiosamente recordar, punto por punto, la entrevista que tuviera con nosotros.

En verdad, no consiguió nada más que fragmentarias reminiscencias, mas se encontró reconfortada, sin rebeldía y sin amargura, como si manos intangibles hubiesen lavado su mente, confiándole una comprensión más clara de la vida.

Recordó a Jovino y a la mujer que lo fascinaba con compasión, reconociendo en ellos a personas que le solicitaban tolerancia y piedad.

Un profundo entendimiento brotaba ahora de su espíritu. La comprensión de la hermana había logrado superar el desequilibrio de la mujer.

Y pensaba: ¿De qué me serviría la rebeldía o el desánimo frente a la obligación de defender mi hogar? Haciendo justicia con sus propias manos, ¿no perjudicaría a aquellos que son la riqueza de su corazón? En cualquier parte, el escándalo es la ruina de la felicidad... ¿No debía dar gracias a Dios por sentirse en la condición de esposa digna? Sí, seguramente, la pobre criatura que perturbaba a su marido no había despertado en su interior la responsabilidad y el discernimiento. Necesitaba, pues, compasión y amparo en lugar de crítica y aspereza...

Consolada y satisfecha, preparó las medicinas de su madre. Hilario, admirado, exaltó los méritos de la oración, por lo que Áulus agregó:

–En todos los procesos de nuestro intercambio con los encarnados, desde la mediumnidad torturada hasta la mediumnidad gloriosa, la oración es como una luz bendita que asimila corrientes superiores de fuerza mental que nos auxilian en la redención tanto como en la ascensión.

Señalando a la dueña de casa, ahora en servicio en el aposento, mi colega observó:

–Vemos, entonces, en nuestra amiga, una preciosa mediumnidad en proceso de desarrollo...

–Tal como sucede a millones de personas –dijo el orientador– ella posee recursos mediúmnicos apreciables que pueden ser utilizados tanto para el bien como para el mal, correspondiéndole ahora la obligación de construir dentro de sí misma la fortaleza de conocimiento y vigilancia, en la cual pueda disfrutar, en pensamiento, las compañías espirituales que más le convienen para su felicidad.

–Y por la oración busca solucionar los enigmas que flagelan su existencia...

Áulus aclaró sonriente:

–Encontramos aquí una preciosa enseñanza acerca de la oración... Anesia, al ejercerla, no consiguió modificar los hechos en sí, pero logró modificarse a sí misma. Las dificultades actuales no se alteraron. Jovino sigue en peligro, la casa sigue amenazada en sus fundamentos morales, la anciana enferma se acerca a la muerte, entretanto, nuestra hermana recogió un expresivo coeficiente de energías que le hacen aceptar las pruebas que tiene que pasar, tratando de vencerlas con paciencia y valor. Y un espíritu transformado, naturalmente, transforma las situaciones.

El asistente interrumpió sus aclaraciones y nos recordó que era ya la hora del regreso.

A petición de Teonilia examinó a la enferma, manifestando que la desencarnación de doña Elisa estaba próxima.

Exterioricé mi deseo de observar su campo orgánico, pero el instructor nos recordó la hora avanzada, prometiéndonos volver con nosotros en tarea de asistencia a la anciana, la noche siguiente.

21. MEDIUMNIDAD EN EL LECHO DE MUERTE

A la noche siguiente volvimos al hogar de Anesia con la finalidad especial de socorrer a su madre enferma.

Doña Elisa había empeorado.

La encontramos agitada, pronta a desligarse del cuerpo físico.

El médico de la familia examinaba su cuadro orgánico, mostrando preocupación y desaliento.

El estetoscopio le hizo conocer el estado difícil de su corazón exhausto. Además de esto, la elevada cantidad de urea indicaba una intoxicación alarmante. Preveía el fin próximo de la escasa resistencia física, mientras que el delirio de la enferma lo desorientaba. Doña Elisa se vio presa de una extraña perturbación mental.

Sobreexcitada y afligida, manifestaba ser perseguida por un hombre que se proponía abatirla a tiros. Clamaba por su hijo que vivía desde hacía mucho tiempo en el mundo espiritual y decía ver serpientes y arañas al pie de su cama.

Pese al sudor propio de quien se acerca a la muerte, como de la extrema palidez que desfiguraba su máscara fisonómica, hacía un supremo esfuerzo por continuar hablando en voz alta.

El facultativo invitó a la dueña de casa a una conversación reservada, durante la cual le expuso sus pésimas impresiones.

La enferma debería proseguir con una medicación de emergencia

frente a la crisis, sin embargo, la noche sería fatal. La uremia avanzaba rápidamente, mientras que el corazón era un barco sin timón, por lo que un colapso podría sorprenderle de un momento a otro.

Anesia recibió las palabras del médico enjugándose las lágrimas que le brotaban de sus ojos.

Se despidió de él y se puso a orar, confiándose a la influencia de Teonilia, la que seguía sus pasos cual si fuera su numen protector. Sin conseguir explicarse a sí misma la serenidad balsámica que se adueñó paulatinamente de su alma, se serenó entre la fe y la paciencia, con la certeza de que no le faltaría el amparo del Plano Superior. Lejos de percibir la ternura de que era objeto por parte de su devota amiga, recibía sus expresiones reconfortantes en forma de sublimes pensamientos de esperanza y de paz.

Se detuvo en la contemplación de la anciana que pedía socorro con voz quejosa y se fijó en sus ojos desmedidamente abiertos, sin expresión...

Una profunda piedad embargó emotivamente a su gran afecto filial.

—Madre —dijo afectuosa— ¿se siente ahora mejor?

La interpelada le tomó las manos, como si fuera una criatura temerosa, y susurró:

—Hija mía, no estoy mejor, porque el asesino me acecha... No sé cómo escapar... estoy igualmente cercada por arañas enormes... ¿qué hacer para salvarme?

Y en seguida, elevando el tono de su voz, gritó con quejumbrosa inflexión:

—¡Ay, las serpientes!... ¡las serpientes!... Me amenazan desde la puerta... ¿Qué será de mí?

Escondía su cara entre las manos descarnadas y en vano intentaba erguir su cuerpo, moviendo su cabeza trémula.

—Madre, ¡cálmese! —le rogaba su hija conmovida. Confiemos en la Providencia. Jesús es nuestro amigo vigilante. ¿Por qué no confiar en su protección? Usted va a recuperarse... Fíjese en esto con atención. Nuestra habitación está en paz...

La enferma se serenó algo, pero la desconfianza y el miedo se reflejaban en sus ojos, y luego, obligando a Anesia a inclinarse sobre ella, le dijo al oído como en secreto:

–Siento que nuestro Olimpo está con nosotros... Mi hijo bajó del cielo y vino a buscarme... no lo dudo... es mi hijo, sí... mi hijo...

La cariñosa hija dijo que no oía, comprendiendo, sin embargo, que la presencia del hermano no sería de desear, e invitó a su madre al servicio de la oración. ¿No sería mejor que se unieran ambas en oración, pidiendo el socorro celestia!?

Y mientras Anesia se convertía en intérprete de la asistencia de Teonilia, esforzándose por envolver a la viejita con fluidos sedantes, Áulus nos invitó a reparar en la comunión entre el hijo desencarnado y la pobre madre a punto de desencarnar.

Olimpo, el joven asesinado en otro tiempo, se prendía a ella a la manera de una planta parasitaria asfixiando a un arbusto raquíutico.

–Nuestra amiga –explicó el asistente con afecto– supone que su hijo es un genio guardián, cuando en realidad es un desdichado que se dejó dominar, aun después de perder su vehículo carnal, por el vicio de la embriaguez. Alcohólico impenitente, cayó ante el revólver de un compañero, tan desviado como él en una noche de locura. Desligado de su cuerpo físico y minado intensamente por el *delírium tremens*, no tuvo las fuerzas necesarias para mentalizar su recuperación y prosiguió en compañía de quienes le pueden proporcionar la prolongación de los excesos en los que se complace... Evocado, sin embargo, por el recuerdo de su madre, se acercó a este cuarto, en el que se encuentra confundido por los requerimientos de la hermana Elisa. Sucede que, al liberarse gradualmente del cuerpo físico, nuestra hermana transfiere el campo emotivo del ámbito de la carne a la esfera del espíritu, sufriendo compulsivamente el influjo pernicioso de la entidad que ella misma llamó junto a sí con la voluntad y el pensamiento. En la posición en que se colocan, ambos son, por la fuerza de las circunstancias, dos mentes sintonizadas en una misma tonalidad de impresiones, puesto que, debilitada como se encuentra, la enferma se somete fácilmente al dominio del joven, cuyo pavor y desequilibrio se confunden en su alma sumisa y afectuosa.

Analizando el fenómeno, pregunté si la asociación que presenciábamos podría ser comparada a la incorporación mediúmnica, tal como conocemos a ésta.

–Sin ninguna duda –confirmó el orientador. Elisa, atrayendo a su hijo durante el estado de pasividad profunda en que se halla por causa

de su desgaste nervioso natural y sin una experiencia que le otorgue discernimiento y defensa, asimila espontáneamente las corrientes mentales de aquél y su misma desarmonía interior. Estando en pleno proceso de desencarnar, refleja las reminiscencias del pasado y le acucian las terribles alucinaciones íntimas del infortunado hijo que, como toda víctima del alcoholismo crónico, padece las consecuencias de sus desmedidas libaciones del ayer.

–¡Cielos! –exclamó Hilario con compasión– ¿cómo abandonar a una ancianita enferma en una prueba de esta clase? ¿No será esto una tremenda injusticia?

–Estoy de acuerdo en que es lamentable el cuadro que examinamos –asintió el asistente– sin embargo, nadie elude las leyes que rigen nuestra vida. Elisa, con la presencia del hijo recibió aquello que ella buscó ardientemente. Ciertamente se presenta en la configuración pasajera de una anciana penetrando en la antecámara de la muerte, pero en realidad es un espíritu imperecedero y responsable manejando los valores mentales que se expresan y se conjugan según principios claros y definidos.

Y luego de una leve pausa, acentuó:

–Muchas veces pedimos lo que no conocemos, recogiendo lo que no deseamos. Al final, sin embargo, hay siempre ganancia, porque el Señor nos permite sacar, de cada situación y de cada problema, los preciosos valores de la experiencia.

Áulus no perdió tiempo en divagaciones.

Conversó reservadamente con Teonilia al respecto del servicio programado a favor de la enferma, y aceptando nuestra colaboración, apartó al joven, empleando para ello un gran caudal de potencial magnético.

Tan pronto como se alejó el desventurado Olimpio, notamos un curioso fenómeno. Doña Elisa, que hablaba singularmente animada, entró en una postración absoluta, como si hubiera sido maniatada.

Observando nuestra curiosidad, el orientador aclaró:

–La presencia del hijo desencarnado alimentaba su excitación mental, la cual incidía sobre su campo nervioso. Ahora sólo cuenta con sus propias energías.

La enferma emitió unos sonidos guturales y luego se calló

súbitamente.

En vano intentó Anesia arrancarle una palabra.

Doña Elisa, aunque viendo y oyendo, no logró articular ninguna frase. Trató inútilmente de mover los brazos, dado el dolor agudo que comenzó a sentir en el pecho, pero no tuvo fuerzas para tanto.

Áulus se dio prisa en administrarle pases calmantes, pero sin conseguir resultados satisfactorios.

—Es la contracción final de las coronarias —exclamó conmovido.

Elisa no resistirá. El miocardio ya no reacciona más a nuestro influjo magnético. El proceso anginoso llegó a su fin.

Noté que la agonizante deseaba conversar con la hija, no obstante el dolor incontenible que sentía en el tórax.

La lengua tampoco obedecía al mandato del habla.

Tuvo la noción de que le tocaba emprender el viaje hacia la tumba. Como si un relámpago rasgara su noche mental, en uno de esos raros minutos que valen siglos para el alma, volvió a ver rápidamente el pasado. Todas las escenas de la infancia, de la juventud y de la madurez reaparecieron inesperadamente en el templo de su memoria, como si la invitaran a un escrupuloso examen de conciencia.

La enferma no vaciló. Sus momentos en la carne estaban contados.

Incapaz de entenderse con su hija, deseó despedirse de su vieja hermana que residía a mucha distancia.

La vimos concentrar sus pensamientos en un supremo esfuerzo por satisfacer esta última aspiración...

Anesia, a su vez, bajo la influencia de Teonilia, percibió que su madre llegaba al término de su existencia terrestre, y abrazándole cariñosamente oraba presa de un llanto silencioso.

La agonizante la entendió, pero sólo derramó lágrimas conmovedoras como respuesta.

Deteniendo en su hija su mirar dolorido y ansioso, doña Elisa se proyectó por fin hacia nuestro medio, pero manteniéndose aún ligada al cuerpo físico por un cordón de sustancia plateada.

Mientras sus miembros se ponían más tiesos, un solo pensamiento predominaba en su espíritu: decir adiós a la última hermana consanguínea que le quedaba en la Tierra.

Envuelta en una onda de fuerzas nacida de su propia voluntad, se alejó ligeramente, desplazándose con rumbo a la ciudad en la que moraba su familiar.

Respondiendo a la orden de Áulus, la seguimos de cerca. Decenas de kilómetros fueron instantáneamente recorridos. En avanzada noche, nos colocamos junto a ella en un aposento mal alumbrado, en el que una venerable anciana dormía tranquila.

—¡Matilde! ¡Matilde!...

La recién llegada intentó despertarle, de prisa, pero todo fue en vano. Consciente de que no disponía sino de breves instantes, intentó algunos golpes en el lecho de la hermana, quien se despertó de improviso, entrando de inmediato en la esfera de la vida material.

Doña Elisa comenzó a hablarle, atormentada. Doña Matilde, sin embargo, no escuchaba sus palabras por los conductos auditivos del cuerpo carnal, mas sí por el cerebro, a través de las ondas mentales que, en forma de pensamientos, rondaban en el interior de su cabeza.

Volviendo a erguirse con inquietud, habló consigo misma:

—Elisa murió.

Señalándonos a las dos hermanas juntas, el asistente explicó:

—Tenemos aquí uno de los tipos habituales de comunicación en los casos de muerte. Por la persistencia con que se repiten, los científicos del mundo están obligados a examinarlos. Algunos atribuyen esos hechos a transmisiones de ondas telepáticas, al tiempo que otros ven en ellos los llamados “fenómenos de monición”. Esto, sin embargo, la doctrina del Espiritismo expresa la verdad pura y simple de la comunión directa entre las almas inmortales.

—Todas las personas, siempre que lo deseen —preguntó mi colega— ¿pueden realizar estas despedidas cuando parten de la Tierra?

—Sí, Hilario, usted dice bien cuando afirma “siempre que lo deseen”, porque semejantes comunicaciones en el instante de la muerte sólo se realizan por aquellos que concentran su fuerza mental en un propósito de esta especie.

Pero no disponíamos de tiempo para prolongar la conversación.

Doña Elisa, después de liberarse del anhelo que inquietaba en su interior, y como si su cuerpo distante reclamara su presencia, a la manera de lo que ocurre en un desdoblamiento común, volvió de

inmediato a su casa.

Siguiéndole de cerca, la notamos menos afligida, pero fatigada.

En el aposento familiar quiso recuperar su cuerpo físico, recurriendo a sus antiguos hábitos, como si la realidad fuera sólo una extraña pesadilla, pero fluctuó sobre el lecho, abatida y atormentada, y unida a los despojos por el tenue hilo al que nos hemos referido.

La recién desencarnada, con su alma oprimida, resistía al ansia de reposo que atormentaba a su pensamiento, manteniéndose indecisa y afligida y sin saber definir si estaba viva dentro de la muerte o muerta dentro de la vida.

Otros amigos espirituales penetraron en la habitación. Áulus consultó la hora y agregó:

–Volvamos. Nada más tenemos que hacer.

Hilario observó el cordón plateado que unía el cuerpo rígido con nuestra amiga recién liberada, y preguntó:

–¿No podremos colaborar en deshacer ese molesto cordón?

–No –explicó el orientador– éste tiene su función específica en el reequilibrio del alma. Muerte y nacimiento son operaciones de la vida eterna que requieren trabajo y paciencia. Además, hay compañeros especializados en el servicio de la liberación final. A ellos corresponde la realización de este trabajo.

Y acompañando al instructor nos retiramos del hogar de Anesia, en el que habíamos recogido preciosas lecciones.

22. EMERGER DEL PASADO

En compañía del asistente volvimos a la segunda reunión semanal del grupo presidido por el hermano Raúl Silva, hacia cuya organización nuestro orientador no ocultaba su simpatía y confianza.

El conjunto de trabajadores no se había alterado en su constitución característica.

La pequeña fila de los obsesionados, no obstante, presentaba modificaciones.

Dos señoras, seguidas por sus respectivos esposos y un caballero de aspecto fatigado, integraban el grupo de quienes recibirían asistencia.

Los médiums de la casa desempeñaron una caritativa tarea, prestando sus recursos mediúmnicos para la mejoría de varias entidades extraviadas en las tinieblas y en el sufrimiento y con la colaboración eficiente de doña Celina al frente del servicio.

Solucionados diversos problemas relacionados con el programa de la noche, fue cuando una de las señoras enfermas cayó en un llanto convulsivo, exclamando:

—¿Quién me socorre? ¿Quién me socorre?

Y comprimiendo su pecho con las manos, agregaba en tono conmovedor:

—¡Cobarde! ¿Por qué apuñalar así a una mujer indefensa? ¿Seré totalmente culpable? Mi sangre condenará su infeliz obra...

Raúl, con su serenidad habitual, se acercó a ella y la consoló con cariño:

–Hermana mía, el perdón es el remedio que recompone nuestra alma enferma... ¡No permita que la desesperación subyugue sus energías!... Recordar las ofensas es mantenerse en las tinieblas. Olvidemos el mal para que la luz del bien facilite nuestro camino...

–¿Olvidar? ¡Nunca!... ¿El señor sabe lo que es una hoja cortante enterrada en su carne? ¿Sabe lo que es una calamidad de hombre que nos exprime la existencia para arrojarnos en la miseria, complaciéndose después, de esto en derramar nuestra propia sangre?

–Sí, sí, nadie le niega el derecho a la justicia, según sus afirmaciones, pero ¿no sería más prudente aguardar el pronunciamiento de la Bondad Divina? ¿Quién de nosotros estará sin mancha?

–¿Esperar, esperar? ¡Hace tanto tiempo que no hago otra cosa! En vano procuro recobrar la alegría... Por más que me esfuerzo por romper con el pasado mi vida transcurre bajo la sombra de los recuerdos, como quien lleva en el pecho el sepulcro de los sueños muertos... Todo esto por el malvado que arruinó mi destino...

Y la pobre criatura prorrumpió en sollozos, mientras que un hombre desencarnado, no lejos de ella, la miraba con gran desaliento.

Perplejos, Hilario y yo dirigimos una mirada indagadora al asistente, quien percibió nuestra extrañeza ya que la enferma, aún sin estar presente la mujer invisible a la que parecía personificar, seguía en actitud dolorida y de sufrimiento.

–No veo a la entidad de la que es intérprete nuestra hermana –alegó Hilario con curiosidad.

–Sí –dije yo a mi vez– observo cerca de nosotros a un triste compañero desencarnado, pero si él estuviese telepáticamente ligado a nuestra amiga seguramente que el mensaje sería propio de un hombre y no con las características femeninas de lamento que registramos... En verdad, no notamos aquí ningún lazo magnético que nos induzca a distinguir fluidos teledinámicos sobre la mente de la médium...

Áulus acarició el rostro de la enferma, bañado por las lágrimas, y como si analizara su pensamiento explicó:

–Estamos frente al pasado de nuestra compañera. La pena y la aspereza, al igual que la personalidad supuestamente exótica que

muestra, todo procede de ella misma... Frente a la aproximación del antiguo enemigo, que todavía le persigue desde nuestro plano, revive la experiencia dolorosa que le ocurrió en una ciudad del Viejo Mundo, en el siglo pasado, con la cual entra en seguida a padecer una melancolía que no puede dominar.

La lucha recomenzó en la carne en la presente reencarnación, cuando se hallaba poseída de nuevas esperanzas, no obstante, tan pronto experimenta la visita espiritual del antiguo verdugo, que a ella se halla ligado por vigorosos lazos de amor y odio, se turba su vida mental, pues necesita una más amplia reeducación. Es un caso del cual es posible recoger valiosas enseñanzas.

–Esto quiere decir, entonces...

La frase de Hilario quedó sin completar, porque el instructor expresó su pensamiento, agregando:

–Esto quiere decir que nuestra hermana inmovilizó un gran coeficiente de fuerzas de su mundo emotivo referente a la experiencia que citamos, al punto que semejante cristalización mental ha superado el choque biológico del renacimiento en el cuerpo físico, prosiguiendo inalterable. Fijándose en ese recuerdo, cuando es instada desde cerca por el compañero que fue su irreflexivo verdugo, pasa a comportarse como si estuviese aún en el pasado, al que teme resucitar. Entonces, al referirse a su vida anterior, se da a conocer con una personalidad diferente.

Y sonriendo paternalmente, consideró:

–Sin duda, en tales momentos es alguien que vuelve del pasado para comunicarse con el presente, porque al influjo de los recuerdos penosos que le asaltan centraliza todos sus recuerdos mnemónicos sólo en el punto neurálgico en el que vició su pensamiento. Para el psiquiatra común es solamente una candidata a la insulino terapia o al electroshock, mientras que, para nosotros, es una enferma espiritual, una conciencia torturada que reclama amparo moral y cultural para su renovación íntima, única base sólida que le asegurará el bienestar definitivo.

La analicé con atención, y concluí:

–Mediúmnicamente hablando, tenemos aquí un proceso de auténtico animismo. Nuestra amiga supone encarnar una personalidad diferente,

cuando sólo exterioriza su propio mundo interior...

–¿Podríamos clasificar, entonces, este hecho, como un caso de mixtificación inconsciente? –interfirió Hilario con tono indagador.

Áulus meditó un minuto y ponderó:

–Muchos compañeros que están al servicio de implantar una nueva era bajo la égida del Espiritismo, vienen convirtiendo la teoría animista en una traba injustificable que les impide alcanzar preciosas oportunidades para la realización del bien; por ello no nos cabe adoptar como justas las palabras “mixtificación inconsciente o subconsciente” para calificar a este tipo de fenómeno. En realidad, la manifestación proviene de los propios sentimientos de nuestra amiga generados en su pasado, de los que extrae las impresiones deprimentes por las que se siente poseída para exteriorizarlas en el medio donde se encuentra. Y la pobrecita realiza esto casi en un estado de perfecta sonámbula, ya que se concentra totalmente en los recuerdos que hemos señalado como si reuniera todas las energías de la memoria en una simple herida y con entera despreocupación por las responsabilidades que la reencarnación actual le ha conferido. Nos hallamos, por este motivo, delante de una enferma mental que necesita de nuestro mayor cariño para recuperarse.

Para sanar su desasosiego, sin embargo, no bastan los diagnósticos complicados o las meras definiciones técnicas, sino sentir el calor fraterno de la asistencia amiga.

Nuestro orientador hizo una breve pausa, y a la vez que acariciaba a la enferma, y mientras Raúl Silva continuaba adoctrinándola y consolándola, nos dijo con bondad:

–Debe ser tratada con la misma atención que dispensamos a los comunicantes en estado de sufrimiento. Ella también es un espíritu inmortal que solicita nuestro apoyo y entendimiento para que se restablezca su armonía. La idea de mixtificación tal vez nos coloque en una actitud irrespetuosa ante su padecimiento moral. Por eso, en estas circunstancias es preciso armar el corazón con amor, a fin de que podamos auxiliar y comprender. Un adoctrinador sin tacto fraternal sólo agravará el problema, puesto que, con el pretexto de servir a la verdad, tal vez le impusiese un correctivo inoportuno en lugar del socorro providencial. Primero es preciso sacar el mal, para después fortalecer a la víctima a efectos que se sepa defender ella misma. Felizmente, nuestro Raúl asimila las corrientes espirituales del bien que

prevalecen aquí, mostrándose como un enfermero ideal para las situaciones de este orden.

Hilario, aleccionado como yo con las enseñanzas oídas, preguntó respetuoso:

–Incluso en este estado, ¿podemos considerarla una médium?

–¿Cómo no? Un instrumento defectuoso puede ser reparado y restituido al servicio. Naturalmente, ahora necesitan obrar la paciencia y la caridad para salvarla. Nuestra hermana debe ser oída en el estado en que se encuentra, como si fuera la desventurada mujer de otro tiempo, y como tal debe ser recibida por nosotros a fin que use el remedio moral que le brindamos y pueda desligarse por fin del pasado que la agobia... En esto no hay nada de contradictorio, puesto que indiscutiblemente esa mujer existe aún en ella misma. La personalidad antigua no fue lo suficientemente eclipsada por su incorporación en la materia densa, como sería de desear. Ella renació en la carne sin renovar el espíritu...

El asistente hizo un gesto como quien sumerge en su conciencia la sonda de sus reflexiones, y habló como si lo estuviera haciendo consigo mismo:

–¡Ella representa a millares de seres ante nuestros ojos!... ¡Cuántos mendigos arrastran en la Tierra el agujereado manto de la hidalguía efímera que les cubría antes! ¡Cuántos esclavos de la necesidad y del dolor traen consigo la vanidad y el orgullo de los poderosos señores que fueron en otras épocas!... ¡Cuántas almas son llevadas a la unión consanguínea y caminan de la cuna a la tumba transportando quistes invisibles de aversión y odio hacia sus propios familiares, quienes fueron sus rudos adversarios en existencias pretéritas!... Todos podemos caer en semejantes estados si no aprendemos a cultivar el olvido del mal y a marchar incesantemente con el bien...

A esta altura, Raúl Silva, en su condición de hábil psicólogo, invitó a la enferma al acto benefactor de la oración.

Le correspondía a ella suplicar al cielo para obtener la gracia del olvido. Cabíale borrar el pasado de su imaginación, a fin de conseguir la calma y encontrar la paz. Silva, singularmente conmovido, le invitó a repetir en compañía suya las frases sublimes de la oración dominical.

La pobre señora lo acompañó dócilmente.

Al término de la plegaria se mostraba más tranquila.

El servicial amigo, traduciendo la colaboración del mentor que le acompañaba solícitamente, le rogó tener en cuenta, por encima de todo, el imperativo de perdonar a los enemigos para la reconquista de la paz, tras lo cual la enferma, con su rostro en lágrimas, se desligó de las impresiones que le ataban a su pasado, volviendo a su estado normal.

Mientras Silva le aplicaba pases para reconfortarle, el asistente comentó:

–Es la única intervención asistencial que podemos ofrecerle.

Con esta terapéutica espiritual bien llevada mejorará poco a poco e irá retomando el dominio de sí misma, capacitándose para el desempeño de valiosas tareas mediúmnicas más tarde.

Hubiéramos deseado la posibilidad de continuar analizando el caso que teníamos ante la vista, pero otra señora enferma comenzó de improviso un trance agitado y era preciso seguir estudiando.

23. FASCINACIÓN

Se levantó la señora de mala manera, girando sobre sus talones como si un motor accionase sus nervios y cayendo, luego, en convulsiones que inspiraban piedad.

Yacía bajo el dominio de perversas entidades de las tinieblas, sufriendo más, sin embargo, por la acción de una de ellas que parecía interesada en poner fin a su existencia.

La infortunada señora, casi aullando, a semejanza de una loba herida, gritaba y se debatía en el piso de la sala bajo la mirada consternada de Raúl, que se hallaba suplicando en silencio a la bondad Divina.

Serpenteando en el suelo, adquiriría un aspecto animalesco, aún cuando permanecía bajo la guardia generosa de los protectores de la casa.

Empleando avanzados recursos magnéticos, Áulus y el hermano Clementino interfirieron en tan deplorable duelo, obligando al obsesor a desligarse en cierto modo de la enferma, la que continuó todavía dominada por él desde una cierta distancia.

Después de levantar a la enferma y auxiliarle a sentarse al lado del marido, nuestro instructor se apresuró a explicarnos:

–Es un complejo problema de fascinación. Nuestra hermana permanece controlada por un terrible hipnotizador desencarnado, quien a su vez es asistido por varios compañeros que se dejaron vencer por

los deseos de venganza. Con la fuerza y el odio con que se lanza sobre la infeliz, su objetivo es humillarle mediante la sugestión. Si no fuera por el apoyo fraterno que vino a buscar a este santuario de oración, trances como este terminan siendo víctimas totales de la licantropía deformante. Muchos espíritus pervertidos en el crimen abusan de los poderes de la inteligencia, haciendo pesar una crueldad felina sobre quienes aún están unidos con ellos por las deudas del pasado. A semejantes vampiros debemos muchos cuadros dolorosos de la patología mental en los manicomios, en los que numerosos pacientes, bajo una intensiva acción hipnótica, imitan las costumbres, las posiciones y actitudes de animales diversos.

Al tiempo que la enferma gemía de un extraño modo y era amparada por el esposo y por Raúl, quien se esmeraba en el auxilio, Hilario preguntó con cierto asombro:

—¿Es común tan doloroso fenómeno?

—Es corriente en los procesos expiatorios que cumplen los espíritus relacionados por su complicidad en la delincuencia, por lo que han caído en la esfera vibratoria de los malvados —explicó nuestro orientador mientras colaboraba en beneficio de la enferma, cuyo cerebro continuaba siendo gobernado por el tenaz perseguidor, al igual que un juguete por las manos de un niño.

—¿Y por qué no separar de una vez al verdugo de su víctima?

—¡Calma, Hilario! —expresó el asistente. Todavía no hemos examinado el caso en su estructura íntima. Toda obsesión está fundamentada sobre reciprocidad. Recordemos la enseñanza de nuestro Divino Maestro. No basta arrancar la cizaña. Es preciso saber hasta qué punto su raíz penetra profundamente en el suelo y se enreda con la del trigo, a efectos que no vayamos a extirpar a las dos. No hay dolor sin razón. Colaboremos pues, con la ley de solidaridad, pero ello sin querer anticiparnos a la justicia Divina.

Raúl, bajo el control del mentor de la casa, intentaba sosegar al agitado comunicante, recordándole las ventajas del perdón y persuadiéndole acerca de la conveniencia de la humildad y de la oración.

Angustiado, como no queriendo perder el hilo de la lección, mi colega se aproximó a nuestro orientador y alegó:

—Pero, para colaborar en bien de esos hermanos desesperados, ¿será

suficiente el socorro verbal?

–No les brindamos sólo nuestras palabras, pues por encima de todo les ofrecemos nuestro sentimiento. Toda frase articulada con amor es una proyección de nosotros mismos. Es por ello que, si no hay duda en cuanto a nuestra imposibilidad de ofrecerles la liberación inmediata; les estamos ofreciendo en cambio nuestra buena voluntad por medio del verbo nacido en nuestros corazones, igualmente necesitados de plena redención con el Cristo.

Y en tono significativo, Áulus agregó:

–Analizando el pasado, al cual estamos todos ligados con recuerdos amargos, nos vemos en la condición de enfermos en función de asistencia mutua. No sería lícito si tuviéramos la pretensión de pronunciar sentencias definitivas en pro o en contra de nadie, porque en la posición en que nos encontramos, todos poseemos cuentas mayores o menores que saldar.

Interrumpiendo la conversación, nuestro instructor se dedicó a calmar a la pareja, que continuaba en una desesperada contienda.

Por el cuidado fraterno que demostraba, la enferma y el perseguidor le merecían igual cariño.

Aplicó pases de desobstrucción a la garganta de la enferma, y en pocos instantes el verdugo empezó a hablar por medio de ella en una forma ininteligible, por lo que no logramos entender lo manifestado.

Mientras tanto, por la onda de pensamiento que caracterizaba a la manifestación, comprendimos que la ira desbordaba su ser.

Raúl Silva, a su vez, recogiendo impresiones idénticas, dio una dura inflexión a su voz y pronunció palabras con las que procuró serenarle, pero casi en vano.

Al ver a la enferma completamente transfigurada y mostrándonos una muda interrogación, Áulus se detuvo por algunos minutos a observar el cerebro del comunicante y el de la médium, como indagando en el mundo íntimo de ambos, para en seguida volver junto a nosotros.

Ante la profunda aprensión que expresaba su rostro, Hilario tomó la iniciativa inquiriendo con asombro:

–¿A qué causa se puede atribuir semejante conflicto?

–Intenté penetrar en el pasado a fin de saber algo –respondió el

orientador, entristecido. Las raíces de la desavenencia vienen de mucho tiempo atrás. Pese a nuestro deber de no relatar pormenores, que dan mayor amplitud al mal, puede decirse que este problema perdura ya desde hace algo más de un milenio. Nuestro desventurado hermano habla un antiguo dialecto de la vieja Toscana, donde satisfaciendo a la obsesionada de hoy se convirtió en un cruel estrangulador. Era legionario de Hugo, el poderoso duque de Provenza, en el siglo X... Por el estado que exterioriza, le martirizan terribles reminiscencias... Recuerda el saqueo del que participó en esa época a la que nos referimos, en la cual, para satisfacer a la mujer que no correspondía a su amor, cometió el crimen de aniquilar a sus propios padres... Tiene el corazón desbordante de hiel..

Como el asistente interrumpiera su exposición, mi colega, naturalmente tan interesado como yo en conocer mayores revelaciones, le pidió una más amplia incursión en el referido pasado, a lo que Áulus nos recomendó que serenásemos el deseo de indagar sobre tal cosa.

El volver a esos cuadros terroríficos abandonados por aquellas almas en sufrimiento, a nadie edificaría.

Eran dos corazones desesperados reunidos en el infierno que ellos mismos se construyeron interiormente. No conviene analizar el sepulcro de fuego y lodo en el que conviven en las tinieblas de la inferioridad.

Restableciendo la atención sobre el estudio que nos cabía hacer, recordé la cuestión del idioma.

Nos hallábamos en el Brasil y la hermana obsesionada pronunciaba frases en un dialecto muerto.

—¿Por qué motivo al recibir el pensamiento de la entidad a través de las ondas irrefrenables que registraba su cerebro, no lo transformaba en palabras del portugués corriente, tal como acontecía en numerosos procesos de comunicación mediúmnica que habíamos observado?

—Estamos en presencia de un caso de mediumnidad políglota o de xenoglosía —explicó el asistente. El filtro mediumnístico y la entidad que lo utiliza son tan afines que la pasividad del instrumento es absoluta bajo el imperio de la voluntad que lo dirige en forma casi total. El obsesor, por más extraño que ello parezca, yace enredado en los hábitos que regulaban su existencia de hace siglos, y al expresarse por la médium usa modos y frases que le fueron típicos.

–Esto –preguntó Hilario– ¿es atribuible a la mediumnidad propiamente dicha o a la sintonía que existe entre ellos?

–El problema es de sintonía –informó el asistente.

– Y si la enferma no hubiese compartido su experiencia terrestre como legítima asociada de su destino, ¿podría el comunicante expresarse en el dialecto con que lo hace?

–Positivamente, no –aclaró Áulus. En todos los casos de xenoglosía es preciso recordar que las fuerzas del pasado son traídas al presente. Los desencarnados, cuando producen fenómenos de este orden actúan, casi siempre, a través de impulsos automáticos sobre las energías de la subconsciencia, pero exclusivamente por intermedio de personalidades que les son afines a través del tiempo. Cuando un médium analfabeto se pone a escribir bajo el control de un amigo de nuestro plano, esto no quiere decir que el mensajero espiritual haya removido milagrosamente las piedras de la ignorancia. Demuestra simplemente que el psicógrafo trae consigo, de otras encarnaciones, el arte de la escritura ya conquistado y retenido en el archivo de la memoria, cuyos centros el compañero desencarnado consigue manejar.

Hilario hizo el gesto indagador del aprendiz e insistió:

–Podemos concluir, entonces, que si la enferma fuese solamente médium, sin ninguna relación con el pasado que ha vivido, la entidad no se manifestaría por ella con caracteres culturales diferentes a los que le son propios...

–Sí, sin ninguna duda –aprobó el instructor. En mediumnidad existe también el problema de la sintonía a través del tiempo...

Y acentuó:

–El hecho que presenciamos puede ser, en cierto modo, comparado a las corrientes de agua. Cada una tiene su propio valor. Las aguas a flor de tierra tienen la utilidad y el encanto que les son peculiares, pero sólo las aguas profundas poseen el tesoro culto o inculto de las enormes fuerzas latentes que pueden ser convenientemente utilizadas cuando aquéllas sean llevadas a la superficie.

La lección era de gran valor, entretanto, era necesario seguir en el trabajo asistencial.

Armonizando todo nuestro esfuerzo separamos, en alguna medida, al verdugo de la víctima, aunque según la indicación de nuestro

orientador, seguían todavía unidos a distancia por lazos magnéticos.

Compañeros de nuestra esfera retiraron al espíritu obsesor, conduciéndole hacia una determinada organización de socorro.

Aun así, la enferma gritaba, afirmando estar frente al horrible estrangulador que estaba por ahogarla.

Aplicándole pases reconfortantes, Áulus aclaró:

—Ahora es sólo el fenómeno alucinatorio, natural en procesos de fascinación como éste. Perseguidor y perseguida yacen en la más estrecha relación telepática, accionando y reaccionando mentalmente el uno sobre el otro.

Gradualmente la enferma se fue serenando.

Terminada la crisis, le pregunté a nuestro orientador acerca del remedio definitivo para tan dolorosa situación, a lo que me respondió con tono grave:

—Se está preparando a la enferma teniendo en miras una solución justa para el caso. Ella y el verdugo, en breve, serán madre e hijo. No hay otra alternativa para el feliz logro del trabajo redentor. Los efluvios divinos del amor puro harán vibrar intensamente su sensibilidad de mujer, y nuestra hermana practicará el santo heroísmo de acogerle en su propio seno...

En seguida, dejándonos pensativos, se encaminó hacia otro necesitado, mientras exclamaba:

—¡Loado sea Dios por la gloria del hogar!

24. LUCHA EXPIATORIA

Cerca de nosotros un caballero que se ubicaba entre los enfermos cayó en estremecimientos y convulsiones.

A no ser por el sillón en que se sentaba, hubiese sido arrojado al suelo. Emitía gemidos angustiosos y roncros, como si un guante invisible le apretara la garganta.

No lejos de él, dos entidades de aspecto desagradable observaban sus movimientos pero sin actuar magnéticamente de una manera manifiesta, provocándole la agitación que le embargaba.

El enfermo aparentaba madurez física, pero Áulus, aclarándonos con más seguridad, nos informó conmovido:

—Es un pobre hermano que está en lucha expiatoria y que, en realidad, apenas si atravesó la edad de treinta años en la presente peregrinación terrestre. Desde la infancia sufre el contacto indirecto de compañías inferiores con las que convivió en el pasado, en etapas que tuvo un infeliz comportamiento. Y cuando experimenta la cercanía de esos amigos descarriados que aún permanecen en nuestro plano, con quienes estuvo unido mucho tiempo antes del regreso a la carne, refleja sus influencias nocivas que le ocasionan perturbaciones histéricas y anulan su alegría de vivir. Ha sido un problema angustioso para el templo hogareño en el que renació. Desde su niñez vive visitando médico tras médico. Últimamente la malaría, la insulina y el electroshock le han sido aplicados sin ningún resultado práctico. Los tratamientos dolorosos y complicados a que fue sometido castigaron

profundamente su vida física. Parece ser un anciano, cuando podría mostrarse en la plenitud del vigor juvenil.

Mientras el enfermo temblaba, pálido, nuestro orientador y el hermano Clementino le aplicaban recursos magnéticos en su auxilio, logrando calmar su cuerpo agitado.

Una vez pasada la crisis le notamos sudoroso y desmemoriado, como si fuera impermeable a las oraciones que Raúl Silva pronunciaba implorando el socorro divino en su favor.

Después de algunos minutos, la calma en el ambiente se rehízo completamente.

Se acercaba la reunión a su fase de clausura, sin embargo, el joven que ocupó en último lugar nuestra atención seguía apático, melancólico.

Observábamos que la esperanza y el valor en distintos grados animaba en todos los presentes, menos en él, que reflejaba una amarga introversión.

Áulus, con su tolerancia habitual, se dispuso a oírnos.

—¿Cómo interpretar el caso de este amigo? —indagó Hilario con curiosidad. No vimos su cambio, y por lo que nos fue concedido verificar no asimiló tampoco las emisiones fluídicas de ningún habitante de nuestra esfera... ¿Se ha de explicar este hecho como algún proceso mediúmnico que desconocemos?

—El mal de nuestro hermano —aclaró el asistente— es de naturaleza mental, considerando exclusivamente su origen, mas está radicado en su sensibilización psíquica, así como en los sucesos de orden mediúmnico.

—Siendo así—dije— ¿podremos considerarlo un médium?

—Aún no. En la actualidad es un enfermo que reclama cuidado asistencial, no obstante, una vez corregida la desarmonía que padece podrá cultivar preciosas facultades mediúmnicas, porque la enfermedad, en estos casos, es un factor importante para acopiar valiosa experiencia. El dolor en nuestras vidas íntimas es así como el arado en la tierra inculta: rasgando e hiriendo ofrece los mejores recursos para la producción provechosa.

—Y la enfermedad en sí, ¿será del cuerpo o del alma? —preguntó mi compañero con interés.

–Es el desequilibrio del alma que se refleja en el cuerpo –dijo el instructor con calma.

Y acariciando la frente del joven entristecido, continuó:

–Nuestro amigo, que está saldando deudas, antes de la presente inmersión en la carne vagó por muchos años en una desolada región de tinieblas. Ahí fue víctima de hipnotizadores crueles con los cuales estuvo en la más estrecha sintonía, en razón de las actividades delictivas y viciosas a las que se dedicó en el mundo. Sufrió intensamente y volvió a la Tierra trayendo ciertas deficiencias en el organismo periespiritual. Es un histérico, según la justa acepción de la palabra. Acogido por el heroísmo de un corazón materno y por un padre que fue ayer su asociado de fechorías, hoy también pasando el sufrimiento de amargas pruebas, viene tratando de conseguir su propia recuperación. A los siete años de su nueva experiencia terrena, cuando se afirmó en su reencarnación, se sintió embargado por la desarmonía traída del Mundo Espiritual y, desde entonces, viene luchando dentro del laborioso proceso regenerativo que se impuso. Subyugado por la perturbación que lo tortura, supone que él y el fracaso son congénitos. No se cree capaz de ningún servicio noble. Se siente derrotado antes de iniciar cualquier lucha. Le agrada únicamente la soledad, en la que se nutre con los pensamientos enfermizos que le son transmitidos a su espíritu por sus antiguos compañeros de vicio. En fin, vive con su sistema nervioso en un estado deplorable y patológico y en una crisis de larga duración que se caracteriza por extrañas perturbaciones de su inteligencia y con contracciones repentinas que le invalidan temporalmente para todo trabajo.

Las oraciones formuladas como cierre de la sesión nos invitaron al silencio.

Después de levantada la reunión Áulus se ofreció para acompañar al joven enfermo hasta su casa, medida esa que Clementino aprobó con satisfacción.

El muchacho parecía anestesiado, adormecido...

Después de media hora, lapso durante el cual buscamos asistirle en las eventualidades de la vía pública, llegamos a una sencilla casita suburbana.

A la llamada insistente del joven una simpática anciana salió a atender.

–Américo, hijo mío, gracias a Dios te veo nuevamente...

La ternura materna vibraba en aquella voz clara y reconfortante.

Luego la progenitora le condujo sin demora hasta el interior de la vivienda, en la que un mozo borracho profería palabrotas.

Mirándole, dijo con preocupación:

–Marcio, ¡qué desgracia! has vuelto a excederte...

Y al reparar en el estado del recién llegado, agregó:

–Pero primero tratemos de acomodarte a ti.

El joven no se opuso.

Se dejó conducir por el cariño de su madre y se envolvió en las mantas de la cama, introduciéndose encogido hasta el fondo de la misma.

Américo se durmió sin demora, apareciéndose junto a nosotros mediante su desdoblamiento natural. No nos presintió, sin embargo, ni remotamente. Solamente notaba la perturbación mental que lo poseía.

Atemorizado y cauteloso avanzó por el reducido dormitorio un corto trecho para después lanzarse junto a un anciano paralítico, lloriqueando y diciendo:

–¡Padre, estoy solo, solo!... ¿quién me va a socorrer? ¡Tengo miedo, miedo!...

El enfermo, atento y sereno, percibió su presencia de algún modo, puesto que mostró en su semblante una dolorida expresión, como si estuviera oyendo las quejas de su hijo.

Áulus me recomendó observar la frente pensativa del enfermo que yacía prisionero en un catre limpio, y tratando de sintonizarme con él, *escuché su mente, conversando a solas consigo misma.*

–¡Oh, Señor!, me siento rodeado por espíritus intranquilos... ¿Quién estará cerca de mí? Dame fuerzas para comprender tu voluntad y acatar tus designios... ¡No me abandones! ¡Tristes son la vejez, la enfermedad y la pobreza cuando nos acercamos a la muerte!...

Y bajo la influencia del joven cuyos pensamientos asimilaba inconscientemente, giró la cabeza y comenzó a llorar copiosamente.

Mirándolos de una manera significativa, nuestro orientador nos explicó:

–Nos encontramos en presencia de padre e hijo. Julio, el progenitor

de Américo, fue atacado hace muchos años de parálisis en las piernas, viviendo, así, amarrado a la cama, en la que aún se esfuerza por la subsistencia de los suyos mediante la realización de trabajos manuales. Entregado a la soledad y al sufrimiento, comenzó a leer y a reflexionar profundamente. Aprendió la verdad de la reencarnación, halló consuelo y esperanza en las enseñanzas del Espiritismo, gracias a las que sabe caminar con resignación y fortaleza en los días de prueba que está atravesando...

Advirtiendo nuestra sed de mayores informes y después de una breve pausa, el instructor prosiguió:

–Sostenido por la solidaridad heroica de su esposa trajo al mundo a cinco hijos de los cuales uno de ellos fue una joven que ya había sido su hermana en otra vida terrestre y cuatro muchachos, entre ellos Américo, cuyo trato y conducción se hizo muy difícil. Marcio, que ya conocemos, se da a la embriaguez. Guillermo y Benicio derrochan su juventud en los malos pasos de la vida nocturna. Laura es la abnegada compañera de sus padres, y nuestro Américo, el primogénito, que aún está lejos de poder recuperar su completo equilibrio...

–Y observando al dueño de casa en semejante situación –interfirió Hilario– podemos imaginarnos las dificultades por las que pasa ese hogar...

–Indudablemente, la expiación de este grupo familiar que consideramos es ruda y dolorosa... En un pasado no lejano, el paralítico de hoy era el jefe de una pequeña banda de malhechores. Extremadamente ambicioso, se situó en un lugar donde se transformó en el perseguidor de viajeros desprevenidos, dedicándose al robo y al bandidaje... Consiguió convencer a cuatro amigos para acompañarle en sus aventuras delictivas a las que se entregó por la codicia que lo dominaba, comprometiendo así su vida moral. Esos cuatro compañeros de ayer son los hijos que actualmente están a su cuidado y quienes le llenan de preocupaciones y disgustos. Les desvió en el pasado del camino recto y ahora procura recuperarlos para la vida digna, hallándose él, además, soportando penosas inhibiciones...

La deplorable conformación del viejecito sensibilizaba nuestras fibras más íntimas.

No obstante, nuestra atención se desvió por una nueva circunstancia.

Una joven, de fisonomía noble y serena, penetró en el cuarto en

espíritu, pasó al lado de nosotros sin notar nuestra presencia y reanimando a Américo lo retiro hacia afuera.

Percibiendo nuestra silenciosa curiosidad el asistente nos aclaró:

–Es Laura, la hija generosa, que aún durante el sueño físico no se descuida de amparar a su progenitor enfermo.

–Entonces, ¿está ella viviendo aquí mismo? –preguntó mi colega con admiración.

–Sí, duerme en el aposento contiguo.

Y después de administrar nuevos recursos vivificadores al enfermo, que se hallaba dominado por las lágrimas, el asistente agregó:

–Cuando el cuerpo físico descansa, no siempre las almas reposan. En la mayoría de las ocasiones siguen el impulso que es propio de ellas. Quien se dedica al bien, de un modo general, sigue trabajando en la sementera y en el campo del amor, y quien se enmaraña con el mal acostumbra a prolongar en el sueño físico las pesadillas que lo torturan...

–Por lo que analizamos –dijo Hilario– los hechos mediúmnicos en el hogar son constantes...

–¡Exacto! –confirmó el orientador. Los pensamientos de quienes comparten el mismo techo actúan y reaccionan los unos sobre los otros, de un modo particular, a través de incesantes corrientes de asimilación. La influencia de los encarnados entre sí es habitualmente mucho mayor de lo que se puede imaginar. Muchas veces, durante la existencia carnal, los obsesores que nos mortifican están junto a nosotros reencarnados en nuestro mismo ambiente. Del mismo modo hay protectores que nos ayudan y protegen, quienes igualmente participan de nuestras experiencias de cada día. Es imprescindible entender que, siempre y en todo lugar, vivimos en espíritu. El intercambio de alma a alma, entre padres e hijos, esposos y hermanos, amistades y compañeros, simpatías y desafectos, en el ámbito familiar o en las instituciones de servicio en las que nos agrupamos es, en razón de ello, obligatorio y constante. Sin percibirlo, aprovechamos ideas y fuerzas los unos de los otros.

Nos disponíamos a retirarnos, cuando Hilario, deseando una nueva aclaración, preguntó con curiosidad:

–Volviendo sobre el caso de Américo, y reconociéndole como un paciente histérico, ¿habrá alguna ventaja en que frecuente el grupo donde

otros médiums se capacitan?

—¿Cómo no? —respondió el asistente. El progreso es obra de la cooperación. Dedicándose a la disciplina y al estudio, a la meditación y a la oración, él se operará en la mente acelerando con ello la propia cura, tras lo cual podrá cooperar en trabajos mediúmnicos de los más provechosos. Todo esfuerzo digno, por mínimo que sea, recibe invariablemente de la vida la mejor respuesta.

Áulus, seguidamente, recordó que había trabajos por realizar en otros lugares, por lo que dio por finalizada la valiosa lección.

25. EN TORNO A LA FIJACIÓN MENTAL

En el camino de regreso procuramos, Hilario y yo, promover una conversación a efectos de obtener de nuestro orientador una enseñanza al respecto de la fijación mental.

Muchas veces registré el fenómeno y traté de estudiarle, por lo cual, para colaborar con nuestro amigo, más nuevo que yo en los servicios espirituales, me adherí a tal propósito, animándole con el mayor interés.

Mi colega, sin disimular el espanto que causó a su alma la manifestación del estrangulador de Toscana, dijo preocupado:

–Sinceramente, por más que me esfuerce, grande es mi dificultad para resolver los enigmas de la sujeción del espíritu en torno a ciertas situaciones y afectos. ¿Cómo puede la mente detenerse con determinadas impresiones, paralizándose con ellas como si el tiempo no transcurriera? Tenemos, por ejemplo, el drama de nuestro infortunado compañero, quien desde siglos permanece inmovilizado por las ideas de venganza... ¿Habrá estado en esta lamentable situación tantos años, sin haber reencarnado?

Áulus escuchó con atención y ponderó:

–Es imprescindible comprender que después de la muerte del cuerpo físico seguimos desarrollando los pensamientos que cultivábamos en la experiencia carnal. Y no podemos olvidar que la Ley determina principios universales que no podemos burlar. Subordinados a la evolución, ¿cómo avanzar sin acatar la orden de armonía y progreso? La idea fija puede operar un estancamiento indefinido de la vida mental

en el tiempo.

Simbolicemos la etapa de aprendizaje que cumple el alma en la Tierra a través de la reencarnación, como si fuera una valiosa posición del frente de batalla establecido para el logro del perfeccionamiento individual y colectivo, batalla en la que el corazón debe armarse de ideas edificantes para conquistar la depuración de sí mismo, la más alta victoria. La mente es el soldado en lucha. Ganando con denuesto el combate que libró, y una vez que haya sido conducida a las puertas de la muerte, sube verticalmente hacia lo Alto, en dirección a la Esfera Superior, expresándose su triunfo por la elevación del nivel alcanzado. Entretanto, si fracasa, y semejante pérdida es casi siempre la resultante de la negligencia o de la rebeldía, vuelve horizontalmente, luego de las eventualidades de la muerte, hacia los ámbitos inferiores en los que se confunde con los desajustados de todas las clases para pasar un período indeterminado de tratamiento. En cualquier frente de lucha terrestre, la retaguardia es la posición atormentada de los neuróticos, de los locos, de los mutilados, de los heridos y de los enfermos de todas las condiciones.

Notando el interés con que escuchábamos su exposición, Áulus prosiguió después de un breve silencio:

—Es verdad que las legiones victoriosas no se olvidan de quienes permanecen desequilibrados, y es por ello que vemos a las misiones de amor y renuncia actuando diligentes donde existe la desarmonía y el dolor.

—¿Y el problema de la detención del tiempo en el alma? —dijo mi colega, ávido de saber.

El interpelado sonrió y dijo:

—Les daré una imagen para que podamos definirla con la mayor propiedad posible. El tiempo, para nosotros, es aquello que hacemos con él. Para una mejor comprensión del problema, recordemos que las horas son invariables en el reloj, pero no son siempre las mismas en nuestra mente. Cuando somos felices, no tenemos noción del transcurrir de los minutos. Satisfaciendo nuestros ideales o intereses más queridos, los días vuelan rápidos, mientras que, acompañados por el sufrimiento o el temor, tenemos la idea de que el tiempo se ha detenido inexorablemente. Y cuando no nos esforzamos por apurar el paso lento de la angustia, la idea aflictiva u obsesiva corroe nuestra vida mental y

se vuelve fija. Llegados a esta fase el tiempo parece como cristalizarse dentro de nosotros, porque pasamos a gravitar, en espíritu, en torno al punto neurálgico de nuestros errores. Cualquier perturbación interior de importancia que se llame pasión o desánimo, crueldad o venganza, envidia o desesperación, puede inmovilizarnos por un tiempo indefinido en sus redes de sombra, cuando nos rebelamos contra el imperativo de marchar incesantemente con el bien. Analicemos, además, nuestro símbolo de combate. El reloj inflexible indica el mismo horario para todos, sin embargo, el tiempo es leve para los que triunfaron y pesado para los que perdieron. Para los vencedores, los días son felicidad y honra, y para los vencidos son amargura y lágrimas. Cuando no nos liberamos de los pensamientos que nos flagelan y deprimen por medio del trabajo constante de nuestra renovación y progreso, nos transformamos en fantasmas de aflicción y desaliento, mutilados en nuestras mejores esperanzas o encerrados en nuestras llagas íntimas. Y cuando la muerte nos sorprende en estas condiciones se acentúa entonces nuestra experiencia subjetiva, puesto que si el alma no se dispone al esfuerzo heroico de la suprema renuncia, se enreda con facilidad en los problemas de la fijación, pasando años y años, y a veces siglos, reviviendo incesantemente las reminiscencias desagradables de las cuales se nutre y vive. No interesándose por otro asunto sino por su propio dolor, su propia ociosidad o su propio odio, la criatura desencarnada, ensimismándose, se asemeja al animal que permanece en el sueño letárgico de la hibernación. Se aísla del mundo externo, vibrando solamente alrededor del desequilibrio oculto en el que se complace. No oye más nada, no ve más nada y nada más siente, fuera de la idea desvariada que le preocupa.

El tema era de un inmenso interés para mis observaciones personales.

En muchas ocasiones observé de cerca el dormir de ciertas conciencias después de la muerte, semejando momias espirituales. Y esto expuse al asistente, quien nos dijo con suma atención:

–Sí, la mente estacionaria por su violación de la Ley, sufre angustiosas pesadillas en la etapa de reposo, despertando en un estado de alienación que puede persistir por mucho tiempo si continúa cultivando con pasión las impresiones en las que cree encontrar su felicidad.

–¿Y cuál es el remedio más adecuado para esta situación? –pregunté

con interés.

–Muchas de esas almas desorientadas –comentó el instructor– llegan al fin a aborrecer el mal y procuran su regeneración ellas mismas, mientras que otras despiertan, en nuestras habituales tareas de asistencia, la noción de las responsabilidades que les compete para su propio reajuste. Son los soldados heridos que tratan de corresponder a las misiones de amor que les asiste con el fin de lograr su restauración. Comprenden el imperativo de la lucha dignificante para la que fueron convocados, ayudando a quienes los ayudan, volviendo al buen combate en cuyas líneas encuentran el quehacer con el que comienzan a servir en el bien. Otras de esas almas, sin embargo, rebeldes disconformes, son dulcemente obligadas a retornar a la batalla que abandonaron por causa del abatimiento que las afectó. La experiencia que adquirimos en el cuerpo carnal en situación difícil, es semejante a un combate intenso en el que el alma tiene oportunidad de recuperarse armónicamente. Para esto contamos con la ayuda afectiva de los familiares del interesado que con él conviven en el núcleo familiar.

–Pero, en esos casos, ¿la reencarnación será compulsoria, así como un acto de violencia? –preguntó Hilario.

–¿Qué hacemos en la Tierra –dijo el asistente– cuando se presenta un loco en nuestra casa? ¿No asumimos la responsabilidad de cómo tratarlo? ¿Aguardaremos cualquier resolución del alienado mental en lo que atañe a las medidas a tomar para la restauración de su equilibrio? Es cierto que nos cabe el deber de honrar a las conciencias libres capaces de decidir por sí mismas en los variados problemas de la lucha evolutiva, mientras que, frente al hermano irresponsable y enfermo, nuestra colaboración es un testimonio de amistad fiel, aunque esta colaboración se exprese a través de un doloroso proceso que se realiza en su favor.

Y luego de una ligera pausa, continuó:

–La reencarnación, en tales circunstancias, equivale a colocar al enfermo inerte en una máquina que, mediante su movimiento, logre hacerle despertar. Interpretada en el organismo celular, el alma es la feliz prisionera del complejo físico que influye en el mundo atómico y éste, a su vez, sobre ella, sufriendo las dificultades necesarias que tienden a su recuperación.

Estas observaciones significativas nos invitaban a meditar y

aprender.

Impresionado, expresé entonces:

–Por semejantes fijaciones es por lo que vemos a tantas entidades afectadas por una deplorable amnesia. Cuando se comunican con los hermanos encarnados no tienen un recuerdo amplio y general, sino el de los asuntos que retienen en su memoria con exclusividad y son su total preocupación, y cuando cambian impresiones con nosotros se muestran como psicóticos crónicos.

–Exacto. Y por este motivo requieren que se les trate con un gran cariño.

–Y cuando esos seres son encaminados hacia la reencarnación y se encuentran con las dificultades que son el fruto de sus errores, ¿comprenden enseguida la realidad que viven? –pregunté con interés.

–No siempre.

E imprimiendo un nuevo tono a su voz, el asistente continuó:

–La mayoría de las veces, el progreso es lento. Podemos comprobar esto mediante el estudio de las criaturas retardadas, que son dolorosos enigmas para el mundo... Solamente el extremado amor de los padres y de los familiares consigue infundirles calor y vitalidad a esas pequeñas criaturas que, a menudo, permanecen por muchos años en la vida material y son como apéndices torturados de la sociedad terrestre, padeciendo sufrimientos que parecen injustificables y que, sin embargo, constituyen para ellos una medicación eficaz y necesaria. Es posible también reconocer esta verdad en los llamados esquizofrénicos y en los paranoicos, quienes perdieron el sentido de las proporciones y tienen un falso concepto de sí mismos. Casi todas las perturbaciones congénitas de la mente manifestadas al reencarnar el espíritu, evidencian la fijación de ideas que existían antes de su regreso a la Tierra. Y en muchos casos los espíritus que tropiezan con esos obstáculos siguen, desde la cuna a la tumba, una recuperación gradual, entablando luchas benéficas con las terapéuticas humanas y con las obligaciones del hogar, como así también con las imposiciones de las costumbres y de los conflictos sociales, extrayendo de ellos ventajas que podemos considerar por extroversión indispensables para la cura de la psicosis que padecen.

La conversación era instructiva y nos sugería otros importantes estudios, pero como el asistente tenía servicios por realizar aún, fue

obligación nuestra suspenderlos.

26. PSICOMETRÍA

El rápido curso de aprendizaje que veníamos realizando llegaba a su fase final.

Áulus no disponía de más tiempo para mostrarnos otras experiencias más amplias. Era un trabajador con compromisos de servicios de lo más variado.

Aunque lo comprendíamos, Hilario y yo nos sentíamos algo melancólicos.

El asistente, sin embargo, mostraba todas las posibilidades a su alcance para que no perdiéramos el entusiasmo habitual.

Estábamos atravesando calles y plazas, cuando nos detuvimos frente a un museo al que entraban algunos visitantes de última hora.

Y nuestro orientador, como quien se dispone a aprovechar las horas que nos quedaban haciendo observaciones y recogiendo enseñanzas, nos invitó a entrar, exclamando:

–En una institución como esta es posible realizar muy interesantes estudios. Seguramente ya habrán oído referencias acerca de la psicometría. Tal como es usada por la Psicología Experimental, significa “registro, apreciación de la actividad intelectual”, mientras que en los trabajos mediúnicos esta palabra designa la facultad de percibir impresiones y recuerdos al contacto con objetos comunes.

Entramos por un ancho portal, observando que en el interior del edificio había muchas entidades desencarnadas que iban y venían

mezcladas con personas que observaban con admiración las cosas útiles de otros tiempos.

—Muchos compañeros que conservan su mente fija en el pasado frecuentan sitios como éste por el simple placer de recordar... —comentó el asistente.

Verifiqué que los objetos preciosos que allí había, exceptuando uno que otro, estaban revestidos de fluidos opacos que formaban una masa cenicienta o pardusca de la cual resaltaban distintos puntos luminosos.

Notando mi curiosidad, el instructor nos aclaró con benevolencia:

—Todos los objetos que ven penetrados por sustancias fluidicas son muy recordados y visitados por quienes los poseyeron.

No muy lejos se encontraba un curioso reloj aureolado por una luminosa banda blanquecina.

Áulus me recomendó tocarlo y, casi instantáneamente, se presentó ante los ojos de mi mente una reunión familiar en la que un venerable matrimonio se entretenía conversando con cuatro jóvenes que estaban en la plenitud de la fresca primavera.

En aquel cuadro vivo que se formó ante mi visión interna, examiné un recinto agradable y digno. El mobiliario austriaco imprimía sobriedad y nobleza al conjunto, que era embellecido por jarrones de flores y por pinturas valiosas.

El reloj allí se hallaba, dominando el ambiente desde lo alto de una vieja pared caprichosamente adornada.

Observando mi sorpresa, el asistente continuó:

—Percibo las imágenes sin tocarlo directamente. El reloj pertenecía a una respetable familia del siglo pasado. Conserva las formas-pensamientos del matrimonio que lo adquirió, el cual periódicamente visitaba el museo por brindarse el gusto de recordar. Es un objeto animado por las reminiscencias de sus antiguos poseedores, reminiscencias que se reavivan en el tiempo a través de los lazos espirituales que aún subsisten en torno al círculo afectivo que dejaron.

Hilario tocó el reloj y dijo:

—Eso quiere decir que vemos imágenes aquí impresas por ellos con sus vibraciones...

—Justamente —confirmó el orientador. El reloj está envuelto por las corrientes mentales de los hermanos que aún están apegados a él, así

como el hilo de cobre conduciendo la energía está sensibilizado por la corriente eléctrica. Observando el estado en que se encuentra nos relacionamos de inmediato con los recuerdos de los amigos que le guardan afecto.

Hilario reflexionó algunos instantes y observó:

–Entonces, si estuviéramos interesados en conocer a esos compañeros y encontrarles, un objeto en esas condiciones sería un medio para la realización de nuestros deseos...

–Sí, perfectamente –aprobó el instructor– podríamos utilizar para eso algún objeto en el que la memoria de ellos esté puesta. Todo lo que es irradiado por nuestros pensamientos sirve para facilitar esas uniones.

–Muy importante es el estudio de la fuerza mental –consideré, dominado por una fuerte impresión.

Áulus sonrió y comentó:

–El pensamiento esparce nuestras propias condiciones hacia todas partes donde es irradiado. Dejamos vestigios espirituales donde proyectamos los efluvios de nuestra mente, así como el animal deja el rastro de su propio olor característico, tornándose, por ese motivo, fácilmente reconocible por la sensibilidad olfativa del perro. Cuando estamos liberados del cuerpo físico agudizamos nuestros sentidos y, en razón de ello, podemos prestar atención sin dificultad a esos fenómenos, dentro de la esfera que nos permiten nuestras conquistas evolutivas.

–Somos inducidos a creer, por tanto –consideró mi compañero que no disponemos de recursos para registrar el pensamiento de aquellos que son superiores a nosotros...

–Sí, de aquellos que alcanzaron una elevación que no somos capaces de imaginar y se elevaron a otros planos, yendo más allá de nuestro modo de expresión y de ser. El pensamiento de ellos vibra en otra frecuencia. Naturalmente, pueden acompañarnos y ayudarnos, porque es por ley que el superior llegue hasta el inferior cuando quiera, sin embargo, en cuanto a nosotros, no tenemos la facultad de poderlos seguir.

El asistente reflexionó un instante y prosiguió:

–Hagamos una comparación para comprender mejor. Lo que ocurre entre ellos y nosotros, acontece entre nosotros y los seres que están por

debajo del nivel que alcanzamos. Podemos cuidar, por ejemplo, de lo que atañe a la vida y el progreso de las tribus primitivas o poco evolucionadas, sin que ellas puedan hacer lo mismo con nosotros. Estudiamos y conocemos las costumbres y los conocimientos del hombre tribal, pero es imposible que éste comprenda la estructura cultural de nuestra sociedad. El pensamiento nos condiciona al círculo en que debemos o merecemos vivir, y sólo mediante nuestro propio esfuerzo o una sólida evolución logramos perfeccionarlo, superando las limitaciones para hacerlo vibrar en esferas superiores.

El asistente nos miró con bondad y agregó:

–Mientras tanto, evitemos conversaciones distantes de nuestros objetivos esenciales.

–Imaginemos –dije yo a mi vez– que nos propusiéramos hacer un examen más preciso, ¿podríamos conocer la historia de la materia que sirve a la formación del reloj que analizamos?

–Sin duda. Esto requeriría más trabajo, más tiempo, no obstante es una iniciativa perfectamente viable.

–Cada objeto, entonces –concluyó Hilario– puede ser un mediador para que entremos en relación con las personas que se interesan por él y un registro de hechos de la naturaleza...

–Exactamente –confirmó Áulus, seguro de sí mismo–; no podemos olvidar que el paleontólogo puede reconstituir determinadas piezas de la fauna prehistórica por un simple hueso encontrado ocasionalmente. Cuando se perfecciona nuestra sensibilidad, mostrándose más intensa y depurada, en simples objetos abandonados podemos observar a través de las vibraciones que ellos conservan, expresivas características de las personas que los poseyeron o de los sucesos de los que fueron testigos.

Y sonriendo agregó:

–Las almas y las cosas, cada una en el lugar que le corresponde, conservan algo del tiempo y del espacio, que son eternos en la memoria de la vida.

Luego nos detuvimos a observar una bella tela del siglo XVIII, que no presentaba ningún indicio ni rastro fluídico.

Efectivamente, era una preciosidad aislada.

Por medio de ella no nos fue posible establecer ningún contacto espiritual de naturaleza exterior.

Áulus asumió la actitud de profesor benevolente que le era peculiar, y explicó:

–Investigado más profundamente, este cuadro puede ser un interesante registro, ofreciéndonos datos acerca de los elementos que lo constituyen, sin embargo, no actúa como “mediador de relaciones espirituales” por hallarse plenamente olvidado por el autor y por aquellos que probablemente lo poseyeron...

Proseguimos nuestra observación.

Contiguo a una larga galería dos caballeros y tres damas admiraban un singular espejo, junto al cual se hallaba una joven desencarnada con una expresión de gran tristeza.

Una de las señoras tuvo palabras elogiosas respecto a la belleza de la moldura, y la joven, manifestándose como una centinela irritada, se le aproximó tocándole los hombros.

La señora tembló, involuntariamente, al sentir un inesperado escalofrío, diciendo a sus compañeros:

–Este es un extraño ambiente de cámara funeraria. Es mejor que salgamos...

Tras ello el grupo exteriorizó manifestaciones de buen humor sobre lo expresado, dirigiéndose hacia otra sala.

La entidad, que no observó nuestra presencia, parecía contenta con la soledad, poniéndose a contemplar el espejo, como si estuviera bajo una extraña fascinación.

Áulus la acarició con suavidad, tocó el objeto con atención y comentó:

–¿Notaron el fenómeno? Del pequeño conjunto de visitantes, la hermana que registró la aproximación de la joven que examinamos es poseedora de una notable sensibilidad mediúmnica. Si educara sus fuerzas y escudriñara el espejo entraría en relación inmediata con ella, que aún se apega a él con delirio. Recibiría sus confidencias, conocería su drama íntimo, porque inmediatamente asimilaría su onda mental, captaría las imágenes...

Hilario, incapaz de frenar la curiosidad que embargaba nuestro cerebro, indagó acerca de la muchacha. ¿Qué hacía ella en aquel túmulo de recuerdos? ¿Por qué se interesaba con tanta ansia por un simple espejo que no tenía mayor significación?

El asistente, como si esperara nuestra pregunta, respondió sin titubear:

– Toqué el objeto para informarme. Este espejo originalísimo fue confiado a la joven por un mozo que le prometió casarse con ella.

Veo su figura romántica en los recuerdos de ella. Era hijo de franceses residentes en el Brasil durante el tiempo de la Revolución Francesa, en 1791. Niño aún, fue llevado a Río y allí creció y se hizo hombre. La encontró y conquistó su corazón. Cuando elaboraban sus proyectos de casamiento, y estando unidos por un íntimo lazo afectivo, la familia extranjera, animada por los éxitos de Napoleón en Europa, decidió el retorno a la patria. El joven pareció consternado, pero obedeció la orden paterna. Se despidió de la novia y le pidió que guardase el objeto como recuerdo, hasta que pudiera volver y ser entonces felices para siempre... Sin embargo, distraído en Francia por los encantos de otra mujer, no regresó jamás... Rápidamente olvidó responsabilidades y compromisos, volviéndose indiferente. La pobrecita, mientras tanto, respeta la promesa contraída y sigue esperándole. El espejo es la prenda de su felicidad. Imagino el largo trayecto que habrá hecho en el transcurso del tiempo, cuidándole siempre como algo de su propiedad, hasta que él vino por fin a dar en este museo.

–Este asunto –dije yo, preocupado– nos obliga a reflexionar sobre las antiguas historias de las joyas hechizadas...

–Sí, sí –ponderó el asistente–, la influencia no procede de las joyas, mas sí de las fuerzas que las acompañan.

Hilario, que meditaba la lección profundamente, expresó:

–Si alguien pudiera adquirir el objeto y llevarlo consigo...

–Seguramente –interrumpió el instructor– cargaría también con la presencia de la joven desencarnada.

–¿Y eso sería justo?

Áulus esbozó una leve sonrisa y aclaró:

–Hilario, la vida nunca se engaña. Es probable que alguien aparezca por aquí y se extasíe frente al objeto, disputándole su posesión.

–¿Quién?

–El joven que empeñó su palabra, provocando la fijación mental de esa pobre criatura, o la mujer que lo alejó de los compromisos

asumidos. Reencarnados, hoy o mañana, posiblemente un día vengan hasta aquí tomándola por hija o compañera, rescatando así la deuda contraída.

–Mas, ¿no podemos aceptar la hipótesis de que la joven desencarnada sea atendida por algún círculo terapéutico en el que la liberen de la perturbación que padece?

–Sí –asintió el orientador– esto es posible también; sin embargo, en función de la armonía de la ley, el reencuentro del trío es inevitable. Todos los problemas creados por nosotros no serán resueltos sino por nosotros mismos.

La conversación era aleccionadora, sin embargo, la responsabilidad nos imponía seguir adelante.

Al salir, pasamos frente a la oficina administrativa de la casa. Viendo dos sillas desocupadas junto a una pequeña mesa de trabajo, mi colega hizo una pregunta con la evidente intención de completar la lección:

–Creo que estos asientos son utilizados por los auxiliares de la administración del museo... Si nos sentamos en ellos, ¿podríamos relacionarnos con las personas que habitualmente los ocupan?

–Sí, si deseáramos ese tipo de experiencia –contestó el orientador.

–Y refiriéndonos a los encarnados –prosiguió Hilario–, cualquier persona, al servirse de objetos pertenecientes a otros, tales como ropa, camas o adornos, ¿puede sentir los efluvios de aquellos que los usaron?

–Perfectamente. Sin embargo, para que lo registren deben ser poseedores de una aguda sensibilidad psíquica. Las características de nuestra individualidad vibran donde vivimos, y es por estas vibraciones que provocamos el bien o el mal en aquellos que entran en contacto con nosotros.

–¿Y todo esto que hemos visto es mediumnidad?...

–Sí, pese a que los hechos de esta clase están catalogados por experimentadores del mundo científico con denominaciones diversas, tales como “criptestesia pragmática”, “metagnomia táctil”, “telestesia”, etcétera.

Y tomándonos la delantera para retornar a la vía pública, concluyó:

–En todo vemos integración, afinidad, sintonía... y no tengamos duda acerca de una cosa: que a través del pensamiento comulgamos los

unos con los otros en el seno de la vida universal.

27. MEDIUMNIDAD EXTRAVIADA

Era de noche, cuando penetramos en una estrecha sala en la que un grupo de personas estaba dedicado a orar.

Había allí varias entidades en medio de los compañeros encarnados, pero en lamentables condiciones, mostrándose inferiores a los hombres y mujeres que participaban de la reunión.

Sólo el hermano Casio, un guardián simpático y amigo al que el asistente nos acercó, demostraba superioridad moral.

Se notaba con evidencia su aislamiento espiritual, ya que los desencarnados y encarnados de la asamblea no percibían su presencia, como seguramente tampoco captaban sus pensamientos.

Ante las interpelaciones de nuestro orientador, manifestó con cierto desánimo:

—Por ahora, ningún progreso, no obstante las reiteradas llamadas a la renovación. Hemos rodeado a nuestro Quintino con los mejores recursos a nuestro alcance, acercándole libros e impresos y generando conversaciones de un valor estimable, pero todo es en vano... El obstinado amigo aún no se percató de las grandes responsabilidades que asume al frente de una agrupación de esta naturaleza.

Áulus trató de reconfortarlo con un gesto silencioso de comprensión, y nos invitó a observar.

El recinto estaba ocupado por fluidos desagradables y densos.

Dos médiums tranquilizaban a compañeros de nuestro plano, los

cuales, según mis primeras impresiones, yacían convertidos en criados auténticos del grupo, asalariados tal vez para servicios poco dignos. Entidades diversas de las mismas condiciones formaban un enjambre en torno a ellos, serviles y entrometidos.

El fenómeno de la psicofonía era allí general.

Los sensitivos desdoblados no se alejaban de ese ambiente, alimentándose de las emanaciones peculiares de los presentes.

Raimundo, uno de los comunicantes, bajo la mirada complaciente del director de la casa sostenía una conversación con una señora, cuya liviandad e indiscreción inspiraban piedad.

–Raimundo –decía– tengo necesidad del dinero que hace meses no me paga el instituto del cual soy acreedora. ¿Qué me dice usted respecto de semejante demora?

–Espere, hermana mía –recomendaba la entidad–, actuaremos en su beneficio.

Y la conversación continuaba.

–Mi situación es apremiante. Usted me debe ayudar con una acción más urgente. Intente dar una vuelta por el despacho del obstinado director y elimine las dificultades del trámite... ¿Usted quiere las direcciones de las personas sobre las que es preciso influir?

–No, no. Las conozco y sé donde viven...

–Veo, Raimundo, que usted anda distraído. No se interesó por mi caso con la rapidez que era necesaria.

–No es así. He hecho lo que he podido.

Y mientras la señora bajaba el tono de voz, cuchicheando, un caballero maduro se dirigía a Teotonio, el otro comunicante de la noche, clamando con desenfado:

– Teotonio, ¿hasta cuándo debo aguardar?

La entidad, que parecía sorprendida por la pregunta, se calló, humilde, pero el interlocutor agregó con exigencia:

–Va para cuatro meses que espero por la decisión favorable referente al empleo que me fue prometido. Y hasta hoy... ¡Usted no ha conseguido dar solución a mi problema!

–¿Qué desea que yo haga?

–Sé que el gerente de la firma está en mi contra. Ayúdeme, inclinándolo a simpatizar con la buena resolución de mi caso.

En ese momento otra señora ocupó la atención de Raimundo, solicitándole:

–Amigo mío, cuento con su valiosa ayuda. Soy madre. No me confórmome viendo a mi hija aceptar la propuesta de matrimonio de un hombre desvergonzado. Nuestra situación en casa es de las más alarmantes. Mi marido no soporta a este hombre, y nuestra hija – sublevada– es para nosotros un tormento. ¿Usted no podrá alejar a ese ser de tan malos instintos?

Raimundo respondió con respeto, mientras Quintino tomaba la palabra de inmediato pidiendo una oración para que los desencarnados pudieran corresponder a la confianza del grupo y dar respuesta a los servicios solicitados.

Entendimientos y conversaciones continuaron entre comunicantes y clientes de la casa, pero a nada le presté más mi atención, considerando a todo eso muy oscuro.

En aflictivas circunstancias vi obsesionados y entidades empecinadas en el mal, ligados en tremendos conflictos; sin embargo, en ningún lugar sentí tanta compasión como allí, al contemplar personas saludables y lúcidas interpretando el intercambio con el mundo espiritual cual si fuera un sistema de criminal explotación, basado en el principio del menor esfuerzo.

Aquellos hombres y mujeres que se congregaban en el recinto con intenciones tan extrañas, ¿tendrían el valor de pedir a compañeros encarnados los servicios que reclamaban de los espíritus? ¿No estarían ultrajando la oración y la mediumnidad para huir de los problemas que les incumbían? ¿No disponían, acaso, de venerables oportunidades para emplear el cerebro, la lengua, los ojos, los oídos, las manos y los pies en lecciones ennobecedoras? ¿Qué hacían con la fe? ¿Sería justo que un trabajador diese a otros la azada que le correspondía sostener y movilizar en los asuntos del mundo?

Áulus descubrió mis reflexiones amargas, y con generosidad se apresuró a reconfortarme:

–Un estudio actual de la mediumnidad, aun rápido como es el nuestro, no sería completo si no indagamos también la región del psiquismo extraviado en la que espíritus perezosos, encarnados y

desencarnados, actúan recíprocamente vampirizándose. Por otra parte, constituyen el producto natural de la ignorancia viciosa que existe en todos los templos de la humanidad. Abusan de la oración tanto como menoscaban las posibilidades y oportunidades del trabajo digno, ya que acechan las facilidades y ventajas efímeras para caer en la indolencia, en la que se cristalizan sus caprichos infantiles.

–Pero, ¿seguirán así, indefinidamente? –pregunté.

André, su duda es inoportuna. Usted posee bastante experiencia como para saber que el dolor es el gran ministro de la Justicia Divina. Vivimos nuestra gran batalla de evolución. Quien huye del trabajo del frente y de sus sacrificios, encuentra el dolor en la retaguardia. El espíritu puede estar inactivo movilizándolo criminalmente la voluntad, sin embargo, un día viene la tormenta que le obliga a agitarse y a moverse para entender los imperativos del progreso con más certidumbre. No adelanta nada huyendo de la eternidad, porque el tiempo, benefactor del trabajo, es también el verdugo de la inercia.

Hilario, que reflexionaba en silencio cerca de nosotros, indagó con preocupación:

–¿Por qué se entregan nuestros hermanos encarnados a semejantes prácticas en las que no les es exigido el menor esfuerzo? ¡Hay tantas lecciones para el perfeccionamiento espiritual, hay tantas llamadas a la dignificación de la mediumnidad en las filas doctrinarias del Espiritismo!... ¿Por qué el desequilibrio?

Áulus pensó durante algunos instantes y rearguyó:

–Hilario, es imprescindible recordar que no nos hallamos delante de lo que prescribe la doctrina del Espiritismo. Presenciamos fenómenos mediúmnicos manejados por mentes ociosas que son afectas a la explotación inferior en todos los terrenos y dignas, por eso mismo, de nuestra mayor piedad. No ignoramos que los fenómenos mediúmnicos son peculiares a todos los santuarios y a todas las criaturas. En cuanto a la preferencia de nuestros amigos por la convivencia con los desencarnados que permanecen aún inmensamente aferrados al campo sensorial de la vida física e incapaces también de lograr una más amplia visión de las realidades del espíritu, eso es comprensible en la Tierra. Le es siempre más fácil al hombre común trabajar con subalternos o iguales, por cuanto servir al lado de superiores exige buena voluntad, disciplina, corrección de proceder y firme deseo de mejorarse. Sabemos

que la muerte no es un milagro. Cada cual despierta después de la tumba en la situación espiritual que conquistó para sí.. Mas, el hombre vulgar se siente más vinculado con las entidades que lisonjean sus pasiones y estimulan sus apetitos, mientras que todos estamos obligados a educarnos junto a compañeros evolucionados que ya aprendieron a controlar sus propios impulsos, consagrándose a la incesante labor del bien.

–Pero, ¿no será esto un abuso del hombre encarnado? ¿No será un crimen utilizar a los desencarnados de condición inferior? –indagó Hilario.

–No hay la menor duda –confirmó el instructor.

–¿Y ese delito quedará impune?

Áulus miró con una expresión de buen humor y respondió:

–No se preocupen demasiado. Cuando el error procede de la ignorancia bien intencionada, la ley prevé los recursos indispensables al esclarecimiento justo en el espacio y en el tiempo, por cuanto la genuina caridad, en cualquier circunstancia, es siempre venerable. Mientras que si el abuso es deliberado, no faltará el castigo.

Dirigió la mirada hacia el director de la reunión y los intermediarios que incorporaban a los comunicantes, y agregó:

– Teotonio y Raimundo, al igual que algunos otros desencarnados de su misma condición que aquí se reúnen, son, en realidad, más vampirizados que vampirizadores. Fascinados por los requerimientos de Quintino y de los médiums que colaboran en tal desdichada obra, siguen sus pasos en la condición de aprendices que van tras el rastro de los mentores a quienes se consagran. En la hipótesis de no ajustarse al bien, tan pronto desencarnen el dirigente de este grupo y los instrumentos mediúmnicos que imitan sus actitudes, serán sorprendidos por las entidades que esclavizaron, las que les reclamarán orientación y socorro, y muy probablemente, más tarde, en otras etapas de la vida, cuando verdugos y víctimas se hallen reunidos por el vínculo de la consanguinidad terrestre en la condición de padres e hijos, ajustando las cuentas y recomponiendo actitudes, alcanzarán la plena liberación de las deudas que contrajeron.

Ante nuestra admiración silenciosa, el asistente concluyó:

–Cada servicio noble recibe el salario que le corresponde, y cada aventura infeliz tiene el precio que se merece.

Luego Áulus nos invitó a partir.

El ambiente no alentaba para un mayor estudio y ya habíamos asimilado la lección que en él podíamos recibir.

28. EFECTOS FÍSICOS

Señalaba el reloj las veinte horas, cuando entramos a un reducido departamento, en el que se realizaban trabajos de materialización.

Tanto Hilario como yo no deseábamos cerrar esta semana de estudios sin observar algún servicio de esta naturaleza en compañía del asistente.

En otra ocasión habíamos adquirido experiencia de este orden, las que reseñamos en el registro de nuestras impresiones¹; sin embargo, las enseñanzas de Áulus eran siempre expresivas y valiosas por los fundamentos morales en que se basaban, alegrándome al pensar en el instante en que le oiría discurrir acerca de los fenómenos físicos que nos proponíamos analizar.

El recinto destinado a los trabajos constaba de dos ambientes, una sala unida a un pequeño dormitorio.

El aposento íntimo, transformado en gabinete, albergaba al médium, un hombre joven, y en la sala se distribuían catorce personas aparentemente bien intencionadas, de las cuales se destacaban dos señoras enfermas que eran el motivo principal de la reunión, ya que pretendían recoger la asistencia amiga de los espíritus materializados.

Señalándoles, habló el orientador con grave tono de voz:

—Vengo con ustedes hasta aquí considerando las finalidades del socorro a los enfermos, pues aunque sean muchas las tentativas de

¹ “Misioneros de la luz” (*Nota del autor espiritual*).

materialización de fuerzas de nuestro plano en la Tierra, con raras excepciones casi todas se desarrollan sobre bases lastimosas en las que prevalecen las erróneas actitudes de nuestros hermanos encarnados. Sólo los enfermos del mundo justifican a nuestro modo de ver, esfuerzos de esta naturaleza, como así también las raras experiencias, esencialmente respetables y dignas, realizadas en el ámbito científico en beneficio de la humanidad.

Queríamos esclarecer nuestro entendimiento, pero vimos cerca de nosotros a diversos obreros que iban y venían, dándonos eso a entender que los trabajos de aquella noche estaban por comenzar.

La higienización se procesaba activamente. El servicio requería cuidado.

Según las enseñanzas recogidas por nosotros en otras oportunidades, aquí se ubicaban aparatos delicados para la emisión de rayos curativos, allá se efectuaba la ionización del ambiente con efectos bactericidas.

Algunos encarnados como sucede habitualmente, no tomaban en serio las responsabilidades del acto, dando motivo a que sus cuerpos exudaran emanaciones tóxicas procedentes del abuso de la nicotina, de la carne y los aperitivos, además de las formas-pensamientos poco adecuadas a la tarea que el grupo debía realizar.

Atento al estudio, Áulus nos recomendó centralizar nuestra atención sobre el gabinete del médium.

Obedecemos.

Alrededor de él se cumplía una incesante actividad.

Una decena de entidades bien dirigidas y evidenciando las mejores nociones de disciplina se disponían para el trámite preparatorio.

El instrumento mediúmnico había recibido ya un eficiente amparo en el campo orgánico.

La digestión y la circulación, al igual que el socorro a las vísceras, ya eran problemas solucionados.

Nos describiremos esto con mayor detalle, por cuanto en otras páginas², la materialización, de acuerdo con nuestras posibilidades de expresión, nos mereció un detenido examen en lo que se refiere a las sustancias, asociaciones, recursos y movimientos del plano espiritual.

² "Misioneros de la luz" (*Nota del Autor espiritual*).

Ahora nos interesaba la mediumnidad en sí.

Intentábamos analizar su comportamiento en relación con el ambiente y las personas.

Y para ello, según nuestro parecer, ninguna ocasión mejor que aquella en que disponíamos de la colaboración segura de un amigo competente y dedicado, cual era el instructor solícito que nos acompañaba.

Apagada la luz eléctrica y pronunciada la oración de apertura, el grupo, como era su costumbre, comenzó a entonar himnos evangélicos para mejorar las vibraciones en el recinto.

Colaboradores desencarnados extraían fuerzas de personas y objetos de la sala, inclusive de la naturaleza que nos cercaba, las que, unidas a los elementos de nuestra esfera, hacían de la cámara mediúmnica un precioso y complicado laboratorio.

Como consecuencia de la labor magnética de los mentores responsables el médium se desdobló, alejándose del cuerpo físico de una manera tan perfecta, que el acto en sí se me presentaba como la misma desencarnación, puesto que el cuerpo yacía en el lecho como si fuera un montón de carne, abandonado e inerte.

El organismo físico, postrado y bajo el dominio de los técnicos de nuestro plano comenzó a expeler ectoplasma, que se presentaba como una pasta flexible semejante a una jalea viscosa y semilíquida, saliendo a través de todos los poros y en mayor abundancia por los orificios naturales, particularmente por la boca, la nariz y los oídos, pero aún superaba la cantidad que se exteriorizaba del tórax y de las extremidades de los dedos. La sustancia, caracterizada por un olor especialísimo que no podemos definir, se deslizaba con movimientos de reptil, acumulándose en la parte inferior del organismo mediúmnico, en donde presentaba el aspecto de una gran masa protoplásmica viva y tremulante.

Nuestros compañeros prestaban una cariñosa asistencia al médium, que continuaba separado de su cuerpo físico cual si fuera un enfermo o una criatura.

Al margen de la acción, Áulus aclaró con presteza:

—El ectoplasma está en sí tan asociado al pensamiento del médium, como las fuerzas del hijo en formación se encuentran ligadas a la mente materna. En razón de esto, es indispensable proceder con la mayor

precaución en la asistencia al médium.

Hilario preguntó:

–¿Tal cuidado es debido a la posibilidad de una inconveniente intervención del médium en los trabajos?

–Exactamente.

Y Áulus continuó:

–Si pudiéramos contar con una más amplia educación del médium seguramente tendríamos menos que temer, ya que la propia individualidad del servidor colaboraría con nosotros, evitándonos preocupaciones y contratiempos probables. La materialización de criaturas y objetos de nuestro plano, para ser más perfecta exige una más segura desmaterialización del médium y de los compañeros encarnados que le asisten, puesto que, por más que nos esforcemos con los trabajos de este orden estamos subordinados a la cooperación de los amigos terrestres, así como el agua, por más pura que sea, está sometida a las cualidades de higiene o suciedad del canal por el que se desliza.

–Esto nos hace entrever –acentuó mi colega– que el pensamiento mediúmnico puede influir en las formas materializadas, aun cuando estas formas se encuentren bajo el riguroso control de amigos de nuestra esfera...

–Sí –confirmó el asistente– aun cuando el médium no consiga dominarlas del todo puede perturbar su formación y proyección, perjudicando en consecuencia nuestros servicios. De ahí el imperativo de la más grande abnegación por parte de cuantos se dedican a tales realizaciones.

Hilario, a pesar de estar satisfecho, continuó ponderando:

–De este modo, las facultades de materialización no traducen un privilegio para sus portadores...

–Bajo ningún concepto.

Y después de una breve pausa, agregó:

–El propio vocablo referente al tema, en su acepción literal no da lugar a otra interpretación en desacuerdo con la verdad. Materializar significa “corporeizar”. Ahora bien, considerándose que mediumnidad no puede entenderse como algo sublime, pero sí como un medio de servicio, y reconociendo además que la muerte no purifica a quien se

encuentra impuro, ¿cómo atribuir santidad a los médiums de la Tierra o a los comunicantes del más allá por el simple hecho de modelar formas pasajeras entre ambos planos?

–Entonces, esa fuerza...

Mi compañero no terminó. Áulus percibió su pensamiento y lo atajó, afirmando:

–Esa fuerza materializada es igual a las demás que son utilizadas en nuestras tareas de intercambio. No depende del carácter y de las cualidades morales de aquellos que la poseen, constituyen emanaciones del mundo psico-físico de las que el citoplasma es una de las fuentes de origen. En algunos raros individuos encontramos esta energía en un más alto porcentaje de exteriorización, sin embargo sabemos que será en el futuro más abundante y más fácilmente abordable cuando la colectividad humana alcance un grado de madurez más elevado.

–Hasta entonces, no habrá modo...

–Hasta entonces, utilizaremos estas posibilidades como quien aprovecha una fruta aún verde en circunstancias especiales de la vida, soportando, sin embargo, el asedio de mil sorpresas desagradables al recogerla, ya que, en experiencias como ésta, nos exponemos a ciertas interferencias mediúnicas indeseables, así como a las influencias poco dignas de compañeros encarnados francamente ineptos para los servicios de esta naturaleza.

Hilario, que escuchaba con atención la lección, ponderó también:

–Imaginémonos que el médium tenga inclinaciones inferiores, ya sea en materia de afectividad sin control, de ambición desmedida o de puntos de vista personales exclusivistas que tengan origen en la variedad de las pasiones comunes...

Y después de esta formulación reticente, indagó:

–En estas condiciones ¿podrá influir en los fenómenos que analizamos?

–Sin duda –contestó Áulus con naturalidad–, consciente o inconscientemente.

–Y los demás componentes del grupo si estuvieran imbuidos de propósitos malsanos, ¿conseguirían perturbarnos?

–¡Ciertamente!

–¿Y por qué asociarnos entonces a elementos incapaces?

Los ojos del asistente brillaron con expresividad, y acariciando a mi colega, Áulus dijo con sensatez:

–No diga “elementos incapaces”. Digamos “elementos incipientes”. Simbolicemos a la necesidad con una sed ardiente y a la mediumnidad imperfecta, o mal ejercida, como si fuera agua no muy limpia. A falta del líquido puro, no podemos vacilar. Utilizamos el agua en las condiciones en que la encontramos. Y después, ¿qué haremos? Tendremos paciencia con la fuente, liberándola, poco a poco, de todas las impurezas. La mediumnidad sublime que se enaltece en instrumentos dignos y conscientes del mandato que les toca cumplir, es algo eterno y divino que la humanidad está construyendo. No puede ser obra de la precipitación. La improvisación no es un proceder acorde con los santuarios de la sabiduría y del amor, que desafían al tiempo.

Mi colega y yo nos sonreímos satisfechos con aquel monumento de comprensión y tolerancia.

Mientras tanto se había formado una gran masa de sustancia ectoplásmica lechoso-plateada, en la que se destacaban algunos hilos oscuros y grisáceos.

Técnicos de nuestro plano la gobernaban con atención. Áulus miró el cuadro de trabajo activo, y nos explicó:

–Ahí tenemos el material leve y plástico que necesitamos para la materialización. En nuestras rápidas nociones de servicio, podemos dividirlo en tres elementos esenciales, a saber: fluidos a) representando las fuerzas superiores y sutiles de nuestra esfera; fluidos b) definiendo los recursos del médium y de los compañeros que le asisten, y fluidos c) constituyendo energías tomadas de la naturaleza terrestre. Los fluidos a) pueden ser considerados como los más puros, y los fluidos c) como los más dóciles; sin embargo, los fluidos b) nacidos de la colaboración de los compañeros encarnados, y muy especialmente del médium, son capaces de destruir nuestros más nobles proyectos. En los círculos, aún rarísimos, en que los elementos a) encuentran una eficaz colaboración de las energías b) la materialización de orden elevado asume las más altas características, rayando en lo sublime por el tenor de los fenómenos; con todo, donde predominan los elementos b) nuestra ayuda es considerablemente reducida, ya que nuestras mayores posibilidades pasan a ser canalizadas bajo la dependencia de las fuerzas inferiores de nuestro plano, las cuales afinadas a los potenciales de los hermanos encarnados pueden dominar los recursos de éstos invadiendo

su campo de acción y orientando sus experiencias psíquicas con el rumbo que conduce a lamentables desastres.

Las explicaciones no podrían ser más claras.

Nos disponíamos a proseguir con el estudio, cuando Garcez, uno de los técnicos espirituales del servicio, vino hasta nosotros solicitando el auxilio magnético de Áulus.

El campo fluídico en la sala se había puesto muy pesado. Las pequeñas proyecciones de fuerza ectoplásmica que habían sido lanzadas hasta ella en carácter experimental, volvían al gabinete con un elevado grado de toxinas de variada clasificación.

Las catorce personas reunidas en el recinto eran catorce seres diferentes.

No había allí nadie con la necesaria comprensión del esfuerzo que le reclamaba el mundo espiritual, y cada compañero, en lugar de ayudar al instrumento mediúmnico pesaba sobre él con sus inauditas exigencias.

Por tal razón, el médium no contaba con la suficiente tranquilidad para actuar. Se nos figuraba un animal inquieto acicateado por los múltiples agujijones en que se convertían los pensamientos fuera de lugar que se les trasmitían.

–Así no lograremos una materialización de orden superior... – dijo el asistente algo preocupado.

–Seguramente –informó Garcez con decepción. Tendremos sólo al médium desdoblado, incorporando a nuestra enfermera para el socorro a las hermanas enfermas. Nada más. No disponemos del apoyo preciso.

Áulus atendió la petición que le fue dirigida y auxilió magnéticamente transfiriendo cierto coeficiente de energías del cuerpo físico al cuerpo periespiritual, el que se mostró de inmediato vivamente reanimado.

El vehículo de materia densa, en el lecho, adquirió un estado de mayor postración, pero el médium, en su periespíritu, evidenciaba una mayor vitalidad y lucidez.

Los amigos espirituales le envolvieron en una amplia funda ectoplásmica y la enfermera se unió a él, dirigiendo sus movimientos.

El médium, a pesar de estar ausente del cuerpo carnal, se hallaba controlado por la benefactora a la manera de un médium psicofónico, diferenciado solamente por su ropaje singular estructurado con energía

ectoplásmica, imprescindible para su permanencia en el recinto, en el que se manifestaban pensamientos perturbadores e inquietantes.

Viéndole caminar inseguro y conducido por la enfermera que lo utilizaba para el trabajo asistencial, Hilario habló susurrando a nuestro orientador:

–¿El médium está consciente durante los fenómenos?

–Fuera del cuerpo, sí, pero posiblemente no conserve ningún recuerdo cuando regrese al campo físico.

El colega también aventuró:

–Le vemos avanzar con vestiduras materializadas y bajo la orientación de la enfermera amiga. Mientras, en el caso que alimente en estas condiciones cualquier deseo indigno ¿puede interferir en el trabajo, perjudicándole?

–En efecto –dijo Áulus–, él está bajo control, pero control no significa anulación. Cualquier impulso impropio de nuestro compañero repercutirá en el servicio. De ahí la inconveniencia de las actividades de este orden sin un alto objetivo moral.

El médium curativo, guiado por la generosa entidad, alcanzó el estrecho aposento exhibiendo un ropaje delicado, semejante a una túnica de claridad lunar que emitía una luz plateada. A medida que atravesaba la atmósfera reinante en el recinto, la claridad perdía su intensidad, llegando a apagarse casi del todo.

Ante nuestra mirada indagadora, el asistente explicó:

–El estado neuro-psíquico de los compañeros encarnados que comparten nuestra tarea, en este momento no ayuda. Absorben nuestros recursos, sin colaborar con la recuperación, en alguna medida, de los fluidos laboriosamente trabajados que se les han dispensado.

A invitación del orientador penetramos en la sala.

Efectivamente, oscuras emisiones mentales emergían continuamente entrechocándose de una forma lamentable.

Nuestros amigos encarnados se mostraban como criaturas inconscientes.

Pensaban de una manera indeseable, expresando peticiones absurdas dentro del aparente silencio en el que se mantenían con inquietud.

Exigían la presencia de familiares desencarnados sin reflexionar en la oportunidad ni en el merecimiento imprescindibles, criticaban tal o

cual particularidad del fenómeno o vinculaban la imaginación con problemas deshonrosos de la vida terrestre.

El concurso de los amigos espirituales era allí recibido no como una gentileza de los benefactores, sino como un espectáculo fútil que debía ser obligatoriamente elaborado por servidores ínfimos.

Aun así, los obreros de nuestro plano ofrecían lo mejor por el éxito de la tarea.

La abnegada enfermera socorrió a las enfermas aplicándoles rayos curativos. En varias ocasiones dejó el recinto y volvió al mismo, ya que a la simple aproximación de los pensamientos inadecuados que perjudicaban sus propias vibraciones, toda la materia ectoplásmica se resentía, oscureciéndose al bombardeo de las formaciones mentales nacidas de los asistentes a la reunión.

Cuando se terminó el trabajo curativo, un alegre compañero de nuestra esfera tomó con sus manos una pequeña porción de las fuerzas materializadas del médium y se alejó para traer, unos instantes después, algunas flores que fueron distribuidas entre los hermanos encarnados con la intención de calmar sus mentes excitadas.

Serenando nuestra curiosidad, Áulus aclaró:

–Es el transporte común, realizado con una reducida cooperación de energías medianímicas. Nuestro amigo –señalando con la mano al que entregaba las flores– sólo tomó una muy pequeña cantidad de fuerza ectoplásmicos, formando solamente diminutas materializaciones superficiales del pulgar y del índice de ambas manos, a fin de recoger las flores y traerlas hasta nosotros.

–Es importante observar –dijo Hilario– la facilidad con que la energía ectoplásmica atraviesa la materia densa, porque nuestro compañero, usándola en los dedos, no encontró ningún obstáculo al traspasar la pared.

–Si –comentó el instructor– el elemento al que nos referimos es extremadamente sutil y, al unirse a nuestro modo de ser, adquiere una renovada forma dinámica.

–Y si fuese el médium el objeto del transporte, ¿traspasaría la barrera en las mismas circunstancias?

–Sin duda, siempre que se realice bajo nuestro control y esté sostenido e íntimamente asociado a nuestras fuerzas, porque

disponemos entre nosotros de técnicos muy competentes para desmaterializar los elementos físicos y reconstruirlos de inmediato bajo la entera y consciente responsabilidad de ellos.

Y sonriendo, agregó:

—Ustedes no pueden olvidar que las flores traspusieron el tabique de mampostería, penetrando aquí con semejante auxilio. De idéntica manera, en el caso de que encontrásemos utilidad en una realización de esta naturaleza, el instrumento que nos sirve de base para el trabajo podría ser trasladado al exterior con la misma facilidad. Las ciudades atómicas, en cualquier construcción física, no son fortalezas macizas, al igual de como acontece en nuestra propia esfera de acción. El espacio persiste en todas las formaciones y, a través del mismo, los elementos se interpenetran, llegará el día en que la ciencia de los hombres podrá reintegrar las unidades y las construcciones atómicas con la seguridad con la que va aprendiendo a desintegrarlas.

Luego, los amigos presentes, siempre interesados en el despertar de los hermanos encarnados hacia las realidades del espíritu, condujeron al médium, uniéndole a su cuerpo carnal.

El joven se frotó la cara, aún soñoliento; sin embargo, por el efecto de los pases calmantes que se le brindaron cayó de nuevo en un estado de hipnosis profunda. Las fuerzas ectoplásmicas recomenzaron a surgir de la nariz y de los oídos, revitalizadas y abundantes.

Algunos compañeros pasaron al compartimiento contiguo, seguidos por nosotros. En esa habitación, sobre una pequeña cocina eléctrica, un gran balde con parafina hirviente llamaba nuestra atención.

Un amigo espiritual de semblante simpático cubrió su mano derecha con la pasta maleable que manaba con abundancia del médium y la materializó a la perfección, llenándola luego con la parafina en estado líquido, dejando a los componentes de la reunión, al enfriarse este elemento, un excelente testimonio moldeado como recuerdo.

Una joven que nos saludó muy cordial, trabajó igualmente el ectoplasma modelando tres flores que, sumergidas en un vaso, quedaron después sobre la mesa para los asistentes, en prueba de dulce recuerdo de aquella noche de tolerancia y de cariño.

Unos amigos desencarnados de la casa trajeron del exterior diversas conchas marinas, en las que se percibían delicados perfumes que se volatilizaron y esparcieron por el recinto en forma de deliciosos

efluvios.

Reparando en que los obreros espirituales sometían al instrumento mediúmnico a complicadas operaciones magnéticas, restituyendo la sustancia ectoplásmica al cuerpo físico enteramente purificada, formulamos al instructor una serie de preguntas.

Realmente, ¿todas las personas en la Tierra poseerían en sí la energía que estábamos examinando? ¿Sería lógico esperar en el futuro más amplias manifestaciones de la misma? ¿Era esa fuerza invariablemente dirigida o bien podría organizarse ella misma en determinadas condiciones?

Áulus dejó a los demás obreros las medidas correspondientes a la fase terminal de los trabajos, y respondió:

—El ectoplasma está situado entre la materia densa y la materia periespiritual, es decir, algo así como un producto de las emanaciones del alma pasando por el filtro del cuerpo, y es recurso propio no solamente del ser humano, sino de todas las formas de la naturaleza. En ciertas organizaciones fisiológicas especiales de la raza humana aparece en mayores proporciones y en un grado de relativa madurez para la manifestación necesaria de los efectos físicos que analizamos. Es un elemento amorfo, pero de gran potencia y vitalidad. Puede ser comparado a una genuina masa protoplásmica, siendo extremadamente sensible y animado de principios creativos que funcionan como conductores de electricidad y magnetismo, pero que se subordinan, invariablemente, al pensamiento y a la voluntad del médium que los exterioriza, o al de los espíritus desencarnados o no que están sintonizados con la mente mediúmnica y actúan sobre ella. Infinitamente plástico, da forma parcial o total a las entidades que se hacen visibles a los ojos de los compañeros terrestres o frente a la cámara fotográfica; brinda consistencia a los hilos, bastones y otros tipos de formaciones, visibles o invisibles, de los fenómenos de levitación, y proporciona sustancia a las imágenes creadas por la mente del médium o de los compañeros que le asisten con el pensamiento y tienen afinidad con él. Debemos, pues, tener mucho cuidado en no sufrir el dominio de inteligencias oscuras, ya que manejados por entidades aún cautivas de las pasiones indignas, ello podría llevamos a dolorosas perturbaciones.

E indicando al intermediario que despertaba, anunció:

–Nuestro amigo, polarizando las energías de nuestro plano, actúa como una entidad maternal de cuyas posibilidades creativas los espíritus materializados, total o parcialmente, extraen los recursos imprescindibles para sus manifestaciones, siendo ellos, por un lapso muy breve, auténticos hijos del mismo.

Resaltando el concepto, Hilario dijo con entusiasmo:

–Eso da a entender que en las fuerzas generadoras obtenidas del médium y de los cooperadores de nuestra esfera podremos encontrar igualmente los principios fundamentales de la genética humana, en figuraciones que la ciencia terrena aún no conoce...

–Sí, sin duda –confirmó el asistente– los principios son los mismos, aunque los aspectos sean diferentes. El futuro nos reserva admirables realizaciones en este sentido. Trabajemos y estudiemos.

Nuestras disponibilidades de tiempo, sin embargo, habían terminado, por lo que Áulus puso fin a su notable exposición, invitándonos a salir de la casa.

29. NOTAS SOBRE EL SERVICIO

De regreso al hogar de Áulus se me ocurrió pedirle su opinión al respecto de los diversos problemas, siempre vivos, que giran alrededor de cuantos se dedican al estudio de las prácticas mediúmnicas en los actuales momentos de la evolución terrestre.

En compañía del orientador habíamos reunido muy rápidamente, pero de un modo seguro, un palpitante material que se había convertido en un excelente curso educativo.

Habíamos examinado de cerca, entre encarnados y desencarnados, la asimilación de corrientes mentales: la psicofonía, la posesión, el desdoblamiento, la clarividencia, la clariaudiencia, las fuerzas curativas, la telepatía, la psicometría y la materialización, además de algunos de los temas de importancia central en la mediumnidad, como son el poder de la oración, la fijación mental, el emerger del subconsciente, la licantropía, la obsesión, la fascinación, la ley de causa y efecto, el desdoblamiento en el lecho de muerte y las fuerzas viciosas, todo ello sin necesidad de recurrir a complicadas terminologías.

No obstante nuestro respeto por la ciencia humana, nos preguntábamos íntimamente por qué motivo existe tanta confusión verbal al respecto de sucesos comunes a todos, cuando la simplificación sería mucho más provechosa. Los metapsiquistas llamaban “criptestesia” a la sensibilidad oculta, críptica, y bautizaron al conocimiento de hechos sin el concurso de los sentidos carnales con la palabra “metagnomía”... Dividían los médiums (*sujetos*, en la

terminología de algunos investigadores) en dos categorías, los de “facultades psicológicas inhabituales” y los de “facultades mecánico-físico-químicas”... Y así por el estilo...

¿Por qué no allanar tales dificultades de expresión? Al final – reflexioné–, la mediumnidad, esencialmente, es de interés de toda la humanidad...

Me formulaba tales pensamientos cuando Áulus, recogiendo mi crítica meditada, consideró lo siguiente:

–La mediumnidad, indudablemente, es un patrimonio común a todos, sin embargo, cada hombre y cada grupo de hombres en el mundo registran su realidad a su modo. Por nuestra parte, consideramos que es posible abordarla con la sencillez evangélica, basados en las enseñanzas claras del Maestro, quien estuvo en contacto incesante con las potencias invisibles en su convivencia con el hombre vulgar, curando a obsesos, levantando a enfermos y conversando con los grandes instructores materializados en el Tabor, oyendo a los Mensajeros celestiales en Getsemaní y volviendo a comunicarse Él mismo con sus discípulos después de su muerte en la cruz, sin embargo, la ciencia terrestre, por ahora, no puede analizarla sin el rigor de la experimentación.

El asistente hizo una ligera pausa y prosiguió:

–No importa que en las definiciones la verdad reciba distintos nombres, conforme al deseo de los estudiosos. Lo que vale es la sinceridad con la que nos consagramos al bien. El laborioso esfuerzo de la Ciencia es tan sagrado como el heroísmo de la Fe. La inteligencia, con la balanza y la retorta, también está para servir al Señor. Investigando los fenómenos mediúmnicos y catalogándoles se ha de llegar al registro de las vibraciones psíquicas garantizándose así, la dignidad de la religión en la Nueva Era.

No deseaba, sin embargo, llevar la conversación hacia los dominios científicos. Nuestro aprendizaje llegaba a su fase final. Aquella era la última noche en que podíamos disfrutar la sabia compañía del orientador y me proponía oírlo en todo lo relacionado a la mediumnidad en sí.

Por tal razón, provoqué el diálogo que pasaré a desarrollar.

–Es justo que la ciencia no examine el campo mediúmnico bajo nuestro prisma –alegué. La lógica y la experimentación positiva

caminan por vías muy diferentes a aquellas que conocemos en el itinerario de la intuición. No obstante, en las propias corrientes del espiritismo vemos que la mediumnidad sufre las más diversas interpretaciones...

—¿Qué pretende usted decir, André? —dijo el instructor con dulzura.

—Me acuerdo de esos hermanos que conceptúan a los médiums de insanos y locos y aconsejan su segregación del resto de estudiantes de la verdad que concurren a los templos de iniciación doctrinaria, poniéndose a una cautelosa y deliberada distancia de los dolientes y de los ignorantes, a quienes contamos en el mundo por legiones innumerables...

—¡Ah! sí, el santuario de iniciación religiosa, cualquiera que él sea, es para nosotros venerable como puesto de avanzada para la distribución de la luz espiritual; sin embargo, los que huyen dentro de él a la ley de la cooperación, se aíslan en la torre de marfil del orgullo que los agobia, cayendo en las redes de discusiones estériles. Tales compañeros se parecen a esos viajeros perdidos en una isla lejana en la cual, mientras los valientes marinos del bien transpiran y sufren en la búsqueda de rutas seguras hacia el continente de la fraternidad y de la paz, otros descansan debajo de la arboleda confortablemente, alimentándose con el producto fácil que les proporciona la caza y por el agua refrescante que hayan a mano, extasiándose con la visión de la grandeza del Universo o filosofando sin ningún provecho; pero ha de llegar un día en que la marejada bravía invadirá sus domicilios provisorios, arrojándoles hacia el torbellino peligroso del mar para que recomiencen la experiencia interrumpida que les es necesaria para su evolución.

—Muchos estudiosos de nuestra esfera de realización en el mundo aseveran que es conveniente cultivar sólo relaciones con los seres superiores de la espiritualidad, relegando las manifestaciones mediúmnicas vulgares por ser camino que lleva a la obsesión y a la enfermedad, por lo que, en opinión de ellos, no debe merecer ninguna atención de parte nuestra.

—Esta es una actitud cómoda encubierta por el rótulo de cultura. No podemos negar que la obsesión es una molestia de la mente, pero, ¿podrá la medicina curar a alguien incitándole al olvido del deber que le asiste? Los seres verdaderamente superiores de la espiritualidad

jamás abandonan a quienes sufren y no saben conducirse solos. A la manera del Sol que ilumina el palacio y la choza, con el mismo silencio y devoción auxilian a todos en nombre de la providencia.

—Hay compañeros espíritas que no toleran ninguna manifestación primitivista en el terreno mediúmnico. Si el médium no corresponde a sus exigencias, revelándose como un culto y comprensivo médium, se alejan de él disgustados, designando de fraude o mixtificación a auténticas y valiosas expresiones de la fenomenología espírita.

Áulus sonrió y comentó:

—Serán esos, probablemente, los campeones del menor esfuerzo.

Ignoran que el sabio no pudo eludir el período de alfabetización en los comienzos de su existencia y, seguramente, hasta maldigan a la criatura que no sabe aún leer. Semejantes amigos, André, olvidaron el socorro que recibieron en la escuela primaria, por lo que solicitan facilidades, a la manera del morfinómano, que reclama drogas estupefacientes, y se envician con actitudes deplorables frente a la vida, de manera que todos exigen para sí, y no guardan respeto por la obligación de ayudar a los que aún se encuentran en etapas o grados de bajo nivel.

—Hay quien dice que el Espiritismo actúa equivocadamente amparando a los desequilibrados y a los enfermos, puesto que con ello da la impresión de una doctrina que, a fuerza de actuar junto a la locura para socorrerla, va convirtiendo sus templos de estudio y oración en vastos refugios de alienados mentales.

—Simple disparate de los que desertan del servicio al prójimo.

La medicina no sufre ninguna disminución por prestar auxilio a los enfermos. Honrada por los hospitales en que actúa, se engrandece a medida que se agiganta en la obra existencial a los enfermos. El Espiritismo no puede tampoco responsabilizarse por los desequilibrados que a él se acercan en busca de amparo, al igual que no podemos imputar al médico ser la causa de los males que requieren su intervención. Es preciso reconocer que en el Espiritismo tenemos al benefactor de la mediumnidad torturada y de la mente enfermiza, y que él provee el bálsamo y el esclarecimiento indispensables al reajuste. Es muy fácil inventar teorías que nos liberen del deber de servir, pero es muy difícil aplicar los principios superiores que abrazamos y utilizar para ello nuestra cabeza y nuestras propias manos. Si la recuperación del mundo y de nosotros mismos estuviese circunscripta a lindas

palabras, Cristo, que constituye nuestro modelo de todos los días, no necesitaba haber venido al encuentro de los necesitados de la Tierra. Bastaría que enviase proclamas angélicas a la humanidad sin padecer de cerca su incomprensión ni sus problemas. Felizmente, sin embargo, los espíritas conscientes y sensatos están aprendiendo que nuestra finalidad es revivir el Evangelio en sus bases simples y puras, y que el Señor nos concede el tesoro de la fe no solamente para que podamos creer y hablar, sino también para que estemos habilitados para propagar el bien, comenzando por nosotros mismos.

–Hay también quien afirma que en todos los procesos de obsesión actúa implacable la ley de causa y efecto, y que, por ello, no vale intervenir en favor de la mediumnidad atormentada...

–Mera argumentación del egoísmo bien nutrido. Eso sería lo mismo que abandonar a los enfermos con el pretexto de que son deudores frente a la Ley. Todos luchamos por aliviar deudas del pasado y comprendemos que no hay dolor sin justificación; pero, si sabemos que sólo el amor puro y el servicio incesante son capaces de conducirnos a la redención, unos junto a los otros, ¿cómo abandonar al compañero que sufre en nombre de principios que actúan también sobre nosotros? Hoy es el vecino que sufre las consecuencias de ciertas acciones cometidas en el pasado, mañana seremos nosotros quienes recogeremos los resultados de actitudes que nos deshonraron en el pretérito y que pueden afligirnos en breve lapso. Si falta la cooperación entre las víctimas del camino escabroso, seguramente que será mucho más larga y difícil para cada uno la tarea salvadora.

–No faltan igualmente los que piensan que no debemos atender todos los complejos, problemas de la mediumnidad, puesto que, dicen ellos, cada criatura debe buscar la verdad por sí misma. Admiten que las religiones no pasan de ser muletas y que nadie tiene el derecho de ser ayudado por instructores en asuntos relativos a su propia orientación.

Áulus esbozó un gesto de buen humor y rearguyó:

–Esto sería como suprimir la escuela y vilipendiar el amor immanente que se manifiesta en toda la Creación. La religión digna, cualquiera sea el templo en el que se exprese, es un santuario de educación del alma que nos conduce por los distintos grados de desarrollo hacia la purificación. Imaginemos un país inmenso en el que millones de criaturas fuesen relegadas al abandono por los padres y

maestros, alegando que les corresponde el deber de buscar la virtud y la sabiduría por sí mismos, no brindándoles ningún tipo de apoyo moral y cultural... Imaginemos un hospital con un enorme número de enfermos a quienes eminentes médicos recomendasen buscar la salud por sí mismos, abandonándoles a su propia suerte... ¿Dónde estaría la lógica de semejantes medidas? La interdependencia existe en la base de todos los fenómenos de la vida. El fuerte es tutor del débil. El sabio se responsabilizará por el ignorante. La criaturita en la Tierra no puede prescindir de la ayuda de sus padres.

El instructor hizo un leve intervalo y prosiguió:

–Es preciso considerar que no todos poseen una misma edad espiritual y que la humanidad terrestre, tomada como ser colectivo, se encuentra aún tan lejos del estado angelical, como la agresividad del animal se halla distante de la razón humana. Es muy prematuro para que el hombre se arroge el derecho de apelar ante la verdad absoluta... Por ahora, es imprescindible que trabaje intensivamente con devoción ardiente y profunda en el bien, a efectos de alcanzar un discernimiento más amplio acerca de las realidades fragmentarias y provisionales que le rodean en la vida física y, considerada la cuestión bajo este aspecto, podemos estar seguros de que la ausencia de escuelas del espíritu o la supresión de los instructores revertiría en la multiplicación de los hospicios y el rebajamiento del nivel moral, porque sin la llamada a la dignificación de la individualidad y al impulso del proceso de crecimiento mental y purificación espiritual en el tiempo, no podríamos lograr sino el estancamiento en las posiciones inferiores de la escala evolutiva.

Pero ya estábamos en la fase terminal del viaje.

El hogar-santuario en el que el asistente residía estaba ahora al alcance de nuestra vista.

–Trabajemos con buen ánimo –nos dijo aún el orientador–, el tiempo, conjugado con el servicio al bien, es el fundamento de nuestra victoria.

Al día siguiente Áulus debía partir hacia un lugar lejano, en cumplimiento de una elevada misión. Por eso nos prometió el abrazo de despedida a la mañana siguiente.

30. ÚLTIMAS PÁGINAS

Acompañábamos al asistente, reflexionando ahora acerca de nuestra separación...

Hilario y yo nos hallábamos preocupados y conmovidos. Reflejando el Sol renaciente, los campos de la Tierra brillaban en la plenitud de una mañana clara.

Mudos y expectantes, pasamos junto a un hombre de campo conduciendo un arado con el que roturaba la tierra.

Áulus lo señaló con la mano y rompió el silencio, murmurando:

—¡Vean!, la mediumnidad, como instrumento de la vida, surge por todas partes. El labrador es el médium de la cosecha, la planta es el médium de la fructificación y la flor es el médium del perfume. En todas las posiciones damos y recibimos filtrando los recursos que nos rodean y modelando su manifestación según nuestras posibilidades.

Seguíamos avanzando, y después de breves momentos nos encontramos con un pequeño taller de carpintería.

Nuestro orientador nos indicó al operario que modelaba una enorme pieza, y observó:

—Poseemos en el artífice al médium de cosas útiles y bellas.

De la devoción con que se dedica al trabajo nace el elevado porcentaje de confort que hoy tiene la civilización.

No muy lejos, visualizamos una pequeña marmolería, a cuya puerta un joven manejaba el cincel con el que daba forma a una piedra.

–He ahí al escultor –dijo Áulus– el médium de la obra perfecta. El Arte es la mediumnidad de lo Bello, en cuyas realizaciones encontramos las sublimes visiones del futuro que aún nos están ocultas.

El asistente prosiguió enunciando importantes consideraciones sobre el tema, cuando pasamos cerca de unos empleados encargados de cuidar la higiene pública que estaban retirando la basura de una gran plaza.

–Aquí tenemos a los barrenderos –dijo con respetuoso acento– valiosos médiums de la limpieza.

Luego giramos en torno a un edificio en el que funcionaba un tribunal de justicia, y nuestro instructor expresó:

–Vemos aquí el foro donde el juez es el médium de las leyes.

Todos los hombres en sus actividades, profesiones y asociaciones, son instrumentos de las fuerzas a las que se consagran. Producen de acuerdo con los ideales superiores o inferiores en los que se inspiran, atrayendo a los elementos invisibles que les rodean conforme a la naturaleza de los sentimientos e ideas de que se nutren.

Llegamos en ese momento al hogar en el que Hilario y yo nos dedicaríamos al socorro de una criaturita enferma.

Áulus nos siguió con mirada paternal.

Entrando al interior de la casa vimos a un caballero maduro y a su esposa tomando el café en compañía de tres pequeños.

Junto a una mesa limpia y sobria descansaba en una amplia butaca el niño abatido y pálido que era el motivo de nuestra labor asistencial.

El instructor fijó los ojos en el cuadro expresivo que llamaba nuestra atención, y exclamó:

–La familia consanguínea es una reunión de almas en proceso de evolución, reajuste, perfeccionamiento o santificación. El hombre y la mujer, considerando al matrimonio como una escuela de amor y trabajo, honrando el vínculo de los compromisos que asumen frente a la Armonía Universal, se transforman mediante tal relación en médiums de la propia vida y se responsabilizan por la materialización a largo plazo de los amigos y de los adversarios del ayer, convertidos en el santuario hogareño en hijos y hermanos. La paternidad y la maternidad, dignamente vividas en el mundo, constituyen un sacerdocio de los más altos para el espíritu reencarnado en la Tierra, ya que a través de ellas la

regeneración y el progreso se efectúan con certeza y claridad. Fuera del hogar, será difícil identificar un lugar donde la mediumnidad sea más espontánea y más pura, ya que en la condición de padre y de madre, el hombre y la mujer, realmente acreedores a estos títulos, aprenden a hallar lo sublime en sí mismos por medio de la renuncia en favor de las almas que, por su intermedio, se manifiestan como hijos.

Y en un arranque de bella inspiración, concluyó:

—La familia física puede ser comparada a una reunión de servicio espiritual en el espacio y en el tiempo, cincelandos corazones para la vida eterna.

En seguida el asistente miró el cuadrante del reloj, y observó:

—Quien anda con responsabilidad, no debe olvidarse de la hora. Se retiró con prisa, siguiendo tras él hasta la plaza próxima. Áulus observó el cielo azul en el que el Sol, como si se deshiciera en una lluvia de oro quintaesenciado, se dispusiera a abrazarnos, cuando percibió mi propósito más íntimo, diciéndome con humildad:

—¡Haga la oración por nosotros, André! Reverente, entonces pedí en voz alta:

—*¡Señor Jesús!*

¡Haznos dignos de aquellos que derraman la verdad y el amor!

Acrecienta los tesoros de sabiduría en las almas que se engrandecen amparando a sus semejantes.

Ayuda a los que se despreocupan de sí mismos distribuyendo en tu nombre la esperanza y la paz...

Enséñanos a honrar a tus discípulos fieles con el respeto y el cariño que les debemos.

Extirpa del camino de nuestras almas la hierba dañina de la indisciplina y del orgullo, para que la humildad favorezca nuestra renovación.

No nos dejes confiados a nuestra propia ceguera y guía nuestros pasos hacia aquellos compañeros que se elevan humillándose, aquellos que por ser nobles y grandes ante Ti no se sienten disminuidos, mostrándose pequeños con el fin de auxiliarnos...

¡Glorifícales, Señor, coronando su frente con tus laureles de luz!...

El orientador debía saber que él mismo personificaba para nosotros a esos benefactores cuya grandeza habíamos definido, pero no osé pronunciar su nombre, tal era la veneración que nos merecía.

Terminada la oración, quedé con los ojos húmedos. Áulus no dijo una sola palabra.

Revestido de radiaciones luminiscentes y dándonos a entender que se despedía de nosotros igualmente en oración, nos estrechó en un solo abrazo y partió...

A la manera de las criaturitas, Hilario y yo, en un llanto mudo de agradecimiento, le contemplamos hasta que se esfumó su figura a lo lejos.

Recordamos entonces el trabajo que nos aguardaba, y alabando el servicio que en todas partes es nuestra bendición, pasamos a socorrer a la criaturita enferma, como quien se hubiera de incorporar a un venturoso futuro...

